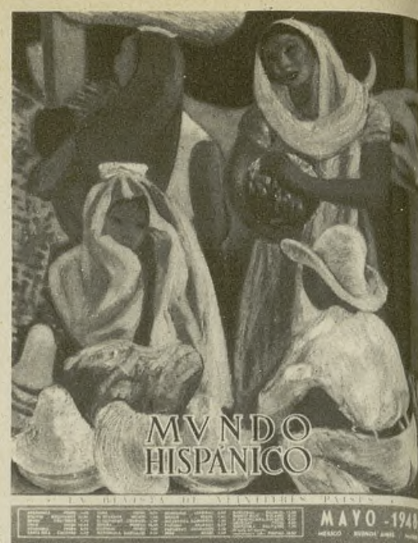

MVNDO HISPÁNICO

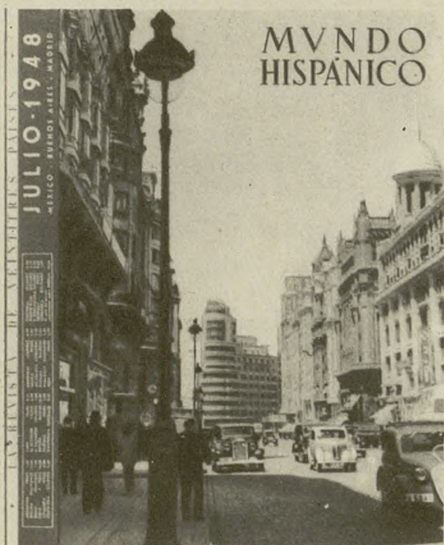




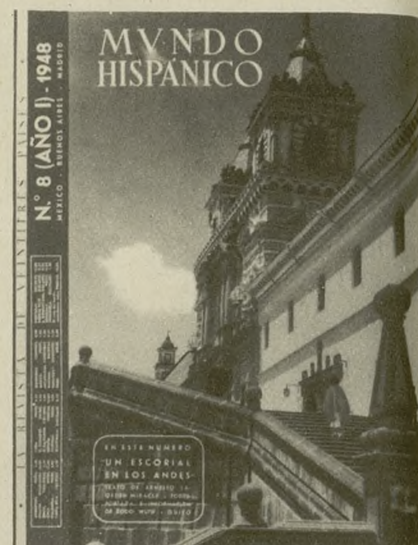


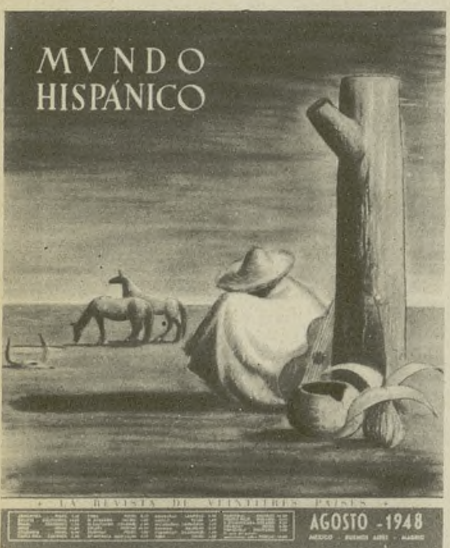












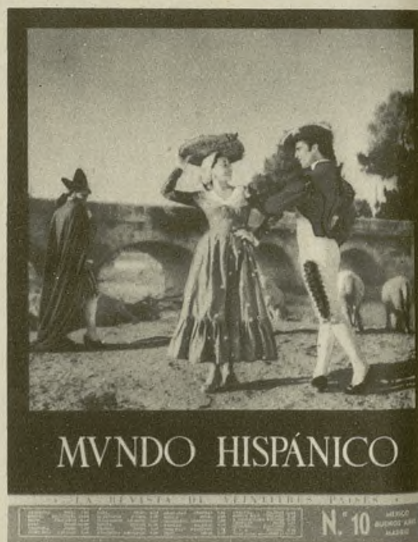
MVNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

¿Qué le parece a usted esta revista?

Si tiene usted interés porque esta publicación hispánica amplíe y perfeccione su labor eminentemente espiritual, esté atento a su evolución y comuníquenos sus impresiones. ¿Qué es lo que le gusta de ella? ¿Qué no le gusta? ¿Qué orientación nos indica? ¿Qué le agradaría ver publicado? Tenga la seguridad de que atenderemos sus observaciones. Nos interesa esta ayuda, este diálogo orientador, que puede sernos muy útil en el futuro.

El espíritu de nuestra raza, el inmenso legado de nuestra cultura, nos acompañan. Las dificultades que, en este primer año, nos han dificultado los planes de la revista, poco a poco se irán venciendo. MVNDO HISPANICO precisa perfeccionar cuanto se relacione, en algunos aspectos, con su impresión y, sobre todo, con su distribución, que en la inmensa amplitud de nuestro campo tropieza con la todavía precaria situación de las comunicaciones mundiales... El lector atento, nuestro atento lector de lejanas tierras, nos verá llegar cada vez más pronto y con más luz y espíritu en nuestras páginas esforzadas.



Al conmemorar nuestro primer ANIVERSARIO – un año desde la portada del simbólico molino de viento, que era todo un espejo y una promesa de altos fines y esperanzas idealistas –, convocamos entre los artistas (dibujantes, pintores, fotógrafos) de los países hispánicos, y con arreglo a las bases que se especifican en la página 56, nuestro primer





CONCVRSO DE PORTADAS

LO ESPAÑOL SOSPECHOSO DE ANTIAMERICANO

HEMOS denunciado esa concepción mezquina del panamericanismo, según la cual América toda debe tener una conciencia continental, que no tenga que ver, o que cuando menos ignore, nuestros orígenes de civilizados. Y esta mezquindad esconde otra mayor: la de que los hispanoamericanos aceptemos que lo propiamente americano sea lo anglosajón. Y los Estados Unidos, orgullosos de su americanismo, sabiendo que sus costumbres, ya no sólo sus cereales y sus máquinas, son ya una manera de ser del mundo moderno, no olvidan a Inglaterra y se colocan en esa comunidad de los países de habla inglesa, donde, sin quererlo, tienen la voz preponderante.

A principios del siglo pasado, los Estados Unidos no podían concebir que los países hispanoamericanos pudiesen ser regidos por instituciones monárquicas. El rey, las aristocracias, los títulos nobiliarios, la jerarquía social, las grandes propiedades rurales, las Ordenes monásticas, eran formas de vida atrasadas. Los Estados Unidos continuaron viviendo su tradición inglesa, y su Corte Suprema de Justicia fué el sustituto de la Corona. Esa Corte, efectivamente, reina, pero no gobierna, como los reyes de Inglaterra, y como éstos, es respetada universalmente. Ella es la estabilidad, el equilibrio, la ley que está por encima de todo. Los Estados Unidos inventaron el régimen federal, y hubimos de imitarlos, si queríamos ser libres, y vivir en instituciones democráticas. México, desde estas corrientes políticas de imitación, es los Estados Unidos Mexicanos. Y hay Estados Unidos del Brasil y Estados Unidos de Venezuela.

De aquí que lo panamericano fuese en realidad lo norteamericano y, para ser preciso, lo que querían que fuese los Estados Unidos. Antes que acordarnos de España, de nuestra civilización, de los beneficios de la Iglesia católica, antes que continuar nuestra historia y buscar en ella los antecedentes para la resolución de nuestros problemas, teníamos forzosamente que ser panamericanos y panamericanistas, teníamos que volver los ojos a los Estados Unidos, que imitarlos. Sólo así podríamos ser libres, aspirar a la democracia y vivir en la comunidad de civilizaciones. Empeñarse en seguir la historia, en sostener una tradición, en ser lo que éramos, era dar muestras de atraso y era preferir quedarse en la incultura.

Y lo curioso es que todavía ahora, a pesar de tantas experiencias, por otra parte valiosas, subsiste un espíritu antieuropeo y concretamente antiespañol. En los Estados Unidos existe una mentalidad tonta que ve con horror que los hispanoamericanos nos inclinemos hacia España. Todo lo que sea español y todo lo que hable de España es sospechoso de traición a las democracias. Y México, como todos los otros países hermanos, tiene que vivir perpetuamente aislado de España. Esta mentalidad antiespañola de algunos norteamericanos es la continuación y supervivencia del antiguo y fracasado panamericanismo.

España, al acercarse a América en el siglo XVI, tuvo que convertirse al Continente, tuvo que ser, en la plena significación de la palabra, americana. Don Carlos Pereira estudió el fenómeno, y nos hace ver que las expediciones que antes no se hacían americanas en la escuela de las Antillas, estaban destinadas al fracaso. Cortés, el gran conquistador, capitán no sólo de ejércitos, sino de industrias, primer agricultor y padre de la nacionalidad mexicana, fué cubano, y en Cuba hizo el aprendizaje de las Indias. Lo demás, la obra de colonización, de industrialización, de cultura, fué, y por esta razón pudo subsistir, americana. Nuestra raza mestiza es americana, nuestras instituciones sociales son americanas, nuestra civilización es americana. Y todo esto porque España se hizo americana.

Y es paradójico, incomprensible, casi injurioso, decir que lo español es sospechoso de antiamericanismo, cuando si hay algo americano que valga y que continúe viviendo en nuestras propias vidas y en la vida social es precisamente lo español.



El clavo según un grabado de la obra de Cristóbal de Acosta "Tratado de las drogas y medicinas de las Indias Orientales". Burgos, 1578.

MVNDO HISPANICO

La revista de 23 países

MÉXICO-BUENOS AIRES-MADRID

PUBLICACION MENSUAL: NUMERO 12 - FEBRERO 1949

DIRECTOR: ROMLEY (MANUEL M.ª GÓMEZ COMES)

REDACCION Y ADMINISTRACION: ALCALÁ GALIANO, NÚMERO 4. MADRID. TEL. 23-05-26. - APARTADO 245. DIRECCIÓN TELEGRÁFICA: MVNISCO

SUMARIO

PRECIOS:

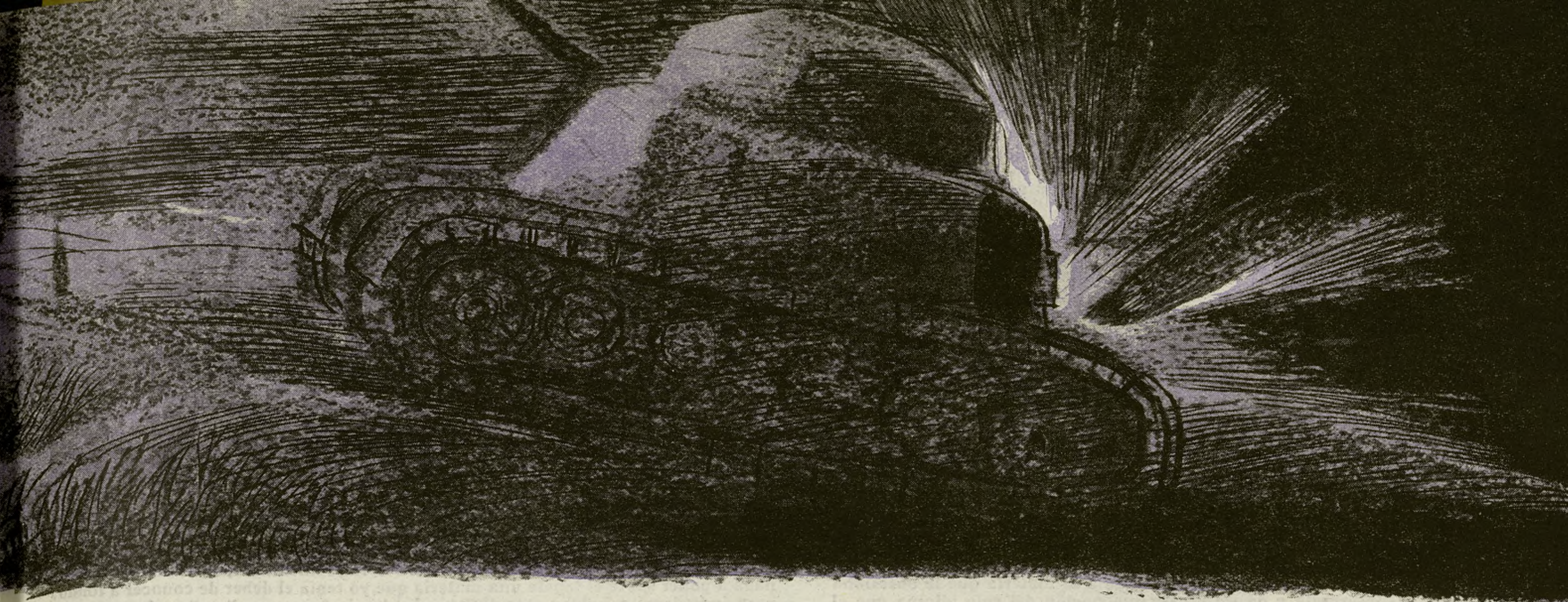
Argentina	Pesos	2,50	Costa Rica	Colones	3,25	Filipinas	Pesos	1,50	Panamá	Balboas	0,50	R. Dominicana	Dólares	0,50
Bolivia	Bolivianos	25,00	Cuba	Pesos	0,50	Guatemala	Quetzales	0,50	Paraguay	Guaraníes	2,00	Uruguay	Pesos	1,00
Brasil	Cruceiros	10,00	El Ecuador	Sucres	7,50	Honduras	Lempiras	1,00	Perú	Soles	3,25	U. S. A.	Dólares	0,50
Chile	Pesos	20,00	El Salvador	Colones	1,25	México	Pesos	3,50	Portugal	Escudos	12,00	Venezuela	Bolívares	1,75
Colombia	Pesos	1,00	España	Pesetas	12,00	Nicaragua	Córdobas	2,50	Puerto Rico	Dólares	0,50	Resto del mundo, equivalencia	Pesetas	12

EMPRESA EDITORA Y DISTRIBUIDORA: EDICIONES IBEROAMERICANAS, S. L. - CALLE DE MENORCA, 15 - MADRID

IMPRESORES: TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION BLASS, S. A. (MADRID) • HUECOGRABADO, HIJOS DE HERACLIO FOURNIER, S. L. (VICTORIA) • OFFSET, INDUSTRIA GRAFICA VALVERDE (SAN SEBASTIAN)

La trocha o el camino





(ENSAYO)

Por EL GENERAL
CARLOS MARTINEZ DE CAMPOS

EL título anterior es suficientemente explícito para dar a comprender que en vez de "ensayo" su autor ha debido posponerle otras seis letras que dijeran: "dilema".

En efecto, se trata de saber cuál de esas vías—la Trocha o el Camino—es la que el hombre ha de seguir cuando la suerte lo pone en condiciones de orientarse con arreglo a su albedrío: al buen consejo de su razón, al peligroso de su instinto o al deficiente de su vicio. Se trata de averiguar cómo razona el ser humano cuando llega el momento de elegir. Y no hace falta meditar eternamente para saber que lo hace en forma simple.

En Delfos, sobre el pórtico del templo dedicado a Apolo, está el famoso:

CONÓCETE A TI MISMO,

que reluce en todas partes, a guisa de proverbio o de consejo; y debajo:

LA MEDIDA SOBRE TODO,

que es consecuencia o complemento ineludible al anterior. La firma no aparece; pero la historia—o la leyenda—atribuye esas dos frases a alguno de los Siete Sabios de que Grecia se enorgullece tanto, y esto por suponer que fueron concebidas en un período en que ya se prescindía del sacrificio humano y en que la distancia que separa al hombre de los dioses había adquirido proporciones gigantescas. Ambas fórmulas integran un pequeño catecismo destinado a lograr que cada cual mantenga una pausada marcha por el camino más apropiado a sus condiciones personales y a evitar abuso de la trocha. Pero, a pesar de todo, el deseo impera; es imposible refrenar al codicioso; la gente aplaude cuando sube y lo empuja hacia la altura.

Hítler, cuyas zancadas le han llevado a la cumbre en pocos años, emplea su energía remanente en los codazos necesarios para instalarse a fondo en su nuevo empleo: el año 33 se separa de Ginebra y se reúne con los Grandes de su tiempo en la ciudad de Munich; el 34 firma el Convenio con Polonia y celebra su primera conferencia con el Duce; el 35 llega a un acuerdo con Inglaterra sobre las flotas aeronavales; el 36 fija la base del titulado "Eje" Roma-Berlín; el 37 recibe a Mussolini y establece la gran alianza tripartita; el 38 entra en el territorio austríaco y pregona a toda orquesta que Alemania ya no puede subsistir sin aumentar su territorio o espacio vital, y el 39 se apodera de Checoslovaquia e intensifica la aplicación de las medidas destinadas a depurar la raza.

En esta última fecha—a raíz de nuestra guerra—, varios generales y oficiales españoles fueron invitados a Alemania para asistir a la presentación de sus recién creadas fuerzas militares. Bajo la inmediata dependencia de su jefe, el Führer, y a las órdenes directas del mariscal Guillermo Keitel, el Alto Estado Mayor—"Oberkommando der Wehrmach" (O. K. W.)—, tiene a su cargo ya las grandes unidades del Aire, Mar y Tierra, la industria militar, la propaganda y la organización de la nación en guerra. El impulso recibido por el conjunto destinado a la futura lucha es inconcebible, y es aún mayor para los que han estado tres años embebidos en "lo nuestro" y alejados del mundo circundante.

A la altura de Heligoland—potente y misteriosa todavía—, una pequeña escuadra evoluciona impecablemente alrededor de nuestro barco. Los acorazados de bolsillo nos rodean y acometen varias veces, precedidos por los varios destructores y conductores de flotilla que los escoltaban, y después del ejercicio realizado nos acompañan hacia el Elba y se despiden en la inmediación de Hamburgo.

Alemania, visitada en quince días, nos proporciona la impresión de un angustioso esfuerzo efectuado en vista de una contienda que se acerca. La agitación impera en todas partes. El tiempo manda sobre todos los factores. Ni el dinero, ni el espacio, ni las consideraciones personales o políticas prevalecen para nadie. Se quiere sólo alcanzar la cumbre en pocos años..., a ser posible en pocos meses.

Desde el aire contemplamos las grandiosas carreteras realizadas por el "Frente de Trabajo", que Robert Ley dirige. Su doble cinta cruza de un extremo a otro del viejo Imperio; pero el tráfico es pequeño, insuficiente, cuando se piensa en el derroche de hormigón.

Desde Karlsruhe nos conducen a la Westwall para ver las fortificaciones de un sector acorazado que forma parte de la defensa occidental del Reich, y cuyas obras parecen barcos—submarinos—inmovilizados en una mar endurecida por el cemento.

Luego nos llevaron hasta Garmich, en Baviera, para presenciar un ejercicio realizado por una división alpina; hasta la entrada del canal de Kiel, para asistir al tiro de una batería de costa; a las Escuelas militares, para ver cómo se forman oficiales en pocos meses; a Königgraetz, para contemplar los fuertes que no evitaron la ocupación de Praga; a Pilsen, para admirar modelos de cañones, y a Berlín, de vez en cuando, para saludar a los tres jefes de la Wehrmacht y conocer a una multitud de generales; unos, seguros de sí mismos; otros, vacilantes, y casi todos misteriosos.

Por último, a continuación de un gran desfile militar, en que se realza el grandioso esfuerzo llevado a cabo por el ejército de Tierra, el Führer nos recibe en la Cancillería recientemente inaugurada, en la que acaban de instalarse los severos bajorrelieves que van a integrar el solo adorno de la hermosa galería que conduce a su despacho. El almuerzo está servido en otra sala, sin protocolo ni observancia. Nos sentamos sin esperar al invitante. Es costumbre, se nos dice. Caigo al lado del jefe del Ejército, von Brauchitsch, que no parece estar en buen momento. Se sentía agobiado por la responsabilidad, e impresionado por el recuerdo de una discusión tenida con su jefe. (A los ocho años supe, en efecto, que pocos días antes del almuerzo—el 23 de mayo de 1939—, Hítler había estrenado su nueva residencia con una junta magna, en que anunció a sus mariscales que aprovecharía la primera oportunidad para apoderarse de Polonia.)

Una palmada suena a la hora del segundo plato, y en pie se espera al Führer, que acude a un puesto libre, dispuesto en un lugar no principal, junto a un comandante de nuestro Ejército y un coronel del suyo. Y otra palmada, al cuarto de hora, hace saber que Hítler se retira, dejando, luego, que sea servido el postre y el café.

Y a los pocos días, regreso a España, lamentando la superficialidad de mi contacto con una serie de personajes que, sin duda, serán históricos.

No obstante, confío en el tiempo.

Una buena oportunidad no se presenta hasta bien entrado el año 43.

La primavera de Alemania es la estación más larga y más hermosa, y bañada en ella, la capital parece estar como una balsa. En la inmediación del Arco de Brandeburgo no se notan los destrozos. De día, nada ocurre: algún "Mosquito" surge de cuando en cuando, haciendo alarde de su gran velocidad; mas no molesta; sólo quiere darse cuenta del estado de las defensas. La gente se detiene, lo contempla, comenta un foco su atrevimiento y sigue andando, acostumbrada a tener prisa y a nunca interrumpir el paso célere.

Allende, la cosa cambia.

Hace unos días cayeron la primeras bombas de cuatro toneladas. Barrios enteros me recuerdan los efectos de otro tiempo. La moral no es elevada. Hay alguna tienda con lujoso escaparate; pero eso sólo se mantiene para evitar el comentario del que llega desde fuera y causarle una impresión de relativo bienestar. En los hoteles hay de todo; pero los restaurantes ya no existen. La comida es corta y es discreta.

La jornada acaba pronto: visitas, conferencias... La noche, en cambio, es interminable: los "pezzi grossi" comen a las siete, y hacia las nueve—aún de día—estoy de vuelta, pensando un poco en la abigarrada "mezcla" que me acaban de ofrecer y sin otra perspectiva que el refugio.

El del Adlon es deficiente: una cueva no segura, a la cual hay que bajar sin comentarios. Pero el único huésped que se halla al tanto de los hechos es el que aquí los relaciona; el teniente coronel von Schleiter se despide de él a última hora—hacia las diez—, y le recuerda que el coche espera abajo para trasladarle, si hay alarma, al subterráneo de la Cancillería, cuyo techo de hormigón es suficientemente espeso para evitar el efecto de los explosivos utilizados en las últimas acciones. Y, en efecto, una tras otra, cada noche proporciona una carrera, un viaje en auto, una espera inacabable en el cemento y el regreso a deshora, pasando por el bochorno de hacer saber a mucha gente que —de momento— la protección del Führer es terminante y ventajosa.

Una tarde, hacia las nueve, a los cuatro o cinco días de mi llegada, fuimos a la estación para instalarnos a bordo de un maravilloso tren de lujo destinado al servicio del jefe superior del O. K. W.

Me desperté al amanecer, ansioso de conocer la dirección tomada; pero el cielo estaba suficientemente encapotado para evitarme todo indicio de la situación solar. El tren marchaba lentamente. No era difícil darse cuenta de los nombres de las pequeñas estaciones que se seguían, bien cuidadas, a lo largo de la vía; pero el plano del Baedecker no detallaba lo bastante para localizarlas.

Cuando regreso a mi cabina, después del desayuno, descubro que hemos pasado por Rastenburg, en plenos lagos de Mazuria (Prusia Oriental), y que el tren está parado cerca de Lötzen. Ante eso, Schleiter me confiesa que hemos llegado a las cercanías del cuartel general del Führer. Hemos entrado en una vía muerta, perfectamente oculta en un hermoso bosque, cuyos árboles recubren igualmente la carretera inmediata y paralela al tren, y disimulan el conjunto.

Dos años, según parece, lleva el puesto de mando de los ejércitos establecido en este sitio incomparable, y en tanto tiempo no ha sido descubierto. Las unidades antiaéreas que lo protegen, pertenecientes al regimiento Göring, que ha batido el "record" de las victorias contra el aire, no han hecho ni un disparo desde que se hallan emplazadas en los cuatro vértices del cuadrilátero en que se encuentran la oficina y la habitación del Führer. Con sus tubos apuntando hacia las nubes, y su gente cobijada en los abrigos inmediatos a las piezas, todo espera—alerta—una llegada que no llega, y la tensión es semejante a la que hubiera originado un bombardeo continuo del sector.

La lucha terminó sin que la aviación inglesa descubriera la instalación del Führer, perdida entre los lagos en que Hindenburg y Lüdendorf habían logrado—años atrás—la victoria más aplastante de la primera guerra mundial. El brillante servicio de información británico localizó la fábrica en que se obtenían los elementos necesarios para hacer agua pesada y determinó el sector en que se realizaban experiencias encauzadas hacia el cohete dirigido, dando así lugar a la expedición de Stavanger (Noruega) y a la destrucción de Peenemünde (Pomerania), cuyas consecuencias fueron decisivas para el éxito final, y, sin embargo, el recinto oculto desde el cual fué dirigida la contienda subsistió hasta el día en que el jefe supremo de la Wehrmacht se retiró a Berlín, para morir.

Lo cierto es que en los días de que hablo, la zona abarcada por el cuartel general de los Ejércitos era suficientemente extensa para motivar una ligera indiscreción verbal o señalativa, que, a su vez, se convirtiera en información aérea o personal. A más de la instalación del Führer, había un recinto destinado a la sección de operaciones de las Fuerzas Militares, que dirigía Iodl; otro para el cuartel general de los Ejércitos terrestres, que presidía Zeitzler, y por entre lagos y pinares aún se llegaba pronto a Nikoleiken, donde estaba la residencia del Servicio de Información del frente oriental: receptora gigantesca de noticias procedentes de tres mil radios desplegadas sobre el territorio moscovita y de los numerosos interrogatorios a prisioneros llevados a cabo diariamente. Y en esa zona había distintos pueblos e infinidad de casas pintorescas, y gente que iba y que venía con sus percherones pomeranos, sus caretas y sus gansos.

Pero esto ya es harina de otro saco.

Volvamos a lo nuestro.

Warlimont, segundo jefe de la Sección de Operaciones del O. K. W., viene a avisar que Hítler me recibirá a las cuatro.

El ministro Smidth, que es el intérprete, me acompaña a un campamento —"cantón", mejor—, formado de "bungalows", ocultos en la parte más espesa e impenetrable a los aparatos fotográficos del Aire; un pueblecillo de madera en pleno bosque.

A la hora en punto se abre la puerta de una gran habitación, y el Führer se aproxima lentamente.

Una frase amable, y un fotógrafo, entre tanto, nos ametralla.

Varios generales están presentes. Diviso a Keitel, a Becker y algún otro conocido.

Apenas logro examinar el cuadro. No obstante, me apercibo de un conjunto de madera clara y de escaso brillo: una mesa de trabajo sin adornos, un tablero espléndido con varios planos y una porción de lentes y de lámparas portátiles, alguna silla contra el zócalo, paredes de listones, y ventanas apaisadas, grandes y con doble cristalera.

En el fondo arde un hermoso tronco, y junto a la enorme chimenea hay una mesa baja y ovalada, y alrededor seis butacones.

El Führer, con chaquetilla kaki, cruzada, ribeteada, toma asiento en la parte opuesta al fuego. Quedo a su derecha, y luego siguen: el intérprete, un jefe de sección, el agregado a nuestra embajada y el mariscal del O. K. W.

Dos criados que no hacen ruido sirven café sin preguntar, y al Führer una infusión extraña. Se habla del tiempo y de los grandes ases de la meteorología, "que se equivocan siempre".

Oficiales y ordenanzas se retiran en silencio. Todo calla un rato. Las miradas se dirigen al anfitrión, y éste toma la palabra.

Escucho, y trato de observar.

No es suficiente que Halder haya dicho en Nuremberg que Fritsch "se había sentido en presencia de un verdadero loco", para sentar de un modo concluyente que el canciller del Reich era anormal. El solo hecho de que el Führer llegara a la cumbre en consecuencia de un sufragio que empezó siendo sincero, basta para no admitir de lleno la citada hipótesis. Dentro de Alemania lo han calificado de perturbado las personas que se hallaban en completo desacuerdo con su modo de pensar o comprendieron—acaso tarde—que su orientación conduciría forzosamente al hundimiento de la nación. Fuera—y ganada ya la guerra—, todo hombre puede asegurar que estaba loco; el resultado de la contienda es decisivo; el que vence tiene toda la razón.

Sin embargo, no parece loca una persona que se embala suavemente y, sin entrar en lo prohibido, bordea la zona de peligro. Me habla, en efecto, de la granada hueca y de los resultados conseguidos con la misma contra los "Matilda", los "Valentina"...; de las minas de contacto, que son capaces de inutilizar los carros más modernos...; de los artefactos manejables a distancia...; de los líquidos incendiables e incendiarios...; de la capacidad

del hombre aislado para emplear aquellos medios...; de la posibilidad de contener un ataque acorazado con unidades cuya misión es otra diferente...; y, en fin, de la mejor manera de organizar las tropas que han de suplir las deficiencias cuantitativas del material. Me ofrece una visita a Wünsdorf—la "Escuela der Schnellen Truppen"—y a Kummesdorf—" campo de experiencias del Waffen Amt"—, donde comprobaré todo lo dicho. Y a medida que entra en materia quita tiempo al que traduce; poco a poco, sus preguntas o explicaciones se van cosiendo unas a otras, para acabarse transformando en un discurso, inacabable al parecer, mas que termina de repente, en lo alto y más sonoro, con un gesto interrogante y una sonrisa que no pasa de la frente y en la que leo: "ahora escucho".

Varias veces me interrumpe con alusiones a la guerra. La táctica le embarga. La conoce. Es evidente que se ocupa de sus detalles fundamentales, y que sus decisiones estratégicas están basadas en la posibilidad del hombre y de los medios de transporte.

No insiste en los extremos que su inmediato mariscal había abordado por la mañana. Me sorprende incluso con la noticia—o el sondeo—de que no quiere más aliados; no le hacen falta; no puede armarlos, ni abastecerlos. Sólo quiere "comprensión"; que todo el mundo sepa que está empeñado en una lucha formidable contra el "bolchevismo". Y esta palabra sale de sus labios en diferentes ocasiones; la dice con violencia y más alto cada vez. Sin duda quiere impresionar, borrar todo recuerdo de la época de alianza con los rusos y demostrar que ese enemigo es decisivo, y que Stalingrado—perdida—no pasará de ser un episodio más o menos importante.

A cada rato echo un vistazo alrededor. Invariablemente Keitel asiente, el ministro Smidth se enerva y los demás esperan con paciencia que el acto acabe.

De vez en cuando me deja espacio libre. Pero aprovecha cada pausa para intervenir de nuevo y referirse al tiempo necesario para la formación de buenos especialistas, sin los cuales la teoría del rendimiento de las armas exentas de trayectoria es inaplicable, o para insistir en la precisión de coordinar como es debido los diferentes medios sin entusiasmarse antes de tiempo por el que más se emplea o se ambiciona. Y, por último, tornando a la materia que le obsesiona tanto, se olvida del intérprete y de mi escasísima noción del solo idioma que él conoce, y se pierde en oraciones que no acaban y en que acentúa con fiereza y acompasadamente su eterno "bolchevismo", como quien recurre a escoplo y a martillo para embutir la idea en el cerebro del oyente.

A los pocos años—el Reich hundido y su canciller casi olvidado—, me parece leer en cierta declaración de Keitel el final de mi entrevista. El, sin embargo, se refiere a una cualquiera de las muchas que, sin duda, ha presenciado, cuando dice ante sus jueces: "Todo acaba de repente. Hítler se levanta inesperadamente, sin responder a la última pregunta. El tiempo disponible ha transcurrido, y ese tiempo le ha bastado para conocer a fondo a su interlocutor y saber exactamente lo que puede esperar o debe temer de él."

A los pocos días visito Rügenwald, al lado del Báltico. Están presentes: el ministro de armamento Speer, el ingeniero Krupp, el general Guderian (inspector del Arma Acorazada), el general de Artillería, Leeb (jefe de experiencias militares), y otros varios oficiales y paisanos con empleos y cometidos diferentes.

Se trata de realizar un ejercicio con la pieza de 800: el cañón mayor del mundo.

El Führer, cuyo tren se acerca a los carriles en que el impaciente monstruo está asentado, me hace saber en dos palabras que fué construído para levantar la tapa de las obras de la línea Maginot, y que a ese efecto, su proyectil de capacete es suficiente para perforar una masa de hormigón de siete metros desde más de diez kilómetros.

Sube, raudo, por la escalera vertical de la primera plataforma, pasa alegre a la segunda y trepa a la tercera, como el que se halla acostumbrado a moverse por los diferentes puentes de un crucero. En lo alto, debajo de la caña, asistimos a una breve explicación de Krupp, y a la puesta en marcha del gigantesco tubo, que asciende fácilmente a los noventa, movido por el generador eléctrico de su montaje. Un oficial—el comandante de la pieza—nos habla de sus cuarenta ejes, de las cinco toneladas de su granada rompedora, de los veinticinco kilometros de su ordenada máxima, de los ciento veinte trenes que hicieron falta para llevar el arma a Sebastopol y de las doce baterías antiaéreas que fueron establecidas en su honor. Nos dice que el conjunto se pone en marcha sobre una doble vía—cuatro rieles—, arrastrado por una pareja de locomotoras, que están sincronizadas y dispuestas paralelamente.



Al alejarnos de la pieza para verla disparar, el Führer se detiene, la contempla y me dice a boca llena:

—Lo necesario para el Peñón.

Ni sé qué cara puse ni me acuerdo qué respuesta balbucí.

No obstante, estoy seguro de que a pocos pasos se detuvo nuevamente, y que mirándome despacio aún agregó:

—Todo listo.

Y, sin embargo, en esos meses ya no pensaba en Gibraltar. (Está escrito; lo han dicho los de Nuremberg antes de subir a su patíbulo.)

De regreso, encontré sobre la mesa del hotel una tarjeta de Canaris, invitándome a cenar a mi llegada.

Como en otras ocasiones, su coche vino a recogerme hacia las seis.

Me abrió la puerta—como esperando—el tipo extraño que servía de ordenanza, de portero, jardinero y jefe de casa: un oriental no sé de dónde, que veneraba al matrimonio y en el que éste parecía depositar la mayor confianza. Detrás, a pocos metros, surgió la bondadosa cara del supremo jefe del Servicio Informativo del O. K. W.

Llegaba de Belgrado aquella tarde, y aún había tenido tiempo de acercarse a Atenas y a Durazzo, durante mi breve ausencia. Estaba rendido y poco satisfecho de su viaje; pero, a pesar de todo, le interesaba conocer lo antes posible algún detalle sobre la excursión que yo acababa de efectuar.

La cena pasó pronto. El almirante Canaris tuvo el buen gusto de rociar su solo plato con un excelente Rin. (Y lo digo por la ausencia de Burdeos y de vodka, destinados, los dos, a pregonar victorias que empezaban ya a no estar de moda.) Un sencillo postre y una taza de café sellaron la comida y marcaron el principio de un intercambio, nada fácil, de impresiones. Dejamos pronto el comedor y nos instalamos cerca de él en dos sillones que parecían dispuestos para hablar en tono confidente.

El no fumaba, yo tampoco. ¿Una copa de licor? No quise, y él asentó de prisa.

Canaris me hizo varias preguntas. Era evidente que pretendía formarse un concepto claro de la impresión que el Führer me había causado. Cuando le explicaba sus idas y venidas, o cuando le hablaba de sus cortes o interrupciones, quería saber no sólo mi reacción ante su jefe, sino la idea que conservaba—o conservaría—en mi mente. Trataba de analizar mi pensamiento. Quería, sin duda, poner en evidencia mi futuro reportaje, para ligarlo con algo más interesante que un reportaje suyo: algo difícil de entender en el momento—o en los días—en que el hecho de que trato sucedía.

Le interesó el comentario de Hítler sobre el posible o fracasado empleo del cañón de "ochenta" en nuestra Península.

—No hubiera servido—me dijo al pronto—. Y aunque luego no pude aclarar si semejante observación era sincera e impremeditada, o se hallaba destinada a poner sobre el tapete una materia que yo tenía el deber de conocer a fondo, para inducirme a hablar más fácilmente, lo cierto es que "me" anduve por las ramas, aunque temiendo que mi exceso de suspicacia pudiera herir a un corazón que acaso se volcaba para hablar con el amigo o con el hombre, capaz de reportar más de la cuenta, sin darse cuenta de ello.

Por supuesto, él no quería que trascendiera nuestro coloquio; al menos, no quería que sus compatriotas se enteraran de él; y, sin embargo, es evidente que—en lo cierto o equivocado—un patriotismo ardiente presidía a cada frase suya y a cada esfuerzo que realizaba en contra de una impresión desfavorable al Führer, que él "temía", en consecuencia de mi viaje a Rastenburg y a Rügenwald.

Preguntaba lentamente e iba despacio al contestar. Miraba con firmeza. Captaba antes de oír. Amenizaba el diálogo con alguna que otra anécdota contable e interesante. Mas no ocultaba, a cada rato, una preocupación hondísima por Alemania y por todo el Mundo.

Trataba de acercarse, y lo lograba. Hablaba humildemente, y su expresión era sincera. Tocó lo referente a su mismísima gestión, y llegó a decirme que mi visita al Führer había sido organizada sin su intervención directa. Dióme a entender—incluso—que hubiera preferido posponerla a tantas otras que el poco tiempo o las circunstancias especiales impedían.

Estuvimos juntos hasta una hora inusitada. Un reloj de pie, que había en la entrada, marcaba ya las once cuando, a la puerta, me despedía del almirante con un larguísimo apretón de manos.

En casa, recordando todo y meditando un poco, me pareció que él se había detenido en cierta frase o había cambiado de tema alguna vez, sin duda por no caer en indiscreto o incluso en desatento. Y quedé con el pesar de no haber sido muy sincero: él esperaba más de mí.

Al año, el desembarco en Normandía precedió de poco a la última conjura contra el Führer y al atentado que fracasó. La reacción fué colosal. Cayeron cerca de tres mil, y entre ellos, mi buen amigo tuvo un puesto digno de su rango y de su cargo. Y yo, al oír las conjeturas referentes a su cruel y espeluznante ejecución, volví a pensar que aquella noche quiso hablarme de "algo" y no me halló propicio a comprenderle.

Canaris no fué el único en empezar o en acabar mal avenido con su Führer. Blomberg, ministro de la Guerra, y Fritsch, generalísimo del Ejército de Tierra, fueron los primeros, después de la represión del año 35, en sufrir las consecuencias de su carácter intransigente.

Hítler se sentía simplemente superior a todas las personas que le rodeaban. Despreciaba al técnico y al táctico; tenía a raya a sus colaboradores más inmediatos; daba órdenes a Krupp, y clase de estrategia a Brauchitsch, a Halder y al propio Iodl. Y en estas condiciones, Blomberg—"único soldado que dominaba las cuestiones militares y era capaz a un tiempo de resistir al canciller"—se opuso a él para frenar la entrada en guerra.

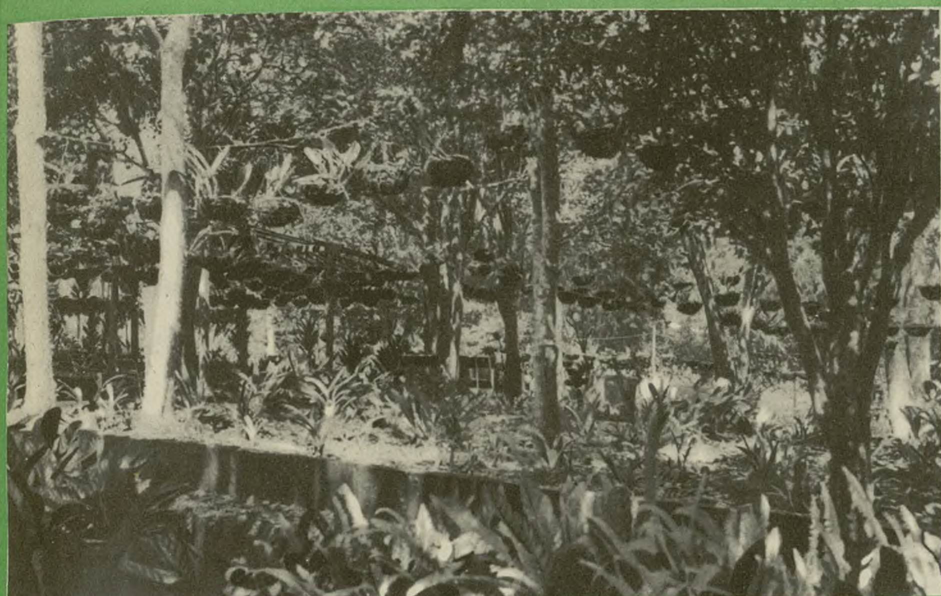
Pero Hítler tenía prisa; una prisa loca, desenfrenada. El tiempo le agobiaba. Quería empezar la guerra sin tenerla preparada. No admitía razones. El, que había cumplido los

(PASA A LA PÁGINA 56)











Orquídeas en Colombia

Sin duda alguna, uno de los motivos más bellos y delicados por los que Colombia se ha hecho justamente célebre, es el de producir las especies más variadas y caprichosas de esa flor extraña, frágil y exótica que es la orquídea. Tal vez ninguna otra tierra del mundo sea tan generosa y magnífica en cuanto al esplendor, belleza y abundancia de su producción. Y es que en Colombia crecen silvestres, sin distinción de climas, en las montañas, en las selvas, prendidas a las copas de los árboles, entre el musgo y los bejucos, o cultivadas, por gusto y tradición, en los jardines de las casas o en maceteros de madera y barro, llenos de musgo para este propósito. Inútil sería pretender describir con palabras la rara hermosura de esta flor suave y delicada; sólo puede hacerlo fielmente el poeta, en su gráfico lenguaje de belleza, y el pintor, con su mágica paleta. Vamos a hacer, pues, la descripción científica.

Las orquídeas rara vez son solitarias, y comúnmente se agrupan en ramos o espigas terminales o axilares, generalmente sencillos. (Los hay compuestos, por excepción, en las especies de un género llamado «oncidium».) En algunos géneros se ha observado que pueden existir dos y aun tres formas distintas de influorescencia. Carecen estas flores de bráctea propia y al comenzar su desarrollo presentan hacia la parte anterior su sépalo medio, que es el tercero, conservando algunas veces esta orientación cuando la flor llega a abrirse; pero, más generalmente, esta disposición cambia notablemente, porque el pedicelo sufre en el curso de su desarrollo una torsión de 180°, que vuelve hacia dentro la mitad de la flor y viceversa. En algún caso esta torsión es de una vuelta entera, de modo que las partes de la flor vuelven a quedar orientadas como lo estaban en un principio. El cáliz está formado por tres sépalos coloreados, sensiblemente iguales, de los que alguna vez los dos laterales son concrescentes y vueltos hacia atrás, o se sueldan los tres; también pueden reducir su desarrollo los dos laterales hasta quedar rudimentarios. La corola presenta un zigomorfismo muy pronunciado; pues si bien existen géneros en que todas los pétalos son semejantes, lo general es que el pétalo medio, al que se distingue con el nombre de labelo, presente un desarrollo predominante y adopte formas y coloraciones muy distintas de los laterales y a veces verdaderamente extraordinarias. Su ramificación y variedad de colores, el adoptar las formas y coloraciones que semejan las de algunos insectos arácnidos y el prolongarse en lacinias a veces de gran longitud, suministran tales caracteres que ellos solos bastan para distinguir un gran número de géneros de orquídeas. La familia de las orquídeas es la más numerosa de la clase de las monocotiledóneas, pues contiene unas cinco mil especies distribuídas en 334 géneros y repartidas por todas las regiones templadas y cálidas del globo, raras en los climas fríos. Las especies de las orquídeas son: plantas herbáceas, vivaces, terrestres o epifitas. Las terrestres tienen un rizoma ramificado que carece a veces de raíces y más generalmente tiene raíces adventicias filiformes o carnosas. También pueden mantenerse de un año a otro con las materias alimenticias acumuladas en un tubérculo falso, llamado también bulbo falso, y el cual se forma por la concrescencia de un hacecillo de raíces, como ocurre en gran parte de las orquídeas de Europa, que son casi todas de este género. Hay algún caso en que el tubérculo se origina por el inflamiento de la base del tallo. En las especies epifitas aparecen abundantes raíces aéreas, y con frecuencia los tallos se hinchan en los entrenudos superiores formando depósitos tuberculosos; pero hay algún caso en que los tallos crecen mucho y se hacen trepadores. Las hojas son alternas y dísticas o dispuestas en espiral, envainadoras, con el limbo entero, acintado u oval, y alguna vez coriáceas o carnosas, con los nervios rectos y paralelos y, por excepción, la nerviación reticulada.

Aparte de las numerosas especies cultivadas por las formas notables y coloraciones brillantes de sus flores, que hacen de las especies de esta familia un ramo importante de comercio, hay varias otras, utilizadas unas como alimenticias por los tubérculos radicales, que contienen a la vez almidón y goma. Estos tubérculos constituyen el alimento conocido en oriente con el nombre de «salep». Otras, hojas aromáticas, se emplean en infusión teiforme, y otras, cuyas cápsulas carnosas y aromáticas se emplean como condimento, constituyen el artículo comercial llamado vainilla. Colombia puede ufanarse de producirlas de todas las especies y géneros y de los más raros matices de formas y de colores. En testimonio de lo dicho están los jardines de Medellín, la capital del Departamento de Antioquia, que posee el clima ideal para las orquídeas. Las exposiciones de estas flores que anualmente se presentan, son un regalo de maravilla y de color para los ojos del visitante. Allí, sus moradores cultivan con las orquídeas el gusto por lo bello y disfrutan de la inexplicable poesía que irradia ese conjunto maravilloso, de líneas y de colores deslumbrantes, que forma un jardín de orquídeas. La primera dama del país, doña Berta Hernández de Ospina Pérez, esposa del actual Presidente de la República, tiene en los jardines de «El Ranchito», en Antioquia (del que ofrecemos en esta página cuatro aspectos), más de 20.000 orquídeas clasificadas. Cunas de Venus, Zapatillas, Cucarrones, Mariposas, Espíritus Santos, Americanas, Sanjuanes, Josefinas, son algunos de los nombres que damos en Colombia a las diferentes especies, prescindiendo de los complicados nombres científicos, y haciendo que también el nombre de la flor forme parte de nuestro lenguaje familiar. Doña Berta ha cambiado especies con gentes de países lejanos, para enriquecer su colección; entre ellas, con un príncipe nipón y con personas de Guatemala, del Orinoco, del Amazonas y del Ganges. Ella tiene en sus jardines un tesoro inapreciable.



Ultimamente, y con la facilidad de los medios de transporte, Colombia exporta orquídeas de una forma fantástica. Los campesinos las traen de los montes y es un espectáculo maravilloso pasar por las floristerías cuando la cosecha hace su invasión en las ciudades.

En Europa y en América la orquídea, como símbolo de los más bellos sentimientos, no tiene rival. Lo mismo que las joyas, las orquídeas ejercen hoy sobre la mujer moderna una seducción irresistible. Ellas expresan el summum de los sentimientos de admiración y amor que la mujer inspira al hombre, y deleita su temperamento artístico con las mil facetas de su incomparable belleza.

LILIA PACHÓN GÓMEZ







Reproducimos cuatro bellas orquídeas dibujadas por el célebre botánico español José Celestino Mutis. Estos preciosos ejemplares forman parte de la magnífica colección de 6.000 dibujos de orquídeas que se conservan en el Museo Botánico de Madrid y que fueron realizados por Mutis y sus colaboradores durante la famosa Expedición Botánica al Reino de Nueva Granada (Colombia), que España llevó a cabo durante el siglo XVIII. Estos dibujos forman parte de la obra monumental de Mutis que lleva como título «Flora de Bogotá».



EL BOTANICO MUTIS Y LA FLORA COLOMBIANA

El rey se hallaba completamente fascinado. Por primera vez la peregrina expresión que Francisco de Goya captó en el lienzo cuando hizo el retrato de su señor, Carlos III, había desaparecido de ese rostro de aguda nariz y ojos de un claro azul, de mirada inteligente. Y el rey sonreía satisfecho. Llamado oportunamente por su chambelán, se había vestido rápidamente y hecho conducir con presteza al Real Jardín Botánico, en donde el botánico real, doctor Casimiro Gómez Ortega, lo recibió. Con impaciencia infantil, el anciano monarca recorrió en su compañía las largas filas de plantas exóticas traídas desde los más remotos rincones de su extenso imperio, se acomodó luego en las oficinas del director y tomó en sus temblorosas manos los dibujos que acababan de llegar por correo desde su Virreinato de la Nueva Granada. Estos dibujos eran de tal calidad, que podían agradar aun a los profanos de la ciencia botánica. Se trataba de dibujos grandes de plantas americanas, ejecutados con singular maestría, maravillosamente coloreados con tintas desconocidas por los botánicos europeos; admirables y fieles reproducciones de la flora tropical del Nuevo Mundo. Nadie en el continente americano o fuera de él había visto jamás tales dibujos botánicos, ya que, aunque tenían una fidelidad fotográfica por su detalle, estaban dispuestos con exquisita armonía, con una simetría que recordaba los diseños orientales. No tenían la disposición rígida tan común entonces en la botánica europea, y la gracia de los dibujos estaba superada solamente por los colores, tomados, según afirmaba el director, de materias colorantes vegetales extraídas de las mismas plantas. Con los dibujos llegó una carta, fechada el 14 de julio de 1785, procedente de Santa Fe de Bogotá, capital de la Nueva Granada. El doctor José Celestino Mutis, director de la Expedición Botánica, se permitía informar que su «Flora de Bogotá», en la cual había trabajado por espacio de veinte años, se hallaba terminada, junto con muchos de sus cinco mil dibujos proyectados (de los que los inclusos eran solamente una muestra). El júbilo del rey no tenía límite. Él, que había iniciado la época más notable de la exploración botánica que había conocido el mundo, y que con el concurso de su sucesor se prolongaría por más de medio siglo, estaba encantado de ver al fin los frutos de una labor en la que el Estado había gastado tan ingentes sumas. El admirable trabajo de Mutis, con sus millares de excelentes dibujos, debería publicarse inmediatamente, y, con un gesto imperioso, ordenó que la grandiosa «Flora de Bogotá» fuera publicada. Y así fué, —o va a ser— ciento cincuenta años más tarde.

En el presente año de 1949, casi dos siglos después de haberse iniciado, la «Iconografía de la Expedición Botánica de Mutis» está siendo editada por el Gobierno español. Esta obra magnífica, con sus maravillosas láminas en colores (que debió representar para la botánica lo que las «Aves de América», de Jhon James Audubons representó para la ornitología), ha sobrevivido a los rigores de todos los climas, a los terremotos y a las revoluciones, a los mil y uno humanos percances, y al fin, ahora, será publicada. Es tan formidable la obra que el inmortal José Celestino Mutis legó a la ciencia, que para preparar esta edición se requiere la labor conjunta de los talentos científicos de diversas naciones. Por Mutis se han reunido el doctor Elssworth P. Killip, director de la Sección de plantas del «Smithsonian Institute», quien coopera en la identificación de la «Flora de Bogotá», y el señor Arturo Caballero, director del Jardín Botánico de Madrid, en donde se hallan depositadas las colecciones originales; los que a su vez reciben la colaboración del doctor Armando Dugand, del Instituto de Ciencias Naturales de Bogotá, lugar de origen de las colecciones y en el cual vivió Mutis durante cuarenta y siete años. Estos tres sabios, cada uno de los cuales trabaja en distinto lugar, están tratando de reducir las veinticuatro mil especies de la colección al número aproximado de seis mil quinientas especies que ellas representan; darles la denominación que les corresponde y luego catalogar las plantas de acuerdo con una lista seleccionada de dos mil ochocientas láminas en colores. Aun ahora, con todas las modernas facilidades de la técnica, es ésta una labor gigantesca; cual no sería en el apogeo de la época virreinal española en que se realizó. Pero fué tan trascendental el trabajo y tan importante el lugar (que desgraciadamente ahora representa menos para la ciencia práctica que para la historia de la botánica), que Mutis se ha convertido, como lo predijo hace muchos años Linneo, en un botánico inmortal: «Gratulor tibi nomen inmortale quod nulla ætas unquan delebit», escribió el gran Linneo acerca de Mutis hace doscientos años.

Mutis—José Celestino Bruno Mutis y Bosio, para darle su sonoro nombre completo y legal—llegó a América en 1761. Y en la forma más suntuosa. En su calidad de médico del Nuevo Virreinato de la Nueva Granada —hoy República de Colombia—llegó como miembro de la comitiva que acompañaba a Su Alteza don Pedro Mesía de la Zerda. Cuando Mutis contempló las grises murallas del puerto fortificado de Cartagena, tuvo la intuición de que esta América sería su hogar durante el resto de su existencia. Nacido en Cádiz el 16 de abril de 1732, en el seno de una distinguida familia española, que durante varios siglos había dado sus hijos a la clerecía o al ejército, Mutis hizo estudios de escuela primaria en su ciudad natal y después estudió en la Universidad de Sevilla, en donde, en 1753, terminó su bachillerato. Habiendo elegido la carrera de la medicina, hizo estudios en esta especialidad durante cuatro años más—lo que representa una educación notablemente esmerada para aquellos tiempos—, después de lo cual se trasladó a Madrid, en donde, en 1757, recibió el título de *protomedicato*, médico de la Casa Real. Aparentemente, el joven Mutis no se sentía por completo satisfecho con la simple tarea de recetar elixires. La ciencia médica, por sí sola, no le atraía, porque vivía en el período de avidez por la cultura, durante el cual el interés por las

(Continúa en la página 57)

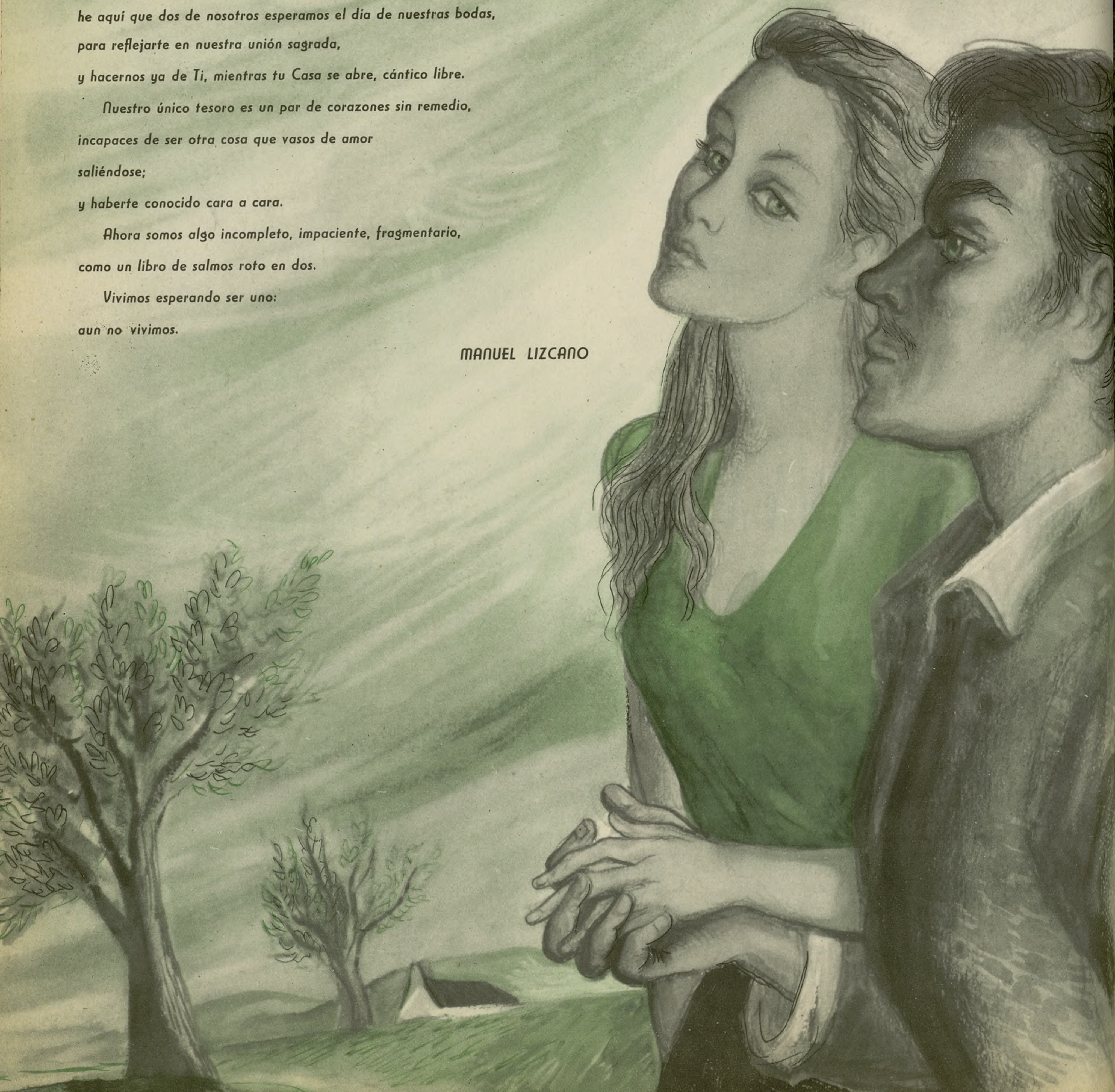
Padre de los pobres,
mágico Encantador del vacío insondable del Principio,
Poeta de aquella superficie del caos de las aguas que tu espíritu anduvo solitario,
Padre de la legión de pobres que soñaste celebrásemos tu Genio eternamente:
he aquí que dos de nosotros esperamos el día de nuestras bodas,
para reflejarte en nuestra unión sagrada,
y hacernos ya de Ti, mientras tu Casa se abre, cántico libre.

Nuestro único tesoro es un par de corazones sin remedio,
incapaces de ser otra cosa que vasos de amor
saliéndose;
y haberte conocido cara a cara.

Ahora somos algo incompleto, impaciente, fragmentario,
como un libro de salmos roto en dos.

Vivimos esperando ser uno:
aun no vivimos.

MANUEL LIZCANO



¡Ahí va la liebre!



Amazonas y jinetes forman una mancha oscura en la lejanía, frente a la Venta de la Rubia. En la loma contigua el público, que ha llegado hasta allí en automóvil. La mañana tiene una neblina plateada que, el sol, como la punta de un cigarrillo, quema de vez en cuando. Los galgueros se ponen en marcha, seguidos del jurado y de los caballistas que complementan este deporte tan español. Se espera con impaciencia que de un momento a otro salte la liebre. Reina un silencio emocionante. Al grito de «¡Ahí va la liebre!», «Chunga II», de Madrid, y «Bartola», de Sevilla, finalistas para el XI Campeonato de España de Galgos de Campo, corren sobre el perfil del horizonte; más que correr parecen volar. Rumores de admiración, ladridos envidiosos de los perros, que con sus dueños presencian la carrera. Todos están en contra de la pobre liebre. Gana «Bartola». Regreso al Chalet de Cacerías







Arriba: En la dehesa de los Carabancheles, de la Sociedad de Cacerías Militares a Caballo, se ha celebrado el XX Campeonato de España de galgos en campo. En la foto, los dos galgos ganadores persiguen a una liebre, seguidos del jurado (Foto Actualidad). En el centro: Pilar Cavestany, y a la derecha, Teniente General Ponte, duquesa de Santoña y el dueño de la perra ganadora, Sr. López Suárez.



Ana María Blasco y Amaya San Miguel charlan, alegremente, durante un descanso.



El marqués de Ardales, sobre la grupa de su hermoso caballo.

Militares a Caballo. Mucha animación; se toma el aperitivo; los andaluces que acudieron a presenciar la prueba con el típico traje corto, canturrean un poquillo de flamenco. Se habla de la capea que se va a celebrar después del almuerzo. Se dice que va a torear Morenito de Talavera y veinticinco aficionados, o más —depende de los espontáneos que se vayan lanzando a la plaza.

Fotógrafos de revistas deportivas y de sociedad logran una buena colección de fotografías; del cam-



Alicia de Balenchana, Antonio Moreda y Pilar Cavestany.



Poloa Estrella y Ana María Blasco.



Pilar Cavestany y Luis Manso.



El teniente coronel González de Castejón y su hija Pilar.



Piedi Zurgena y el vizconde de Tuy.



María Luz Rivera, amazona internacional y el comandante Bulnes.



Alicia de Balenchana y el vizconde de Almansa.

peonato, de las amazonas, de los invitados... El teniente general Ponte charla con la duquesa de Santoña y con el dueño de la perra ganadora de la Copa de Su Excelencia el Generalísimo.

Un grupo afina la puntería en el juego de la rana.

Los más frioleros hacen tertulia dentro del chalet, junto a las chimeneas. Por todos lados una juvenil alegría.

En la capea hubo sus emociones: una vaquilla atrevida saltó la barrera y consiguió una preciosa carrera de espectadores, de verdadero campeonato.

SOFIA MORALES (FOTOS DE E. SAEZ)



Concha Méndez Vigo, Pilar Sástago, Pili Almenara, María Narváez, Mercedes González de Castejón y Angel Méndez Vives.





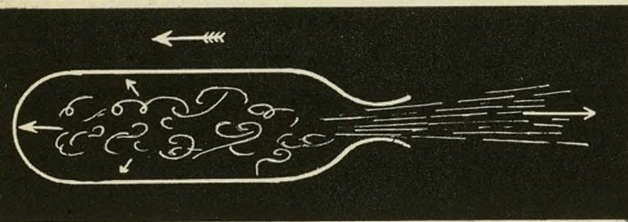
Arriba: Los señores de Catarineu, los hermanos Landete y un grupo de amigos mejicanos.—Abajo: Señora de Espinosa de los Monteros, Marifrán Aguilera, Alan Lukens y Hopkins Colmant.



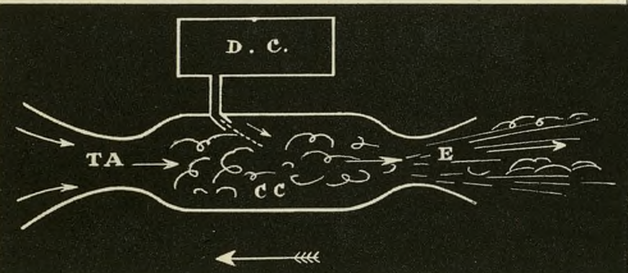
Arriba: Mento y Elena Villalón con Angelo Menéndez Vives.—Abajo: El teniente general Ponte, a su llegada al Chalet de Cacerías Militares a Caballo.



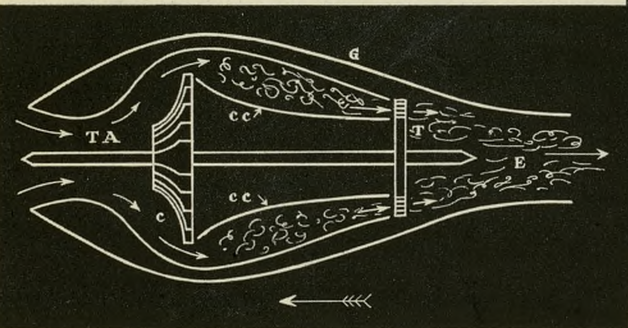
CÓMO LOS AVIONES A REACCIÓN UNIRÁN AL MUNDO HISPÁNICO



Esquema de un motor-cohete elemental. Al salir hacia la derecha los gases expulsados, el cohete es empujado hacia la izquierda.



Esquema de un estato-reactor. El combustible del depósito D. C. penetra en la cámara CC, donde se quema mezclado con aire que entra por la toma TA. Los gases de la combustión son lanzados por el eyector E, mientras el motor recibe un empuje en sentido opuesto.



Esquema de un turbo-reactor En las cámaras CC se quema el combustible mezclado con aire que penetra por la toma TA. Los gases salen proyectados por E, después de atravesar la turbina T, haciéndola girar, y con ella, al compresor C, que aspira el aire de TA, lo comprime y lo envía a las cámaras CC. La reacción del escape E empuja el motor hacia la izquierda.

Arriba: La hélice desaparece en el moderno avión. El hueco que observamos sirve para la toma de aire que facilita el funcionamiento de la poderosa turbina.—Abajo: El Vockers "Attacker" exhibe en esta foto la extraordinaria pureza de sus líneas. Este avión conquistó un "record" de 909 kilómetros por hora sobre un circuito de 150 kilómetros.

INQUIETUD.—Los que hemos conocido y vivido la época en que la Hispanidad estaba dividida por un «charco» que había que salvar dando tumbos en una o dos semanas de navegación sobre el Mare Tenebrosum, creemos haber vuelto a nacer ante las actuales aerovías, que han reducido las semanas a días y han eliminado los riesgos y molestias del viaje marítimo, harto lento ya para la rapidez que impone nuestro estilo de vida actual.

No vamos a entonar aquí el canto al avión, que abrevió las distancias y puso 23 países al alcance de la mano. Pero el que una flor cortada en el bosque de Chapultepec o en las orillas del Plata llegue fresca y lozana a Madrid o a Lisboa es todo un símbolo de una nueva época que no pretendemos descubrir, pero que no debemos ignorar.

Sin embargo, nuestras inquietudes por un mañana mejor han producido hoy—entre otras muchas maravillas—esa cosa medio misteriosa y medio increíble que la Prensa y la radio traen a nuestra mente cada día con el nombre de avión de reacción.

Y uno se pregunta sin querer: Pero ¿existe el avión de reacción? ¿Cómo es? ¿Cómo funciona? ¿Cuáles son sus posibilidades?... Y cuando van llegando las respuestas, uno piensa también: ¿Qué mundo nos reserva este nuevo vehículo ultrarrápido? ¿Cuáles serán mañana—en unidades de tiempo—las dimensiones de la Tierra? ¿A qué distancia quedaremos de América?... Sobre todo ello quisiéramos discurrir aquí, a través del prisma luminoso del espíritu de la Hispanidad.

UN POCO DE TEORIA.—Tranquilícese el lector amigo. No somos ingenieros, ni nos dirigimos a los técnicos. Pero tenemos derecho a sentir una cierta curiosidad, y trataremos de satisfacerla. Unos croquis nos ayudarán.

La figura 1.ª nos ofrece un esquema teórico de lo que puede ser un cohete. Nada más sencillo, como veis. Una botella o recipiente, cerrado por todos lados, excepto por uno (la boca). En su interior, un combustible y un comburente, separados o mezclados, incluso en forma de explosivo; pólvora, por ejemplo. Se le prende fuego, y se producen gases, muchos gases, que a gran velocidad buscan su salida por todas partes. La encuentran por una solamente: la abertura del recipiente, y por ella salen con gran violencia. Mas como también buscan la salida por el resto de las paredes de su cámara, sobre todas ellas se ejerce una presión, que queda compensada en los puntos diametralmente opuestos, excepto en uno: el situado enfrente de la abertura. Y esa presión precisamente, no neutralizada por nada, se ejerce sobre el fondo de la cámara de los gases y la impulsa en sentido opuesto al chorro del escape. El cohete avanza por impulso de tal reacción, en el sentido de la flecha dibujada con barbas, como saben hasta los chicos de la escuela.

Este es el motor-cohete, motor a chorro, motor de reacción, más sencillo que cabe concebir. Se le ha empleado en la bomba-cohete alemana V-2, pero no es lo adecuado para un avión con tripulantes.

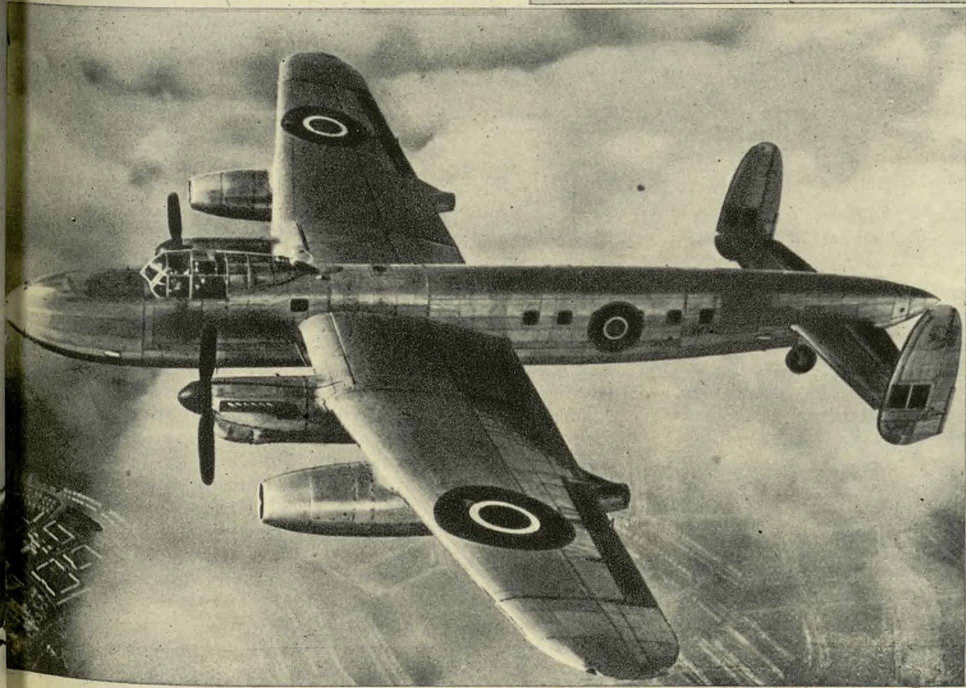
Sin embargo, puede llegar a serlo con muy pocas modificaciones. Veamos la figura 2. Hemos abierto el recipiente por dos lados opuestos, dándole forma tubular. Ambas bocas llevan una ligera estrangulación, y luego una expansión tronco-cónica. ¿Cómo puede funcionar esto? Muy sencillamente. En DC tenemos un depósito de combustible líquido (no queremos nada con explosivos). Este líquido baja a inyectarse en una cámara de combustión CC, similar a la del cohete anterior. Mas como ahora no llevamos dentro el oxígeno comburente, hay que tomarlo de fuera, y de aquí la abertura de la izquierda, TA, que es una buena toma de aire. Este aire se mezcla al combustible como en un carburador de coche; la mezcla carburada se quema en la cámara CC y sale violentamente por la tobera del eyector E. En las estrangulaciones de la cámara se produce suficiente reacción para empujar al conjunto hacia la izquierda. Al avanzar, el viento de la marcha penetra forzado por la toma de aire, y el funcionamiento continúa, tanto mejor cuanto mayor velocidad va adquiriendo el aparato. ¡Qué sencillo!, ¿verdad?... Tan sencillo, que parece increíble.

Pues este motor es un hecho, y un avión que lo lleva ha superado ya la velocidad del sonido, es decir, los 1.250 kilómetros por hora.

¿Dificultades? Desde luego. En primer lugar, este motor no proporciona suficiente empuje hasta que se desplaza bastante de prisa. Ello implica que el avión ha de ser muy fino, capaz de alcanzar altas velocidades, y, además, ha de despegar remolcado, auxiliado por cohetes pirotécnicos o (como en el caso del avión super-sónico) colgado de otro avión que lo suelta a gran velocidad y altura. Y, además, su consumo es enorme. De momento, pues, queda relegado a los aparatos experimentales, con autonomía de pocos minutos de vuelo.

Pero existe algo más perfecto, que es el motor de que oímos hablar a cada paso. Veamos la figura 3.





Arriba: Plano de las posibles líneas que unirán a España con las naciones hispánicas.—A la izquierda: Del famoso bombardero "Lancaster" se derivó el "Lancastrian". Dos de sus cuatro unidades motrices permanecieron fieles al viejo sistema de émbolos.

Tenemos, como siempre, una (o varias) cámaras de combustión CC, rodeadas por una carena o cubierta fusiforme G. En el centro del sistema va alojado un árbol giratorio que sirve de eje común a una rueda de paletas o turbina T y a otra de igual o distinta forma, C.

El aire es aspirado por la toma TA, de donde llega a las cámaras, en las que (como antes) es inyectado el combustible por surtidores, que no dibujamos para mayor claridad, y que se quema y busca violentamente su salida a través de la turbina, haciéndola girar a gran velocidad, para luego seguir hasta la atmósfera por el eyector E. En las paredes de la cámara y en la turbina se ejerce el impulso o reacción, y el motor avanza hacia la izquierda (flecha con barbas). Pero hay algo más;



El primer avión "todo ala" británico vuela accionado por dos turbopropulsores. Por la carencia de cola los timones de dirección van colocados en los extremos del ala.

¡algo que parece el movimiento continuo! Como la turbina va unida por el eje a la rueda de paletas anterior, la hace girar a su misma velocidad—10 a 20.000 r. p. m.—, y dicha rueda aspira el aire de la toma TA, lo comprime y lo impulsa hacia las cámaras, aumentando notablemente el rendimiento del motor.

La potencia de la turbina es tan enorme que, además de dejar pasar el chorro de reacción, mueve (como hemos dicho) el compresor del aire, y aun le sobra potencia, por lo cual, en muchos motores, se prolonga hacia adelante el árbol giratorio, y en su extremo se coloca una hélice, que colabora también a la propulsión del avión con el empuje del chorro de gases eyectados por E.

El motor de la figura 2, que no tiene ninguna pieza en movimiento, se llama estato-reactor, y se reserva para los aviones supersónicos del futuro. El de la figura 3, con turbina y chorro, se llama turbo-reactor y presta ya buenos servicios, con velocidades del orden de 800 a 1.000 kilómetros hora. Y agregándole la hélice anterior se tiene el turbo-propulsor, llamado también motor «compound» o compuesto, previsto para los aviones de viajeros en un futuro muy próximo, con velocidades de 600 a 800 kilómetros hora, ya que, de por sí, la hélice es inadecuada para otras mayores.

ITINERARIOS HISPANICOS.—Veamos ahora, en el adjunto mapa, la traducción práctica de estas maravillas de la técnica. Hemos trazado tres posibles rutas aéreas:

Ruta del Norte.—Madrid-Lisboa-Azores-La Habana-Méjico (ciudad). Distancias aproximadas, 7.600 kilómetros a La Habana y 9.300 a Méjico.

Ruta del Centro.—Madrid-Lisboa o Sevilla-Madeira-San Juan de Puerto Rico-Caracas-Bogotá-Quito-Lima-La Paz. Distancias aproximadas, 6.550 kilómetros a Puerto Rico, 10.800 a Lima, 11.800 a La Paz.

Ruta del Sur.—Madrid-Villa Cisneros-Río de Janeiro-Buenos Aires-Santiago de Chile. Distancias aproximadas, 8.400 kilómetros a Río, 10.400 a Buenos Aires, 11.560 a Santiago.

Estos tres podrían ser los ejes de las rápidas aerovías a reacción. Pero estos aviones han de volar a gran altura—de 10 a 20.000 metros—y necesitan tiempo para ganarla. Por ello, las etapas cortas son inadmisibles por antieconómicas, y habría que prever un servicio local más modesto para el enlace transversal de las capitales: Méjico-Centroamérica-Bogotá, Puerto Rico-Santo Domingo-La Habana, La Paz-Asunción-Montevideo-Buenos Aires.

MATERIAL DE VUELO.—Como punto de partida y comparación, citaremos a los tres aparatos trasatlánticos, proyectados desde su origen como tales transportes y equipados con el clásico motor de explosión, que actualmente aseguran el enlace América-Europa. Dos son norteamericanos y uno británico. Los enumeramos por este orden, que es también el de su antigüedad:

Douglas D. C. 4 (Skymaster): Velocidad de crucero, 330 Km./h. Autonomía, 6.000 Km.

Lockheed «Constellation»: Velocidad, 400 Km./h. Autonomía, 6.000 Km.

Handley Page «Hermes» V.: Velocidad, 480 Km./h. Autonomía, 6.400 Km.

Como es bien sabido, con estos aparatos, el viaje de la Península a Buenos Aires se cubre en treinta o treinta y dos horas de vuelo, y a Méjico, algo por el estilo. (Hablamos de 1948.)

Existe ya un material de transición, pero no es prudente contar con él para nuestro objeto. Por ejemplo, el Vickers «Nene-Viking», que es una adaptación del conocido «Viking», equipado ahora con turbo-reactores Rolls-Royce «Nene». Este avión cruza a 535 Km./h., y puede alcanzar los 660; pero su autonomía no pasa de 500 Km. No es un transatlántico.

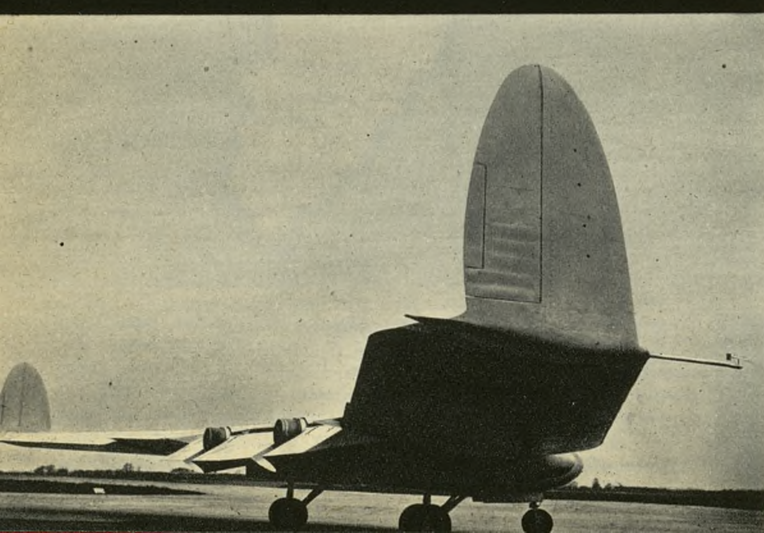
Otra versión del «Hermes» ha sido equipada con turbo-propulsores Bristol «Theseus». Cruza a 550 kilómetros-hora y alcanza a 4.500 Km., autonomía un poco escasa para las travesías atlánticas, en que hay que salvar etapas de 3 a 6.000 Km., contando con un posible viento contrario de 50 a 60 por hora. Util para la ruta del Sur.

Otro paso interesante ha sido dado por otros dos aviones británicos, proyectados y construídos de primera intención con turbo-propulsores: el Vickers «Viscount», con turbinas Rolls-Royce «Naïad», que vuela a 510 Km./h., alcanzando a 2.800, y el Armstrong Whitworth «Apollo», con turbinas Armstrong-Siddeley «Mamba», que vuela a 495 Km./h., con un alcance de 2.500 Km. Como se ve, estos aparatos no pueden aún cruzar el Atlántico, cuyo salto más corto (Natal-Dakar) mide unos 3.160 Km.

Y... ¿entonces? Para un futuro próximo—digamos 1955—cabe prever la puesta en servicio del ac-

(Continúa en la página 57)

Arriba: Uno de los cazas representantes de la moderna técnica propulsora que más renombre ha alcanzado últimamente, es el Havilland "Vampiro". Abajo: El "todo ala", que arriba aparece en pleno vuelo, se nos muestra ahora un momento después de aterrizar.



EL LÍBANO

CUNA DE EMIGRANTES A AMÉRICA





Arriba: Toldos de púrpura roja cubren del sol los tenduchos del zoco de Sidón. Sólo los camellos no han variado desde la época en que los navegantes fenicios surcaban el Mediterráneo con sus trirremes cargadas de los mismos artículos que probablemente transportan hoy estas «naves del desierto». A la izquierda: Esto es lo que queda de la gloria de Sidón. Eclipsado primero por su hija, Tiro, después por Beirut, el viejo puerto ha quedado relegado a un modesto abrigo para las lanchas de los pescadores.

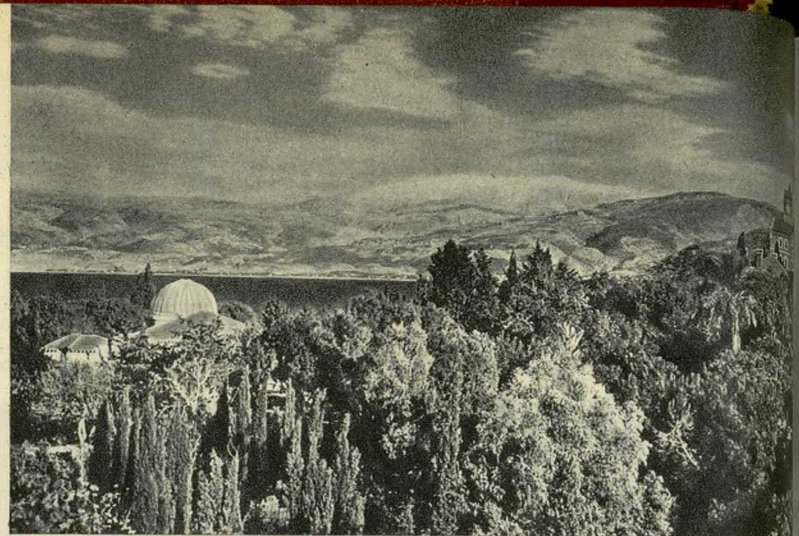
PARA llegar de la Plaza de los Omeyas, de Damasco, a la Plaza de los Cañones, de Beirut, tiene usted que cubrir exactamente dos horas y media de carretera y una gran parte del abismo que separa a Oriente de Occidente. Porque mientras la nota dominante de Damasco es la tristeza, una tristeza que se extiende desde el patio de cualquiera de sus doscientas setenta y siete mezquitas a la pista de baile de cualquiera de sus dos cabarets, en Beirut se encuentra usted con una ciudad abigarrada, llena de vida y de animación.

Este contraste es lo único que puede llevar al viajero a sacar la conclusión de que Beirut y el Líbano no forman parte de Oriente. Una conclusión tan errónea como la de que Oriente y Occidente no se encuentran. Oriente y Occidente se encuentran en el Líbano, y si hay una mezcla feliz de los dos mundos, tiene usted que ir a buscarla a las calles de Beirut, donde los minaretes de las mezquitas alternan con los campanarios de las iglesias, los «tarbushes» con los sombreros occidentales y las mujeres veladas con lo que podríamos tomar por modelos de las casas de modas parisinas o madrileñas.

Muchas cosas, aparte de esto, le dan personalidad al Líbano: su historia, que cuenta por siglos donde nosotros contamos por años; su carácter de oasis en medio de un mundo de desiertos... Pero ninguna tanto como lo especial de su población. Con el señuelo de su fertilidad y de sus puertos, esta «Suiza de Oriente» ha sido una especie de Eldorado para las razas que en un momento u otro de la Historia han poblado el Oriente Medio. Al lado de los descendientes de los antiguos fenicios puede usted encontrar allí caldeos, cuyos antepasados vinieron de Mesopotamia; kurdos, arameos, que vinieron del Sur y que todavía hablan el idioma del Sermón de la Montaña... Allí están los más importantes núcleos cristianos de Oriente, reliquias del Imperio bizantino, de los Patriarcados de Antioquía y Constantinopla: católicos maronitas y siriacos, griegos católicos y ortodoxos. Allí se refugiaron los armenios cuando su pueblo fué dispersado del Asia Menor por la invasión otomana y allí siguieron refugiándose para escapar a las carnicerías de que los turcos les hicieron objeto hasta 1918; allí acudieron incluso en el último decenio, cuando la anexión de Alejandreta a Turquía. Allí fueron también—y allí siguen—los drusos, pueblo belicoso y rebelde, al que una tradición hace descender de los Caballeros Cruzados que hace más de ocho siglos ocuparon el país. Desde su «fortaleza de Dios» hasta los confines de Siria, el Líbano es un verdadero muestrario de razas y religiones. No hay que alejarse mucho del país, por el Norte, por el Este o por el Sur, para ver lo difícil que hubiese resultado en cualquier otro sitio la convivencia de todas esas minorías.

Abajo: «Como los cedros del monte Líbano». En los tiempos de Salomón, cuando vigas de cedro sostenían el Templo de Jerusalén, las montañas del Líbano estaban casi totalmente cubiertas de estos bellos árboles. Hoy, sólo 400 quedan en todo el país, en un lugar conocido por «Los cedros del Señor». Este ejemplar datará, probablemente, de tiempos de las Cruzadas. A la derecha, de arriba a abajo: Entre la montaña y el mar, la bella rada de Beirut. Y entre los árboles de la orilla, una de las instituciones culturales más antiguas del próximo Oriente: la Universidad Americana de Beirut, a la que acuden unos 2.000 estudiantes de veinte nacionalidades distintas.—El valle de Hamana, cerca de Beirut es una de las regiones más fértiles de todo el próximo Oriente.—Beirut es la capital de la eterna primavera. Pero a pocos kilómetros de distancia, puede usted encontrarse con estos paisajes, que justifican para el Líbano el nombre de «Suiza de Oriente».—Del desierto a la montaña, las tribus de beduínos pastores pueblan gran parte del próximo Oriente. Aquí, a pocos kilómetros de Beirut, un beduíno conduce su rebaño de ovejas en un paisaje diametralmente opuesto al de los desiertos de Arabia, de donde procede su tribu.











Por lo menos, un notable producto humano ha salido de este «cock-tail» de razas: lo que los franceses llaman «el levantino». El levantino es la mezcla más equilibrada de oriental y occidental que puede imaginarse, y aunque los encuentra usted un poco en todos sitios, por el Oriente Medio, su ambiente natural es el Líbano. El levantino es tan libanés como el cedro. Puede ser un armenio, un caldeo o el descendiente de un navegante fenicio de los que fundaron Almería; suele ser un cristiano de formación occidental y es siempre un tipo inteligente y emprendedor. De cien levantinos, noventa y nueve son comerciantes, de los que noventa emigran. Y el hecho de que casi todos hagan fortuna, no extrañará a nadie que sepa que en cuanto una colonia de levantinos se establece en una ciudad, la colonia judía hace las maletas y se marcha en busca de horizontes más despejados.

«Las ruinas de Tiro, como la proa de un barco», dice el capítulo 27 de Ezequiel. Y hoy, vistas desde el aire las columnas romanas donde todavía amarran sus lanchas los pescadores libaneses, le hacen reflexionar a uno en otra cita bíblica: «¡Cómo han caído los poderosos!»

Verdaderas proas de barco fueron Tiro y Sidón y lo son hoy los modernos herederos de su gloria: Beirut y Trípoli. Los bazares indios que el turista más casual no puede dejar de notar en las calles de Beirut, donde se queman maderas de sándalo y se amontonan las sedas y las esencias, demuestran que en la más vieja ruta del comercio mundial el Líbano sigue siendo una mano tendida de Oriente a Occidente. Y el hecho de que el petróleo haya aparecido al lado de los artículos tradicionales que constituían el volumen del comercio fenicio y de que los trirremes hayan sido sustituídos por modernos buques-tanques, sólo contribuye a demostrar que la Historia se equivoca pocas veces y que lo que era cierto hace treinta siglos sigue siéndolo hoy.

Pero no es sólo el comercio lo que ha utilizado al Líbano como base de partida para el largo viaje entre Oriente y Occidente. Desde una antigüedad respetablemente remota el país ha ejercido también una especie de monopolio en el tráfico de los emigrantes. Las «cabezas de puente» de este tráfico estaban antes en la orilla occidental del Mediterráneo, y las ciudades del Levante español y de la costa norteafricana son testigos de la audacia y el espíritu de empresa de los viejos navegantes fenicios. Pero hoy, en que el mundo se ha alargado, el Oeste de los libaneses no se detiene en las costas españolas, sino en América.

De hasta qué punto el Líbano es un país de emigrantes no suele uno darse cuenta hasta que llega a Beirut y se entera de que los libaneses se reparten a partes iguales entre su patria y las colonias del extranjero. El millón aproximado de habitantes del Líbano es quizá sobrepasado por el número de libaneses de Ultramar, y para un 60 por 100 de ellos Ultramar significa América, lo mismo que para los españoles.

El tráfico de emigrantes es reproducido a la inversa por el tráfico de dinero, y dudo que haya otro país donde las «importaciones invisibles» de capitales tengan la importancia que en el Líbano. Las mayores fortunas del país—y en el Líbano hay fortunas respetables—tienen su origen en América, sobre todo en la América hispana, y en Universidades de habla española se ha formado una buena parte de la clase dirigente del país.

Esto justifica la enorme preocupación que en el Líbano existe por los países hispanoamericanos y por los emigrados libaneses que en ellos viven. Las noticias de Hispanoamérica ocupan con mucha frecuencia las primeras páginas de los periódicos.

El emigrado es probablemente hoy el problema más importante del Líbano y de los libaneses. Ni siquiera la reciente guerra de Palestina, en la que el país se ha visto envuelto como beligerante, ha logrado desplazarle de las primeras planas y de la conciencia del hombre de la calle de Beirut o de Trípoli.

Y aunque Beirut y Trípoli no ofrecen las oportunidades que Río de Janeiro o Buenos Aires, el espíritu emprendedor del libanés ha establecido en ellas un floreciente comercio. Quizá un poco paradójicamente, la guerra de Palestina ha beneficiado al país desde este punto de vista. Con el puerto de Haifa en manos judías y cerrado, por tanto, el tráfico con los países árabes, Beirut se ha convertido en uno de los puertos comerciales más importantes del Oriente Medio, casi a la altura de Alejandría (Egipto).

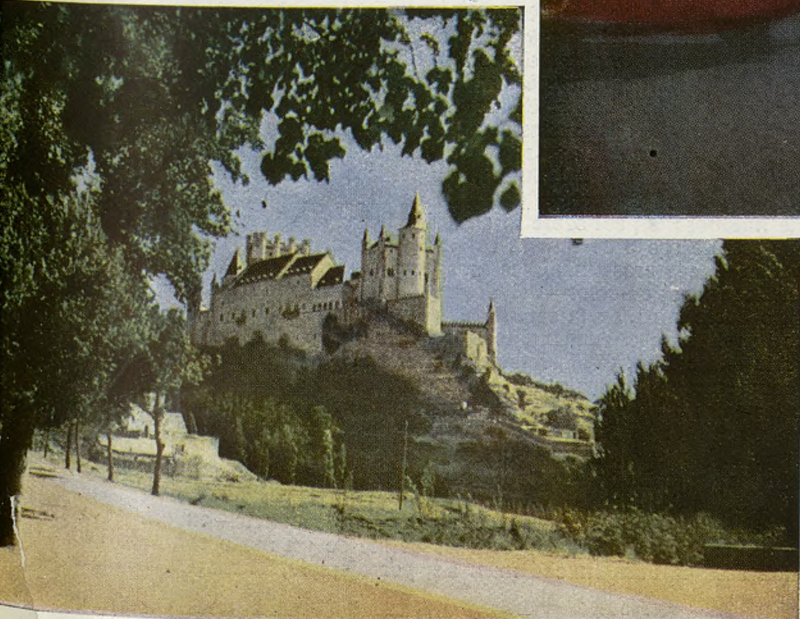
JUSTO PERAL DE ACOSTA

SEGOVIA

PLAZAS del Azoguejo, de Capuchinos, del Corpus; calles de la Muerte y la Vida, del Malconsejo, de los Desamparados; postigo del Consuelo, camino de la Piedad... Entre su tierra y sus piedras, entre sus rumores o su silencio, tiene un pausado latido el alma de Segovia. Otras ciudades, antiguas como ésta, como ésta ceñidas de historia, son sólo arqueología, recuerdo inmóvil, doliente sombra. Murieron al morir los días en que ellas brillaban con luces de poderío. Pero Segovia es mucho más que el espectáculo de una época distante. Es una emoción viva. Y todo en la ciudad—testimonio de viejas jornadas, de horas y laureles que se desvanecieron—posee aún, milagrosamente, alma. Un alma clara y tranquila, hecha de sosiego y de luz: la luz y el sosiego castellanos, ancha serenidad del espíritu.

En otras ciudades, el pensamiento se siente abrumado. Todo dice a nuestro paso la melancolía desoladora de un "sic transit". Las ruinas acosan a la sensibilidad. Cae como una losa sobre el espíritu el sentido dramático del tiempo. La angustia de las coplas manriqueñas se enrosca, cordón de pesadumbres, al corazón del viajero. Mas en Segovia todo es claridad, sonrisa casi. No se siente aquel desgarrado sollozo de otras ciudades, obstinadas en la imposible resurrección de una hora remota. Hay, sí, entre las piedras y la tierra, historia, leyenda, recuerdo... Sobre ello, sin embargo, aventando nostalgias, flotan aquel sosiego y aquella luz, alma, en definitiva, de una ciudad que no llora elegíacamente su pasado, sino que extrae de éste una lección de serenidad.

Este reposo sonriente de Segovia, este claro perfil, ¿nacen acaso del aire, transparente, sutilísimo, en que la ciudad recorta sus muros y sus torres? ¿Son obra del alto cielo azul que tutela el quehacer y el sueño del apiñado caserío? ¿Se deben al sol, que en estas cumbres cobra tonalidades de un oro hecho para besar mármoles antiguos? Compleja y huidiza la causa, vaga e inaprensible, su resultado es esta terminante claridad de Segovia, desvelo y ensueño de pintores. Por ella, las ruinas no son aquí motivo de lamentación dolorosa, ni los palacios albergan nostalgias, ni los monumentos se alzan como fantasmas sombríos. Por ella, el alma de



Arriba: Vista parcial del acueducto romano.—Abajo: El Alcázar de la ciudad se recorta contra el cielo de Castilla.



Arriba: Panorámica del a ciudad.
Abajo: Arco de la Fuencisla.

la ciudad sonríe desde la plaza del Azoguejo, desde la calle de la Muerte y la Vida, desde el camino de la Piedad.

* * *

Los restos de la arquitectura romana en España —Mérida, Itálica, Tarragona...—tienen siempre esa melancólica fisonomía de lo truncado, de lo roto, de lo herido y deshecho por el tiempo. Sólo en Segovia un monumento de Roma se nos aparece entero y vivo, sustancia entrañable de la ciudad, parte principal de ella misma. El Acueducto es el más viejo e impresionante testimonio de la historia segoviana. Asombra aun a los ojos y al espíritu más acostumbrados a la contemplación de estas huellas del tiempo antiguo. Asombra tanto por él mismo como por su situación, dominante sobre las casas que se apiñan a los pies de la fabulosa construcción, a uno y otro lado de la gigantesca columna vertebral. Junto a su parte más alta, en la plaza del Azoguejo, bulle y pasa lo más animado y popular de la vida segoviana. Esos enormes sillares sin argamasa, ¿cuántos gozos o cuántos duelos vieron pasar? Esos ciento cuarenta y ocho arcos fueron inmóviles pupilas que contemplaron el ir y venir de la palpitación ciudadana, los sueños, las rebeldías y los laureles de Segovia. No pudo Roma dejar, de su paso por España, más bella y perdurable impronta. "Es el megaterio de los monumentos, animal sauriesco embarrancado para siempre entre dos colinas", escribió Ramón Gómez de la Serna. Y añadió el escritor después: "Entre piedra y piedra, en la uña de sus junturas, está el polvo de los siglos." Amaba Ramón profundamente esta colosal belleza antigua del Acueducto. La pluma del escritor multiplicaba sus ágiles juegos, sus agudezas de interpretación y de humor ante el monumento. "El primer día—escribió también—, cuando quedó, por fin, rematado el Acueducto y pasaron por él las primeras aguas, que sabían como a botijo nuevo, el arquitecto, cuyo traje es una incógnita y si tenía la barba puntiaguda de los egipcios o el rostro rasurado de los romanos, miró su espléndida obra como si se pudiese desbaratar y caer. Al día siguiente la vió en toda su estabilidad de siglos."

El Acueducto habla de un mundo pagano; la Catedral, de un mundo cristiano; el Alcázar, de un mundo guerrero, palatino y caballeresco. Son las tres estampas clásicas en que Segovia apoya su universal prestigio de ciudad de arte y de historia. Señoreando la capital, en su parte más eminente, está la Catedral, de traza gótica, aunque el templo fuese empezado en los días del César Carlos, cuando ya el Renacimiento había penetrado en templos y mansiones de España. Aquella situación elevada y dominante ha hecho que el noble edificio sea repetidamente comparado a un navío. Así lo vió Waldo Frank, para quien la Catedral era "un barco en el mar de la ciudad, como la ciudad un barco en el mar de las colinas". Así lo vió, igualmente, nuestro Ortega y Gasset: "A la mano siniestra, allá lejos—escribió—, navega, entre trigos amarillos, la Catedral de Segovia, como un enorme transatlántico místico que anula con su corpulencia el resto del caserío. Tiene a estas horas color de aceituna, y por una ilusión óptica parece avanzar hendiendo las mieses con su ábside. Entre sus arbotantes se ven recortes de azul, como entre las jarcias y obenques de un navío."

Una Catedral anterior estuvo en sitio distinto, en la explanada del Alcázar. Las luchas comuneras la destruyeron. Algo de ella, sin embargo, quedó en el nuevo templo, el construído en tiempos del Emperador: el claustro, que su arquitecto, Juan Campero, hizo trasladar, piedra a piedra, al nuevo emplazamiento, sin otra modificación que la de construir un poco más altas las bóvedas. En la actual Catedral se juntan—difícil acuerdo—la fuerza y la gracia, la grandiosidad y la esbeltez. Es maciza y es airosa a un mismo tiempo. Da la sensación de tener hondamente adentradas sus raíces de piedra en la tierra, y, a la vez, eleva su torre al cielo con encendida ansia, en un visible afán de ganar alturas y glorias. Y, además, el color, ese cambiante, indefinible, maravilloso color de la Catedral de Segovia, desvelo de pintores, dulce tortura de pinceles. Van recogiendo aquellas piedras todo el distinto prodigio luminoso del sol sobre la ciudad a las varias horas del día. Y así, los muros catedralicios son de oro o de marfil, rojizos, violetas, grises. Hasta que la noche llega y una envoltura de sombras unánimes arropa la ciudad. Pero entonces es la luna la que hace argentados juegos de color—del blanco al azul—sobre la Catedral, ahora oración pálida en vuelo hacia Dios, en la serenidad de la noche castellana.

La Catedral es lo religioso; el Alcázar, lo caballeresco y lo palatino. Aquélla, la plegaria; éste, la charla de política, el discreteo, el madrigal. En el Alcázar nacieron reyes y príncipes. Allí conversaron letrados y embajadores. Fiestas, torneos, galanterías tuvieron por escenario las salas o los patios del Alcázar. De allí salió un día Isabel de Castilla para ser proclamada reina en la plaza Mayor de la ciudad. No importa que los destinos y el incendio posteriores hayan desfigurado la primitiva traza. El Alcázar continúa teniendo un alma caballeresca, palatina y heroica. Su espíritu es aún—salas de los Reyes, de las Piñas, del Cordón...—el de los viejos días.

Pero este tríptico clásico—el Alcázar, la Catedral y el Acueducto—en que se apoya más popularmente la universalidad de Segovia no define de un modo completo la fisonomía de la capital. Esta es más, mucho más. Es, por ejemplo, el magistral alarde de



Arriba: El Alcázar, coronado de esbeltas torres.—Abajo: Un torreón del mismo Alcázar.

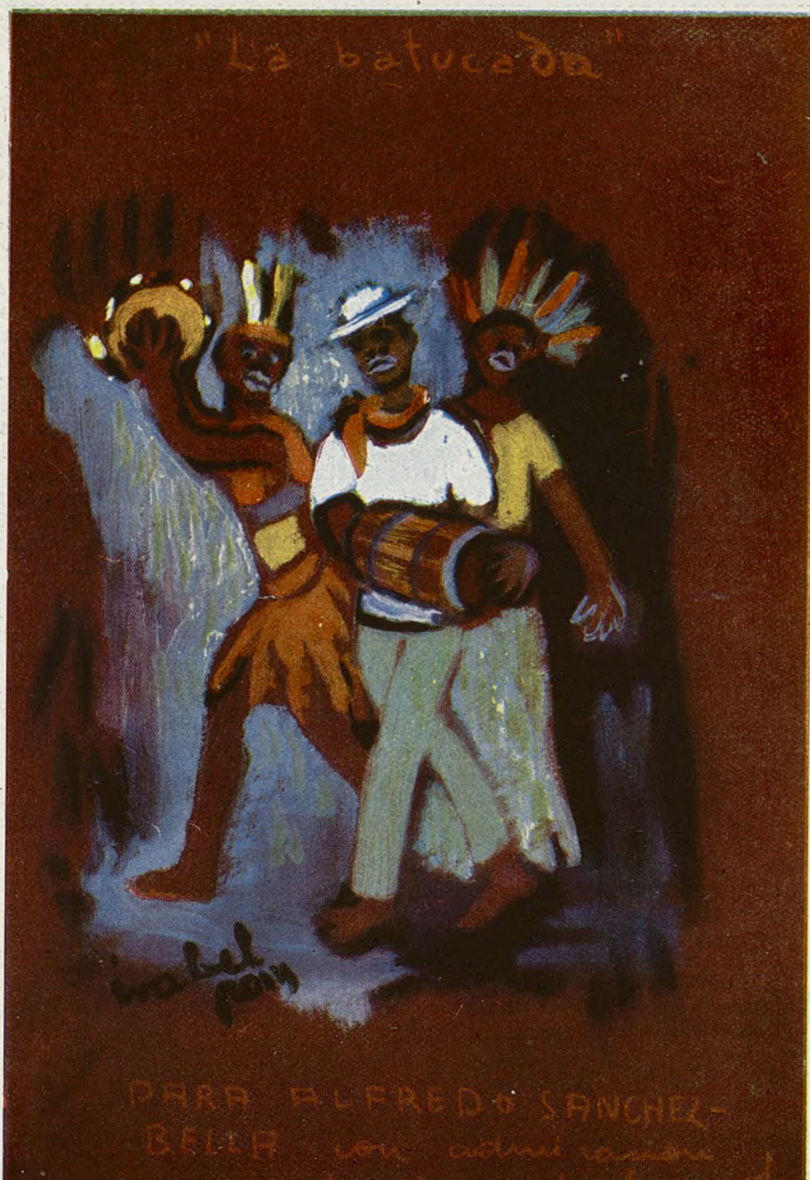
sus templos románicos, tan puros, tan bellos y, dentro de la natural línea común, tan varios; los hay desde los últimos años del siglo XI hasta los primeros del XIII. Estos templos son los de San Martín, San Andrés, el Salvador, la Trinidad, San Justo, San Lorenzo, San Juan de los Caballeros, San Millán, San Clemente, San Esteban... De todos ellos, el más antiguo es, posiblemente, San Martín, que alza su severa belleza románica en el corazón de la ciudad, en el camino que baja desde la Plaza Mayor al Azoguejo. Otra de aquellas iglesias, la de San Juan de los Caballeros, es ahora estudio y taller de cerámica: en ella trabajó el insigne Daniel Zuloaga, y sus hijos continúan hoy la labor que aquel ceramista creó entre los muros seculares del viejo templo románico.

Palacios y casonas completan el valor arquitectónico de la ciudad. Todo ello forma un conjunto que por sí mismo. contemplado panorámicamente desde cualquier punto de mira, sorprende con la fuerza de lo excepcional. Mas con todo esto, en definitiva, es materia: piedra, tierra, tangibles, visibles. Y Segovia tiene, al lado de ello, una enorme vibración espiritual. En su aire resuenan, inefables, voces extinguidas ya. Guarda la ciudad ecos de palabras y de sombras. He aquí la tumba de San Juan de la Cruz, el frailecico que soñaba desposorios angélicos del Alma con Dios. Junto a esta peña, al pie de esta cruz, se cuenta que descansaba, cuando subía desde el convento a la capital. Este otro templo fué fundado por Teresa de Jesús, y en una de sus celdas se dice que la Santa escribió sus "Moradas". Aquí, junto a esta cruz, llegó un día Vicente Ferrer y habló a los hombres y a las mujeres de Segovia: venía de tierras de Levante a tierras de Castilla, y su palabra puso sobre el páramo vehemencias nuevas, apasionados fuegos mediterráneos.

Mas, en nuestro tiempo, las piedras y la tierra de Segovia recogieron otra sombra insigne: la de Antonio Machado, que aquí vivió horas de meditación y de recuerdo, nostalgias y melancolías de hombre solo. Vivía en la calle de los Desamparados, y desde ella iba a su clase de Francés en el Instituto; subía a la Plaza Mayor, bajaba luego por la calle Real, dejaba atrás el templo de San Martín, llegaba al Azoguejo... Después, por la calle de Angelete, junto al Acueducto, al Instituto. "Una tarde parda y fría—de invierno. Los colegiales—estudian. Monotonía—de la lluvia en los cristales." Infatigable lector, iba siempre cargado de libros, en las manos, en los bolsillos. Alguien con quien se detenía un momento, o algún compañero en la tertulia del café, le elogiaba uno de aquellos volúmenes. Don Antonio se lo regalaba entonces. Hasta tal punto era generoso en ello, que a veces regresaba a casa—su modesto cuarto en la calle de los Desamparados—sin ninguno de los libros con que había salido.

Versos de Teresa, de San Juan, de don Antonio. Piedras romanas del Acueducto, cristianas piedras de la Catedral. Conventos, casonas, restos de murallas. El Alcázar, las calles pinas y sinuosas, la leyenda. Y la luz, matizándolo todo, suavizándolo todo, alegrándolo todo. Tan ligada al ayer, no es, sin embargo, Segovia—y en ello opera este embrujo de luz—, ciudad de nostalgias, de esas nostalgias que en otras capitales se hacen llanto.

JOSE MONTERO ALONSO



CARNAVAL

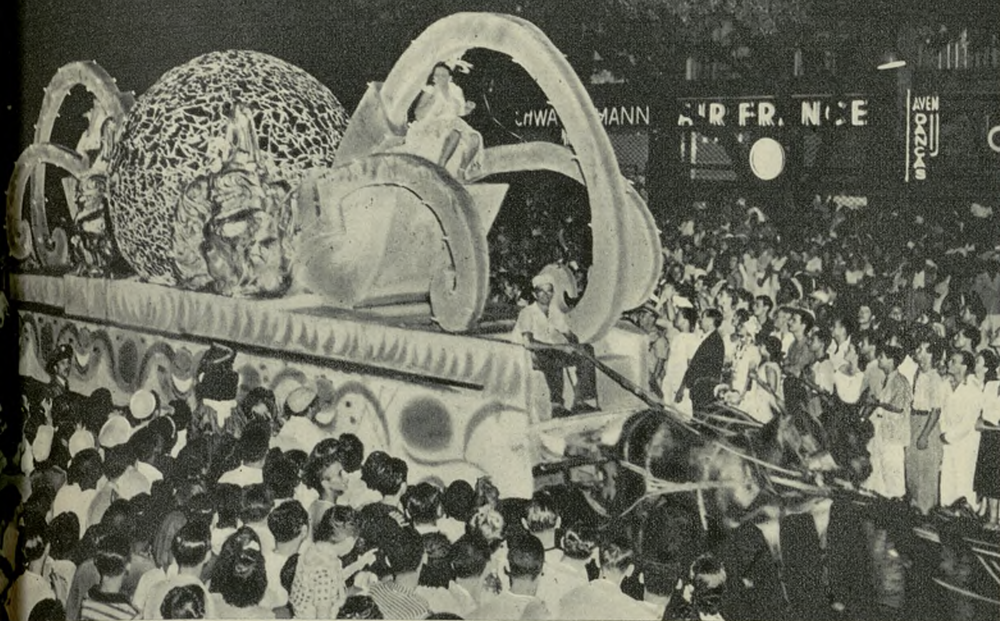
La gran pintora española Isabel Pons, que viaja hace meses, exponiendo sus cuadros, con gran éxito, por Suramérica, se halla en la actualidad en Río de Janeiro, donde recientemente ha pintado y expuesto con unánime elogio un excelente retrato del Presidente Dutra. Al admirable pincel de la pintora catalana debe MVNDO HISPANICO estos bellísimos apuntes al óleo del Carnaval de Río, "Bloque en la avenida de Río Branco" y "La batucada", que con verdadera satisfacción ofrecemos a nuestros lectores. En la pequeña" foto" que reproducimos al pie y que hemos publicado en el número 9 de esta revista, aparece la pintora Isabel Pons acompañada del Embajador español en Brasil, Sr. Conde de Casas Rojas, en el momento de inaugurarse su exposición en los salones de la Asociación de la Prensa, en Río, en septiembre último. La "foto" recoge asimismo cinco retratos del Presidente Dutra, quien tuvo a bien posar para la artista española.

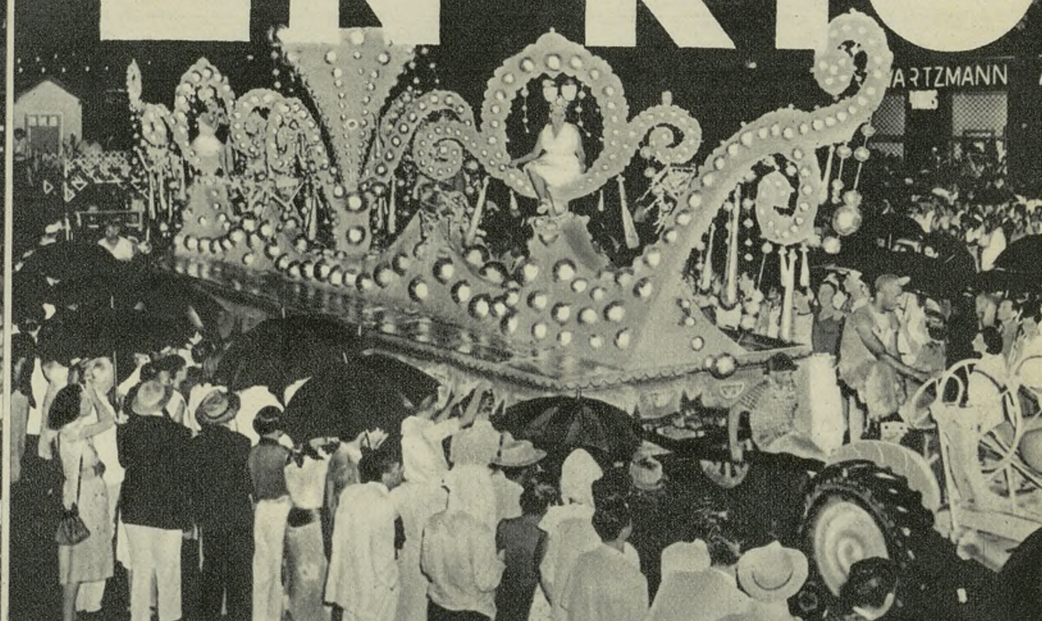
En la siguiente página, arriba: Durante las noches de Carnaval, innumerables carrozas —"préstitos"—, adornadas de luz y embellecidas con la gracia de preciosas muchachas, recorren la avenida de Río Branco.

Abajo: Una "fantasía" de bahiana en uno de los numerosos bailes de los clubs de Río, en días de Carnaval. La linda disfrazada representa, con todos los honores, el tipo clásico de belleza femenina de la capital del Brasil.



EN RÍO







DICE la gente que el Carnaval de Río lo trajo en las maletas el buen Don Juan VI. Si eso es verdad, vendría revuelto, entre melancolías, con algo del desgarro madrileño de Carlota Joaquina, y como el equipaje se había hecho en Lisboa demasiado deprisa, con la bordada ropa interior de la reina por medio.

Había también en aquellas maletas, sin duda, mucha «saudade» en letras y músicas de fados, que parecían perdidos para siempre. Y algo así como una amorosa adivinación lisboeta del alma de los negros. Y algo, también, como una triste despedida, una última lágrima—que ahora percibimos que ya era anticipada—por esta Europa herida que América quiere todavía salvar... Todo se amontonó, entre miedos patéticos a Napoleón, en el equipaje de aquel Braganza plácido que con pollos asados y mermelada de banana pudo ir conllevando al largo de una vida los sobresaltos de un reinado inesperadamente lleno de aventura y el incendiario corazón borbónico de su ilustre mujer.

Lo cierto es que la llegada a Bahía de la Corte portuguesa tuvo ya algo de Carnaval previo. El propio Don Juan VI desembarcó, tras el azaroso viaje, vestido con las ropas prestadas por el Gobernador.

Ciento cincuenta años después es el Carnaval de Río de Janeiro el primero de América y del mundo. Murieron aquellos que fueron famosos en Europa. Y este de la capital federal del Brasil, en cambio, se fué enriqueciendo cada día con la extraña personalidad, el rico colorido, el profundo sentido teatral y novelesco y la inmensa fuerza musical del gran corazón africano que vive entre los otros muchos corazones del Brasil.

Hay en Río, cuando menos, tres ciudades superpuestas—y quedan aparte las soberbias arquitecturas forestales—: la ciudad de cuna portuguesa que se enorgullece de esa otra «cruz del Sur» que es el encuentro de las Avenidas de Getulio Vargas y Río Branco a la sombra del templo de la Candelaria, del Palacio de los Senadores, frente al Municipal—Cinelandia por medio—y del alegre Largo do Carioca, que





ARRIBA: COMO SE VE, LO ESPAÑOL TIENE PRESTIGIO EN RÍO. HE AQUÍ EN UNO DE LOS BAILES DE CARNAVAL, UNA LINDA MUCHACHA «FANTASIADA» DE TORERO. LA FOTOGRAFÍA DEJA VER TAMBIÉN OTRA, DISFRAZADA, CON UN POCO DE IMAGINACIÓN, DE GITANA ANDALUZA.

ABAJO: UN ADMIRABLE «BLOCO», ES DECIR, COMPARSA DE INDIOS, FOTOGRAFIADO EN UN MOMENTO DE DESCANSO, DURANTE SU DESFILE POR LAS CALLES.

EN EL CENTRO DE ESTAS DOS PÁGINAS: EL REY «MOMO I» PRESENTANDO A LA MULTITUD A LA REINA DE LAS ACTRICES, EN UNA DE LAS TRIBUNAS DE LA AVENIDA DE RÍO BRANCO.

ARRIBA, DE IZQUIERDA A DERECHA: ENCANTADOR GRUPO DE MUCHACHAS DURANTE UNO DE LOS BAILES CARNAVALESCOS.

LA REPRESENTACIÓN HUMANA DEL REY «MOMO» FUÉ CREADA POR LA PRENSA. HE AQUÍ A FRANCISCO DE MORAIS, «REY MOMO I», FALLECIDO RECIENTEMENTE, QUE DURANTE QUINCE AÑOS HA ESTADO INVESTIDO DE LA MÁS ALTA JERARQUÍA CARNAVALESCA.

LA GRAN «SAMBISTA» LINDA BATISTA, CON UNA HERMOSA «FANTASÍA» DE BAHIANA, RODEADA DE SU CORTE DE HONOR.

ABAJO: EN CARNAVAL TODOS LOS CLUBS DE RÍO DE JANEIRO SE ALEGRAN DE DANZAS. HE AQUÍ UN DIVERTIDO GRUPO DURANTE EL BAILE QUE SE CELEBRA TODOS LOS AÑOS EN EL TEATRO MUNICIPAL.



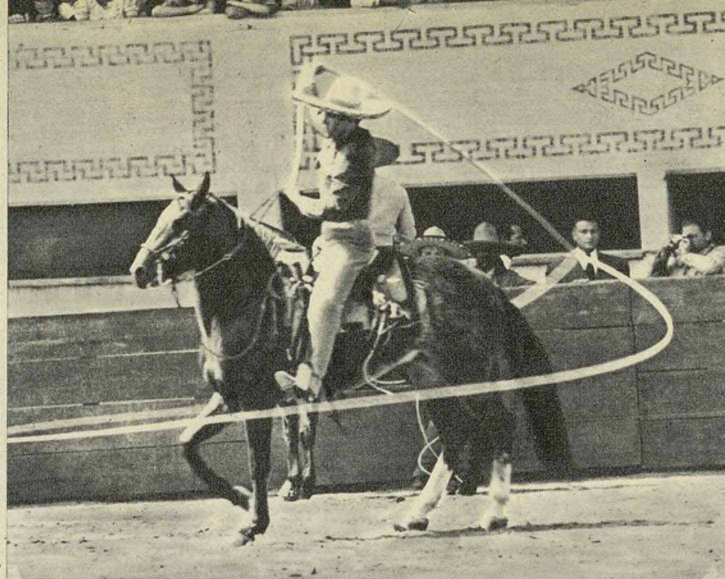
es la puerta de la sabrosa Plaza de Tiradentes, el aperitivo de la Plaza Quince; la ciudad americana, sin antecedentes, que corre desde el túnel de Copacabana hasta Lebrón, Ipanema, con sus chalets dormidos a la sombra de los árboles, entre ambos paraísos, y la ciudad africana, claro de que un Africa de oasis, Africa del Brasil, que bordea las otras, y a veces las rebasa, desde Boa Vista a la Lagoa de Rodrigo de Freitas, y trepa a los «morros», sedienta de arboledas, o se reclina a la orilla del agua, entre cañaverales, donde Guanabara termina y el Atlántico, vencido, lame los pies a la orgullosa carretera de Petrópolis. Esas tres ciudades viven con plenitud idéntica la locura de su Carnaval tradicional durante los tres días y las cuatro noches que van desde el atardecer del sábado a la pálida aurora cenicienta del miércoles. Y, para ser sinceros, la ciudad oscura domina a las otras.

Todavía se llama «corso» al desfile de coches descubiertos y carrozas—los famosos «préstitos»—por las avenidas en la alta noche. Los bailes de disfraces—es decir, «fantasías»—en los Clubs, en los antiguos y célebres Casinos, donde ya no se juega; en los teatros y en las residencias particulares, cobran cada día mayor brillo. Pero el auténtico Carnaval de Río envuelve todo eso y lo sobrepasa. Lo vence. Los tambores negros de las «batucadas», de los «blocos», que son las comparsas, de las «escolas de samba», de los «cordones»—los cuales se conservan unidos entre sí e independientes de la multitud por una larga cuerda, y de ahí les viene el nombre—, de los «ranchos» y los que suenan, a lo lejos, en las «favelas», o sea las chozas, de los «morros» mantienen incesantemente, de día y de noche, sin fatiga ni pausa, su ritmo de danza africana, sobre las «sambas», las «marchinhas» y los terribles «frebos» de Bahía, de los que, desde el sábado hasta el miércoles, respira y vive la ciudad. Río de Janeiro entera, baila, baila y baila...











La fiesta principia con suertes que aún no requieren la intervención del valor. El charro desmonta, toma en sus manos la «reata»—el lazo—y se dispone a dar muestras del dominio que sobre ella tiene, ejecutando difíciles pruebas de «floreo».

La lazada va suelta y se mantiene abierta gracias al movimiento circular que le imprime quien la maneja. Primero, los sencillos movimientos en torno a sí; después, con el dominio más completo, prácticamente hace rodar el charro por su cuerpo la lazada; finalmente, saltando, pasa él mismo por ella de un lado a otro.

Ahora a caballo, el «floreo» continúa con la «crinolina». Dentro del círculo formado por la reata, que gira hábilmente manejada, el jinete y su cabalgadura van caminando marchosamente por el ruedo.

La Mangana. Suerte que es ejecutada en ocasiones a pie y en ocasiones a caballo, pues su dificultad principal ha de encontrarse no en la fuerza necesaria para derribar a la bestia en plena carrera, sino en la habilidad se precisa para lograr que, a pesar de la velocidad, manos del bruto queden perfectamente metidas de de la lazada y para dar con toda oportunidad el tirón la derribe, sin que el lazador salga disparado por su efe o la bestia sufra algún daño por el golpe, cosa que imperdonable en quien ejecuta esta suerte y blasona saber hacerlo.

Si en las faenas campestres el derribar una bestia







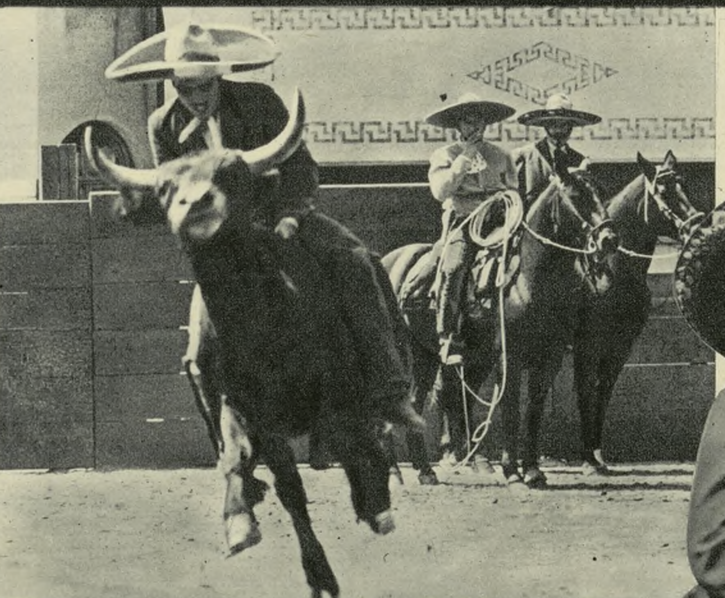
una res tiene aplicaciones de utilidad práctica, especialmente cuando se trata de marcarlos o de curarlos, dentro del jaripeo es frecuentemente un paso obligado para llegar a una suerte, **el jineteo.**

Si se trata de una yegua bruta, el jinete ha de concretarse las más de las veces a sujetarse de la crin y atenerse al vigor de sus piernas, para lograr resistir los reparos. Si se trata de una res, úsase para apoyo de las manos el pretal, que, hecho de una reata de menor dureza que la de las usadas para lazar, se ata en torno al cuerpo del animal. Y las piernas y sentido del equilibrio del jinete han de hacer también su buena parte.

El charro ha reservado para la suerte más difícil el nombre más grave: «el paso de la muerte». Consiste en alcanzar con un caballo manso, sobre el que se va en pelo, a una bestia bruta en fuerza de carrera. Aquí el charro que ejecuta la suerte requiere colaboradores, cuyo principal cuidado es el de arrear al bruto para que mantenga su carrera. Una vez que es alcanzada, es preciso saltar a el. Lo veloz y cerril del animal sobre que ha de saltarse hacen difícil este momento; pero el peligro may llega en el preciso instante en que el cuerpo del charro c sobre el bruto, que, sorprendido y no acostumbrado a aqu estorbo, frena en seco e inicia una larga serie de repara

Una de las más difíciles suertes es la de colear. Tr una res en fuerza de carrera, se lanza el jinete, to con la mano derecha la cola del animal, y colocánd bajo la pierna—«accionando»—, da un fuerte tirón q ha de derribar al bruto. Mucha es la habilidad requeri en primer lugar, para alcanzar a la res; en seguida, pa





saber tomarle la cola; después—en el momento de mayor peligro—, para emparejar el caballo con ella y salirle adelante. Es el momento en que mayores accidentes se producen, pues si la res se desvía, atravesándose al caballo del coleador, la caída de caballo y caballero es inevitable. El remate es el tirón, que, como fácilmente se comprende, requiere, por igual, fuerza, destreza y valor.

Entre las suertes que tanta fuerza, arrojo y destreza requieren surge en el jaripeo el baile del «jarabe tapatío» —que es en México lo que la jota en España—, en el que sobre un entarimado van trenzándose el menudo taconeo de la «china poblana» y el varonil zapateado del charro, al compás de la movida música jubilosa de los «mariachis».

Durante el jineteo, la res hace furiosos movimientos tratando de librarse de quien la monta. Pero a pesar de sus esfuerzos y de sus saltos desmesurados, el charro se mantiene en su sitio sin perder su postura ni su brío.

EL RODEO MEJICANO

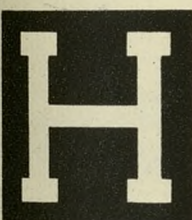
REPORTAJE DE AMUNCO



MURALISTAS MEXICANOS MODERNOS

Pintura al fresco del siglo XVI, realizada por artistas nativos bajo la dirección temática de los frailes, en el convento de Teitipac, Oaxaca.





HAY en México una gran tradición mural decorativa, que proviene del gusto de los primitivos pobladores del país. No es una exageración decir que en los tiempos más antiguos, en la época precolombina, mucho del interés del edificio—templo o palacio—radicaba más en el aspecto decorativo que hemos señalado, que en el estructural y constructivo.

En los primeros tiempos del siglo XVI, los frailes tuvieron una visión certera de esta necesidad del indígena y la aplicaron con gran intensidad, aprovechando los conocimientos técnicos de los pintores indios en la representación de imágenes y temas que se relacionaban, sobre todo, con las nuevas ideas religiosas predicadas por los frailes y misioneros. Pero, como se sabe muy bien, la estructura de las nuevas construcciones religiosas era por completo diversa de la que hacían los indígenas: una mezquita o una tumba romana puede aprovecharse para el culto católico, pero no pasa lo mismo con un teocalli ni con un palacio precolombino. Y, sin embargo, la necesidad decorativa de los indígenas iba a aplicarse a las nuevas construcciones eclesiásticas.

Es verdaderamente sorprendente ver con qué amplitud de criterio los primeros evangelizadores llevan a pintar al interior de los templos y a los muros de los conventos, a esos pintores indios que aplicarían sus tradicionales conocimientos de pintores al fresco. Las paredes de los nuevos edificios, lisas y anchas, se llenaron de figuras, de historias, de retratos, de frisos, en superficies que equivalen a muchos kilómetros cuadrados de pinturas. Con todo y la destrucción del tiempo y el abandono de los hombres, todavía se conservan muestras de esas pinturas, de las cuales reproducimos un detalle de la decoración indígena del convento dominicano en Teitipac, Oaxaca, recientemente descubierto por el autor de las presentes líneas.

Múltiples peripecias—de orden político y de gusto artístico—, entre las cuales podemos señalar el poco gusto que hubo más tarde por la pintura al fresco, y las limitaciones que tuvieron para ejercitar su arte los pintores indígenas hicieron que desapareciera en México, salvo excepciones, la pintura mural. Pero se imponía su renacimiento como una verdadera necesidad, que expresó más claramente que nadie el insigne historiador mexicano y crítico don Bernardo Couto, un poco avanzada la segunda mitad del siglo XIX. Lo muy importante es que Couto señaló las grandes posibilidades de los muralistas mexicanos al fresco—que es casi la única forma de ser muralista—en una época en que en ninguna parte del mundo se practicaba esta técnica, por completo en descrédito.

El renacimiento del muralismo mexicano debe atribuirse al impulso que don José Vasconcelos dió a las artes plásticas, orientándolas en definitiva hacia el decorado de los grandes edificios públicos. Esto, en lo que llamaríamos aspecto administrativo. Pero se debió también al entusiasmo, decisión e intrepidez de los pintores mexicanos, que, sin distinción de ideologías y sin preocuparse por diferencias de edades, se lanzaron verdaderamente sobre la oportunidad que tenían delante, sin detenerse por la dificultad de los problemas técnicos, para reencontrar la tradición muralista nativa, unida a las soluciones de los fresquistas europeos, especialmente del medievo italiano.

Alva de la Canal—que fué el primero que reencontró la fórmula para pintar al fresco—, Diego Rivera—que entonces

pintaba a la encáustica—, José Clemente Orozco, Cahero, Fernando Leal, Jean Charlot y otros fueron ese grupo de pintores que, sin otra liga real que su propio entusiasmo estético, se lanzó a hacer una obra cuya trascendencia en un principio no alcanzaron a vislumbrar. Y fué por el trabajo de todos ellos por lo que resurgió el muralismo mexicano y por lo que todo pintor de nuestro país tiene de nuevo como suprema ambición enfrentarse con los grandes problemas del muro pintado al fresco.

La temática de estas pinturas ha respondido a las líneas generales de la política mexicana, porque, como se sabe bien, originariamente se decoraron sólo edificios públicos: Vasconcelos quiso, en el edificio de la Secretaría de Educación, levantar en pinturas el canto a la educación rural, a la educación popular; Lázaro Cárdenas se propuso, en cambio, hacer por medio de pinturas el elogio de la vida del insurgente Morelos, y los dos ordenaron a sus pintores el trabajo por realizar y pusieron la marca de sus ideas.

El más fecundo de los muralistas mexicanos es, indudablemente, Diego Rivera y también uno de los más técnicos en la composición de algunos de sus gigantescos trabajos. Por desgracia, para satisfacer esa necesidad de pintar, no siempre ha sido Diego coherente consigo mismo, lógico con las ideas que dice profesar, y por eso quizá su temática en los últimos tiempos ha resultado bastante monótona y sin la potencia vital de sus pinturas primeras, de las que reproducimos algunos ejemplos. Pero es indudable que tanto desde el punto de vista del color como desde el punto de vista de la composición y el dibujo, este maestro tiene obras perfectamente equilibradas, algunas de las cuales tienen que considerarse como definitivas en la historia nacional del arte.

Es también muy interesante el caso de José Clemente Orozco. Creo que es el único y verdadero nihilista que yo conozco, porque es uno de los más enérgicos individualistas que hay entre nuestros pintores, y con eso decimos todo. Orozco es un verdadero rebelde contra muchas convenciones socia-



Arriba: Mercado mexicano —tianguis— pintado por Diego Rivera, al fresco, en los muros de la Secretaría de Educación en la ciudad de México.

A la izquierda: "La Trinchera", pintura al fresco del maestro José Clemente Orozco, en los muros de la Escuela Nacional Preparatoria de la Universidad de México.

En la siguiente página. Arriba: El reparto de los frutos, en la pintura al fresco "El Corrido", de Diego Rivera. en los muros de la Secretaría de Educación.

Abajo, a la izquierda: Un bautizo indígena del siglo XVI, apadrinado el cacique indígena por una familia española, pintado por Fernando Leal, al fresco, en la capilla del cerro del Tepeyac.

A la derecha: Fray Juan de Zumárraga escucha la narración de la aparición guadalupana, en la pintura al fresco que ejecuta Fernando Leal en el cerro del Tepeyac, de México.

(Fotos AMUNCO)

les, especialmente las creadas por el ambiente liberal; enemigo de todo lo que parezca farsa y en abierta oposición contra todo lo que quiera detener su temperamento apasionado y genial. Resultaría absurdo—ya que es nihilista por temperamento—tratar de hacer un esquema de sus radicalismos políticos o artísticos, pero sí pueden verse en sus obras los rasgos de una emocionada y justiciera visión del mundo, no obstante sus errores ideológicos. Orozco es el drama en el arte: poco le preocupan los problemas de la composición; para él dibujo y color—y color lleno de sombras con rojos de tierra y azules profundos—no son sino instrumentos de su mensaje apasionado, de una percepción pictórica llena de fortaleza.

Otro caso completamente distinto es Fernando Leal: bastante más joven que los dos anteriores, ha sido víctima del paso triunfal de los «pintores políticos», lo que es muy largo de explicar. Pero el hecho que nos interesa es que Leal ha vuelto a pintar en las iglesias mexicanas pinturas al fresco, unas con alegorías o representaciones religiosas y otras con fragmentos de esa misma historia, dentro de la monumentalidad de este arte, lo que no se hacía en la escala en que él lo hace, por lo menos durante dos siglos: ni en el XVIII ni en el XIX mexicanos y quizá no sólo mexicanos. Leal va por su nuevo camino de la pintura religiosa con mucha sabiduría, inspiración y seguridad.

Tiene especial maestría para solucionar los problemas de composición y es exacto en su dibujo. Pero su principal preocupación es, dentro de las limitaciones de esta pintura, resolver los problemas de color, encontrar satisfactoria solución en su pintura para las transparencias, enriquecer, en una sola frase, lo que hasta hoy se ha logrado dentro de la luminosidad del fresco.

Difícil asunto, que sólo puede preocupar dentro de un muralismo maduro.

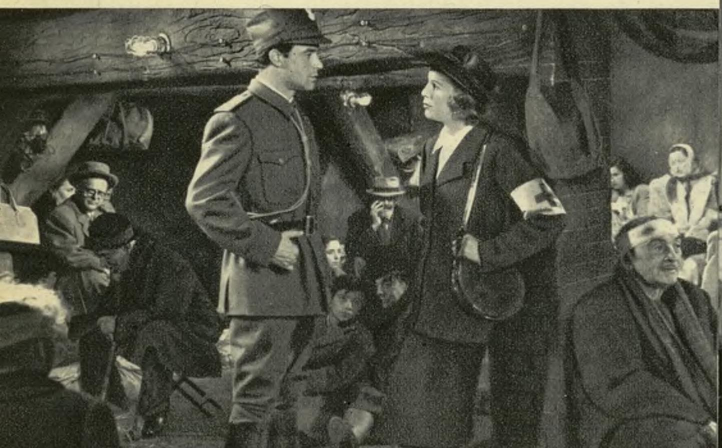
LUIS ISLAS GARCIA
Exclusivo de AMUNCO





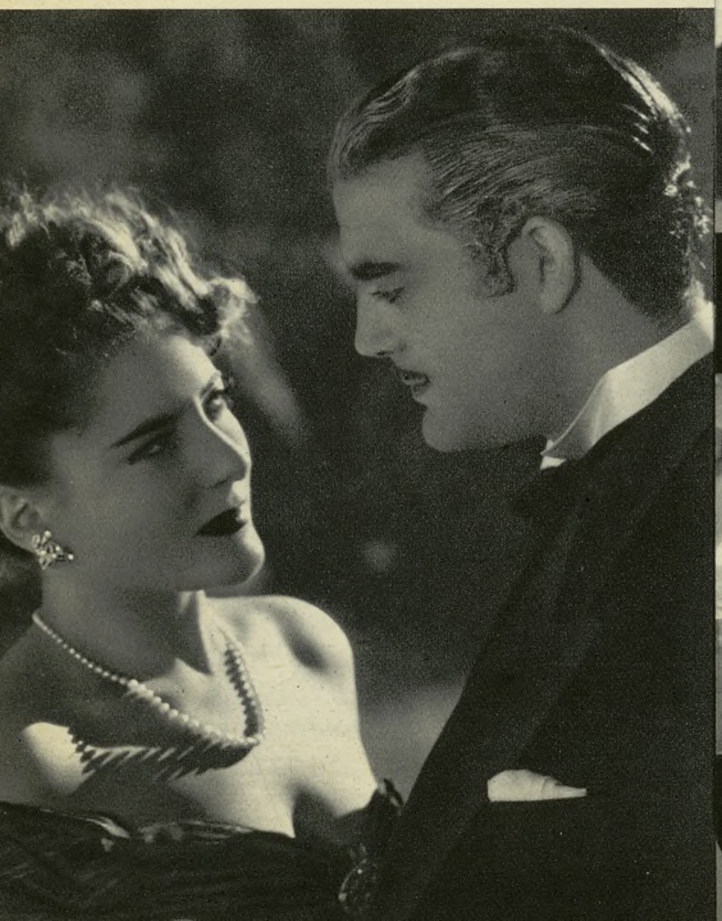


El actor luso Antonio Vilar, en el principal papel de «La calle sin sol», dirigida por Rafael Gil, con guión de Miguel Mihura, y producida por «Suevia Films» en Barcelona.



«En un rincón de España», dirigida por Jerónimo Mihura, es la primera película realizada en color por el procedimiento español «Cinefotocolor». Fué rodada en Barcelona y la «foto» recoge un plano de Blanca de Silos y Conrado San Martín.

Mirian Day y Eduardo Fajardo en un plano de «Tempestad en el alma», dirigida por Orduña y producida por «Boga Films» en los estudios «Kóptence», de Madrid.



MARE NOSTRUM

Director: RAFAEL GIL

Intérpretes: MARIA FELIX
FERNANDO REY
GUILLERMO MARIN
JOSE NIETO
JUAN ESPANTALEON

Producida por Suevia Films-Cesáreo González
Rodada en los estudios de Madrid



Mientras es reparado en Nápoles su buque, Ulises Ferragut (Fernando Rey) visita las ruinas de Pompeya y Pestum, donde conoce a Freya Talberg (María Félix), mujer de extraordinaria belleza.



Cumpliendo órdenes del servicio secreto, al que pertenece, Freya accede al amor de Ulises, quien, como capitán del mercante «Mare Nostrum», puede ser muy útil para sus planes.



Su presencia en el «Mare Nostrum» llena de orgullo a Ulises y de recelo a su segundo, Toni, que comprende que la excesiva permanencia del buque en Nápoles obedece a la seducción de la extraña mujer.



Vencidos sus escrúpulos ante el temor de perderla, Ulises Ferragut, al mando de un velero, ayuda a fondear minas magnéticas en los puertos aliados del Mediterráneo.



Cumplida la misión, von Krammer (Guillermo Marín), jefe del espionaje, le narcotiza para que no advierta el traslado de los espías a un submarino.



Ulises Ferragut, destrozado moralmente porque una mina magnética hizo volar el buque donde viajaba su hijo, regresa al «Mare Nostrum», que ha vendido a los aliados, decidido a vengarse.



En Nápoles, ya ocupada por los aliados, descubre a von Krammer, disfrazado de oficial americano, y, tras una persecución emocionante, consigue su detención.



Freya, a la que su propia organización ha denunciado, culpándola de la muerte de von Krammer, visita a Ulises, pidiendo su protección, que éste le niega, porque el hijo muerto les separa para siempre.



Conducida al Consejo de guerra, Freya Talberg es condenada a muerte. La ejecución se realiza el mismo día en que Ulises muere en su buque, bombardeado y hundido por la aviación del Eje.

CURRITO DE LA CRUZ

Director: LUIS LUCIA
Intérpretes: PEPIN MARTIN VAZQUEZ, JORGE MISTRAL, NATI MISTRAL, MANUEL LUNA, TONY LEBLANC, FELIX FERNANDEZ, JUAN ESPANTALEON

CIFESA PRODUCCION

Cámara: José Fernández Aguayo
Estudios: Sevilla Films



Curro y Gazuza, dos huérfanos, se escapan del Hospicio en busca de suerte en el toreo. Curro aspira a ser el mejor espada, mientras Gazuza se conforma con servirle de mozo de estoques.



Después de muchas privaciones, en una tienta en el cortijo del Marqués de Zahira, Curro salva de una cornada al famoso diestro Manuel Carmona, y, ya en casa de éste, el matador se decide a apadrinarlo en el toreo.



Poco después, Carmona se retira de los toros, quedando como máxima figura su rival Angel Romera, a quien todos llaman «Romerita».



Carmona lleva a su cortijo a Curro y allí le somete a un adiestramiento. En la casa conoce a «Romerita» y nace en ellos una mutua antipatía. Curro se ha enamorado de Rocío, la hija de Carmona, y calla su sentimiento porque aún no tiene nada que ofrecerle.



Sabe que «Romerita» la pretende también, pero espera ser él quien la gane. Y llega el momento de torear su primera corrida. El triunfo acompaña a Curro, que en los carteles se anuncia Currito de la Cruz. Va al Hospicio y llena de regalos a los huérfanos.



Animado por el triunfo, Currito de la Cruz se declara a Rocío; pero ésta no le hace caso y se fuga con «Romerita», en vista de que su padre no autoriza su noviazgo con él.



Aquel fracaso deprime a Currito de la Cruz, quien tiene que apartarse de los ruedos. El tiempo pasa. «Romerita» se va a Méjico con Rocío y allí la abandona. Al volver, una noche Curro y Gazuza la encuentran, y ella les dice todo lo que ha sufrido.



Curro, que aun ama a Rocío, ve nuevamente resurgir en él el coraje y vuelve a torear, y en un mano a mano con «Romerita», éste es corneado y muere en la enfermería.



Antes de morir, «Romerita» pide perdón a Curro. Los triunfos acompañaban de nuevo en los ruedos al hospiciano. Reconciliado con Rocío, logra que Carmona también la perdone, abriéndose ante ellos un nuevo horizonte de felicidad.



El torero español «Albaicín», convertido ocasionalmente en actor, interpreta el papel principal de la película «La fiesta sigue», dirigida por Enrique Gómez. Aquí aparece con la bella actriz Margarita Andrey, en dicha cinta.

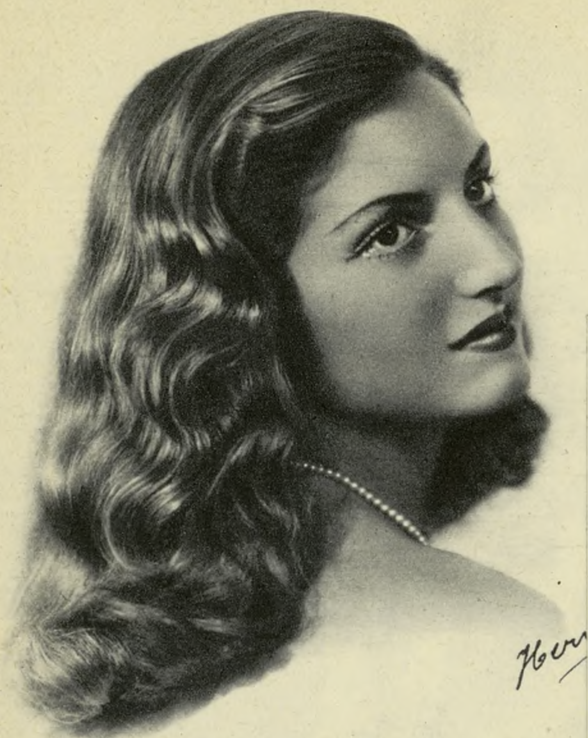


«Tempestad en el alma», la última película de Juan de Orduña, recoge bellísimos escenarios de la isla de Mallorca. En la «foto», un cuadro folklórico, con el fondo de la famosa cartuja de Valldemosa.

En «El capitán de Loyola», Rafael Durán hace el papel de San Ignacio de Loyola. La película —biografía de San Ignacio— está dirigida por el mejicano Díaz Morales, y fué rodada en Madrid.



Mujeres de Costa Rica



Srta. Livia Castro



Srta. Ana Echeverría

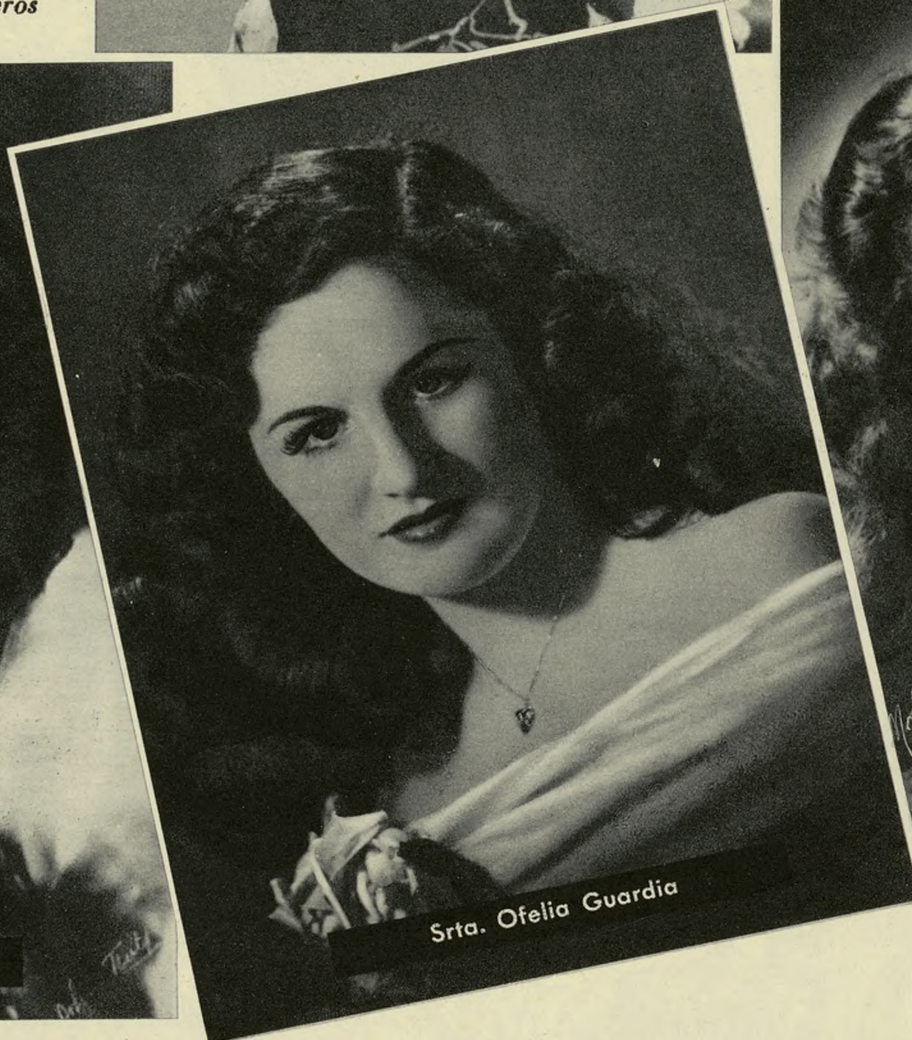


Srta. Isabel Goicochea

Ilustramos el artículo de nuestro colaborador Andrés Revesz, sobre la belleza de las mujeres hispanoamericanas, con un grupo encantador de mujeres costarricenses. MUNDO HISPANICO continúa así la publicación de las bellezas hispánicas, que inició en su número especial del 12 de octubre y que continuará a lo largo de sucesivos números



Srta. Tatiana González de Echandi



Srta. Ofelia Guardia



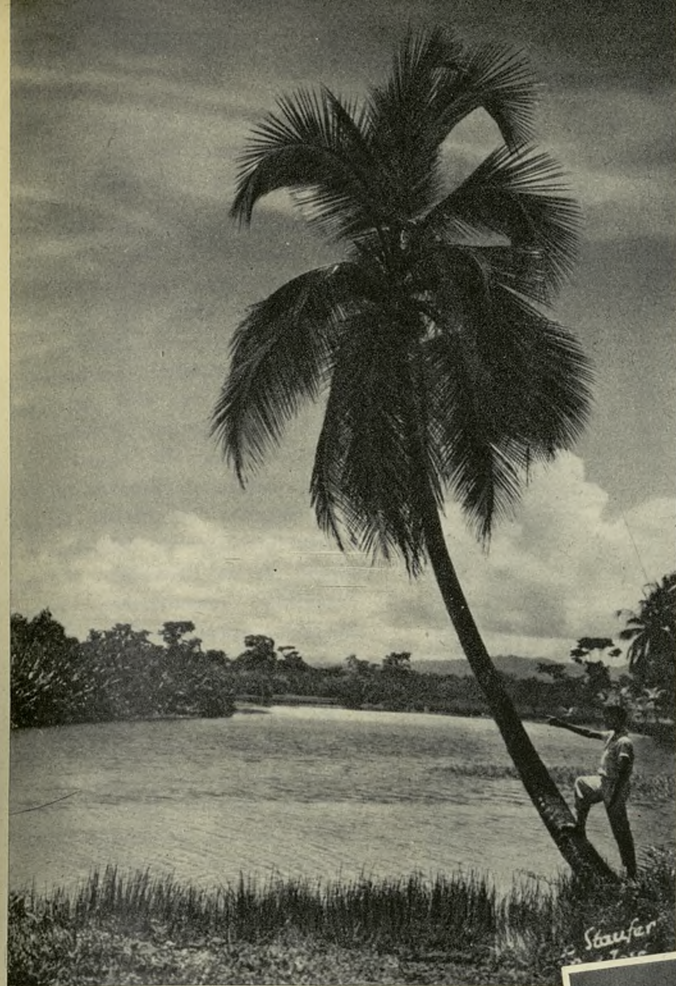
Srta. Hilda Guardia

AUNQUE SEA LA MAS BELLA DEL MUNDO

¡Si hay en ti más belleza y poesía
Que en cuanto dora el esplendor del día!
José Mármol (argentino).

Cuanto más leo y escribo, más coincido con Somerset Maugham en el sentido de que la belleza no se describe. Las novelas históricas, con su afán de presentar damas y galanes perfectos, han fracasado sin excepción en este terreno. Nueva aportación a la filosofía pesimista de Schopenhauer de que sólo el mal es positivo, mientras que el bien es negativo. Cuando nos encontramos buenos, ocurre simplemente que no nos duele nada; pero el menor dolor en el dedo meñique basta para hacernos olvidar el bienestar en todo el resto del cuerpo. Del mismo modo, cualquier descripción de la hermosura resulta siempre convencional, pero nunca nos olvidamos de los defectos. Por ejemplo, me acuerdo de que la heroína de *El biombo*, del ya citado novelista inglés (la traducción *El velo pintado* es errónea), tiene la nariz algo larga, pero ya no sé cómo son sus bellos ojos.

Veamos, por ejemplo, la protagonista de una de las mejores novelas históricas españolas, *El señor de Bembibre*, de Gil y Carrasco. A pesar de su arte, el novelista





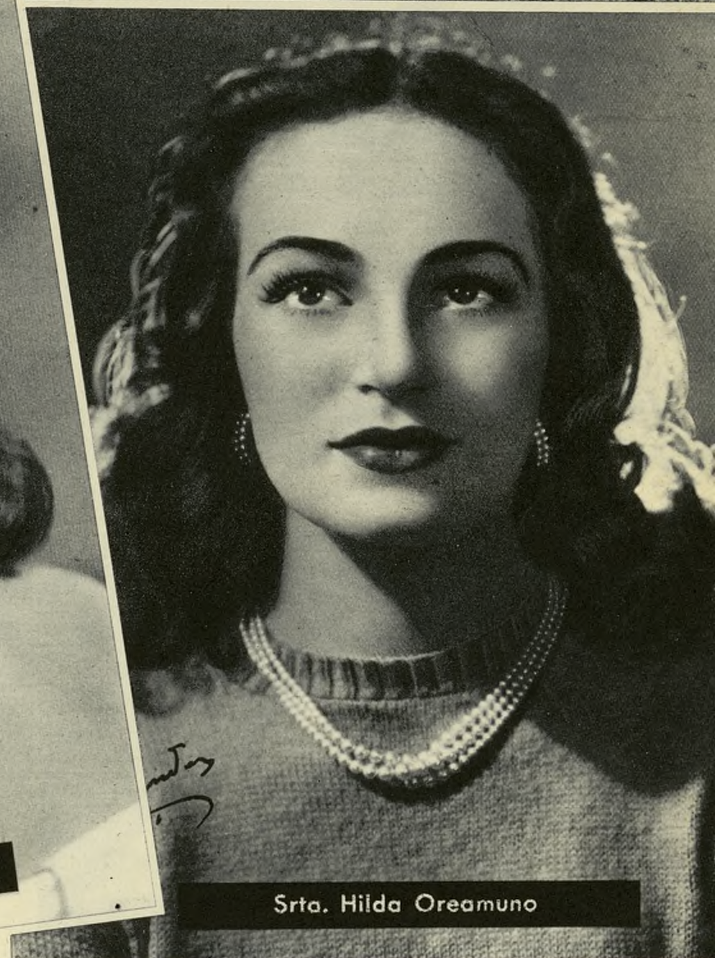




Srta. Gloria Hernández



Srta. María Eugenia Iglesias



Srta. Hilda Oreamuno

no sale—ni puede salir—de lo convencional: «Era ella (doña Beatriz) de estatura aventajada, de proporciones esbeltas y regulares, blanca de color, con ojos y cabellos negros y un perfil griego de extraordinaria pureza. La expresión habitual de su fisonomía manifestaba una dulzura angelical; pero en su boca y en su frente cualquier observador mediano hubiera podido descubrir indicios de un carácter apasionado y enérgico. Aunque sentada, se conocía que en su andar y movimientos debían reinar a la vez el garbo, la majestad y el decoro...» ¿Para qué seguir y para qué describir al galán, si todo resulta inútil para distinguir a doña Beatriz y a don Alvaro de tantos otros héroes románticos?

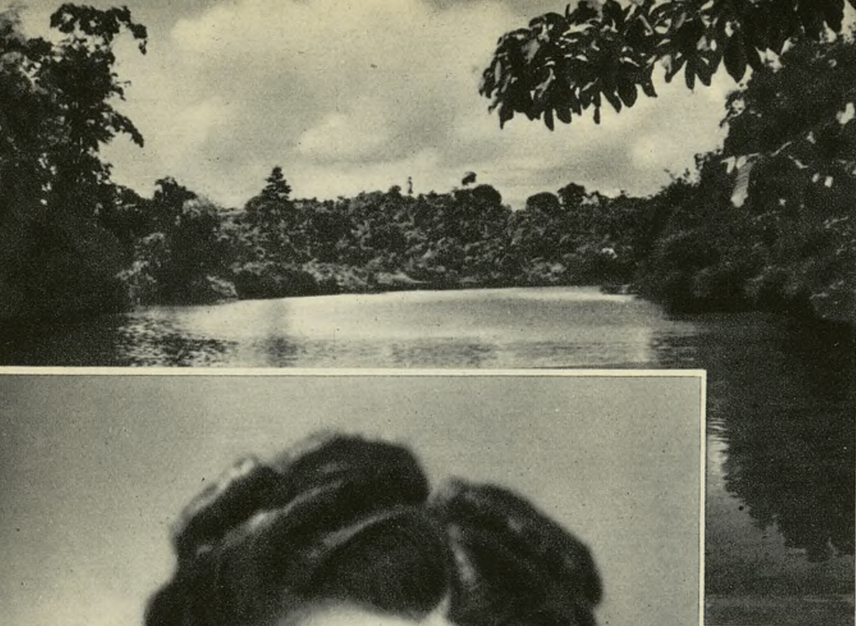
Y si de los románticos retrocedemos a los clásicos, tampoco encontraremos diferenciación en las descripciones. «Prodigiosamente hermosa eres» es el piropo que lanza Menón a Semíramis en *La hija del aire*, uno de los dramas más originales y más «modernos» de Calderón. Exclamación admirativa que puede ocurrírsele a cualquier varón ante una bella mujer; palabras que no indican el menor detalle, la menor individualización de su hermosura. Otro de los enamorados de la mujer fatal, el rey Nino, le pregunta en el mismo estilo:

¿Quién eres, prodigio bello,
de amor divino milagro?

Y si pasamos a un drama mucho más conocido, el capitán dice simplemente de la hija de Pedro Crespo, en *El alcalde de Zalamea*:

Pensé hallar una villana;
si hallé una deidad...
En toda mi vida vi
más divina, más perfecta
hermosura...

Podríamos llenar de parecidas palabras convencionales páginas y páginas, y siempre llegaríamos a la misma conclusión: que la belleza no se describe ni en la mujer ni en los cuadros. Nada más difícil que hacer crítica de arte que no sea más que una colección de frases, muy sabias, pero que no señalan al lector el valor del cuadro ni la belleza de la mujer retratada. En general, toda heroína del Siglo de Oro es bellísima, divina, y se la compara a las diosas de la Mitología; pero no sabemos si es rubia o morena, alta o baja, delgada u opulenta. Los adjetivos, las comparaciones, son casi siempre convencionales: el cabello suele ser de oro (algo raro en tantas españolas); los ojos, esmeraldas; las mejillas, granates; el labio, un rubí; los dientes, perlas; la mano, marfil; la garganta, alabastro, etc. Hay que llegar a nuestros días para encontrar a la mujer «interesante», que gusta, a pesar de su belleza imperfecta, y a



Srta. Edith Ruth

Srta. Violeta Blanca Salazar de Scalera

Srta. Flory Steinworth



Srta. Ligia Volio

veces precisamente a causa de sus defectos. Repetimos que la perfección no se describe, mas sí algún rasgo incorrecto. Hoy, las protagonistas bellísimas sólo se conservan en las novelas por entregas. El lector de novelas serias pide matices en vez de adjetivos convencionales, que no aclaran nada y que se limitan a repetir que la mujer en cuestión es guapísima y, por consiguiente, digna de ser amada. Si no fuera tan perfecta, sus probabilidades serían menores. En la poesía ocurre lo mismo; hoy ninguna mujer posee tantas cualidades como *La ninfa de Anauco*, del venezolano Fermín del Toro. La ninfa, ante la cual han de enmudecer las ondinas, las sílfides, las deidades musulmanas.

De negros rizos cubierta,
se duerme en lecho de rosas,
y las deja más hermosas
cuando el amor la despierta.

Es, como el cielo, inconstante;
como el aura, caprichosa;
altiva como una diosa,
hechicera como amante.

Convencional, pero por lo menos agradable como una canción popular mejicana. El costarricense Aquiles J. Echevarría, tan estimado por Rubén, al cantar a la sirenita de Puntarenas, elogia su dentadura, que es «carne de cocos», comparación que me gusta mucho más que el feo color de las perlas... para dientes. Una muchacha de Puntarenas no ha de parecerse a una beldad de la orilla del Sena ni el poeta de los trópicos ha de fijarse en los mismos detalles ni encontrar las mismas imágenes que su colega germano.

LA HISPANOAMERICANA ES ASI

«Te llevo en la puntita de mi corazón; suéñame esta noche.»
Una india de Méjico.

La española tiene su prolongación en un mundo entero: el hispanoamericano; no una prolongación invariable, como la inglesa que vive en la India en su «splendid isolation». La hispanoamericana es una y al par diversa. Es una, porque el tronco es el mismo, pero las ramas se separan. Según el clima de las tierras vírgenes descubiertas, las poblaron los hijos de diferentes regiones de la Península. No por casualidad encontramos tantos apellidos vascos en el templado Chile, tantos andaluces y canarios en Venezuela.

En su *Canto a la Argentina*, Rubén Darío atribuye la belleza de las mujeres de aquella nación a Viena, España, Britania, París, Lacio, mezcla admirable y embriagadora, que produce:

voluptuosidad, ilusión,
placidez que todo mitiga,
o pasión que todo lo arrolla,
leona amante, o dulce enemiga,
tal la triunfante Venus criolla.

Belleza basada en la incomparable de la española y, sin embargo, tan a menudo diferente de ésta. Las aportaciones de otras razas le añaden algo de exótico, sensual, sorprendente, atrayente, que a tantos extranjeros ha logrado hechizar. ¿En qué otra parte del mundo—si no es en España—encontramos ojos brillantes como en Cuba, dulzura y pasión como en Méjico, hermosura y distinción como en Chile? Y, para ser justos, tendríamos que enumerar a las mujeres de todos los países grandes y pequeños de las dos Américas.

Pero no sólo hay en todos mujeres bellísimas, sino también poetisas y artistas de gran talento. La Argentina ha dado a Alfonsina Storni y a Victoria Ocampo; Uruguay, a Juana de Ibarbourou y a Delmira Agustini; Venezuela, a Teresa de la Parra; Colombia, a Agripina Montes del Valle y Mercedes Gaibrois; Chile, a Amanda M. de Amunátegui y a Gabriela Mistral; el Ecuador, a la escultora América Salazar; el Perú, a Angélica Palma; Cuba, a Gertrudis Gómez de Avellaneda; Méjico, a María Enriqueta y a la más grande de todas, a Sor Juana Inés de la Cruz. Seguramente me olvido de muchas más mujeres excepcionales, porque la América hispana es acaso en primer término tierra de poesía y ensueño. He enumerado a una docena de poetisas, muy conocidas todas; pero me reservo el placer de citar a otra, una cubana extraordinaria, que se llamó Juana Borrero, y murió, hace ya más de medio siglo, a la edad de... dieciocho años.

Copio, para terminar, unos versos suyos, porque los considero como los más característicamente femeninos. Con leerlos aprendemos más de la esencia y del alma de la mujer que en veinte tratados de psicología.

He aquí, pues, la *Ultima rima*:

Yo he soñado en mis lúgubres noches,
en mis noches tristes de penas y lágrimas,
con un beso de amor imposible,
sin sed y sin fuego, sin fiebre y sin ansias.
Yo no quiero el deleite que enerva,
el deleite jadeante que abrasa,
y me causan hastío infinito
los labios sensuales que besan y manchan.
¡Oh, mi amado, mi amado imposible,
mi novio soñado de dulce mirada,
cuando tú con tus labios me beses,
bésame sin fuego, sin fiebre y sin ansias!
¡Dame el beso soñado en mis noches,
en mis noches tristes de penas y lágrimas,
que me deje una estrella en los labios
y un tenue perfume de nardo en el alma!

Exquisita expresión de delicadeza femenina, en general, e hispanoamericana, en particular.

A N D R E S   R E V E S Z



DE LA HABANA HA VENIDO UN BARCO...

ESTE sencillo sonsonete o cantinela, que ha quedado como símbolo de aquel ingenuo juego de las prendas—hoy apenas recordado—, hubo un tiempo que ponía emoción y júbilo en las ciudades portuarias. La arribada de un barco que venía de la Habana, o de cualquier otra parte de las Américas, era siempre gran acontecimiento que hacía que las gentes se lanzaran a la calle, hacia el abra de sus puertos, para mejor divisar la llegada de la nave y contemplarla, aún con sus velas desplegadas, acortando cada vez la marcha al echarlas abajo una a una; o viéndola acercarse majestuosa, con su imponente cresta de humo—cuando la máquina de vapor se dió a la mar—, hasta rozar el madero del puerto, bien en las ciudades del Atlántico o bien en las del mar Mediterráneo, y escuchar luego el ruido de carraca gigante que produce la cadena del ancla al caer.

Gran espectáculo éste—de velas y primeros humos marineros—del tiempo de nuestros abuelos, que hoy es tierno y añorante recuerdo, tanto para los ancianos de nuestras ciudades y pueblos del litoral como para aquellos que un día embarcaran en cualquiera de estos lugares, rumbo a otros puertos y a otras tierras, donde la frase cambiaba de ruta y se trocaba en un "de España ha llegado un barco..."

Y es que lo más importante de estas idas y venidas marineras no eran las mercancías que transportaban de un lado a otro

los barcos, sino que éstos llegaban "cargados de..." ilusiones. Y de ilusión llenaban el ambiente de la ciudad de arribo. Y allá, en busca de esta preciosa carga, acudía la ciudad en pleno.

Porque la ilusión prendía por igual en todos los habitantes y los congregaba, sin distinción de clases, en la explanada del puerto. El rechinar del charol y el frufrú de las faldas y polisones de seda se dejaba oír junto al ruido sordo de las zapatillas y los paños menestrales, porque la ilusión se viste y calza, por igual, de todos los corazones, y sobre todo de aquellos abiertos al mar, donde encuentra más campo para su acción.



Ilusiones de las viejas, que recordaban a aquel marino, contramaestre de un barco de pasajeros, con quien bailaron su primer vals o su primera polca, cuyo recuerdo permaneció a través de los años, porque tal vez fuera la primera ráfaga amorosa de su juventud; ilusión anhelante de las madres, que esperaban noticias del hijo que emigró para las Américas o del marido que marchó a probar fortuna y quizás arraigara allá y llamara a la familia a su lado. Y para los hombres ya maduros, con los huesos muy hechos para aventurarse, también estos barcos venían cargados de ilusiones, de esas ilusiones perdidas que les hacían exclamar: "¡Si yo me hubiera marchado entonces...!"

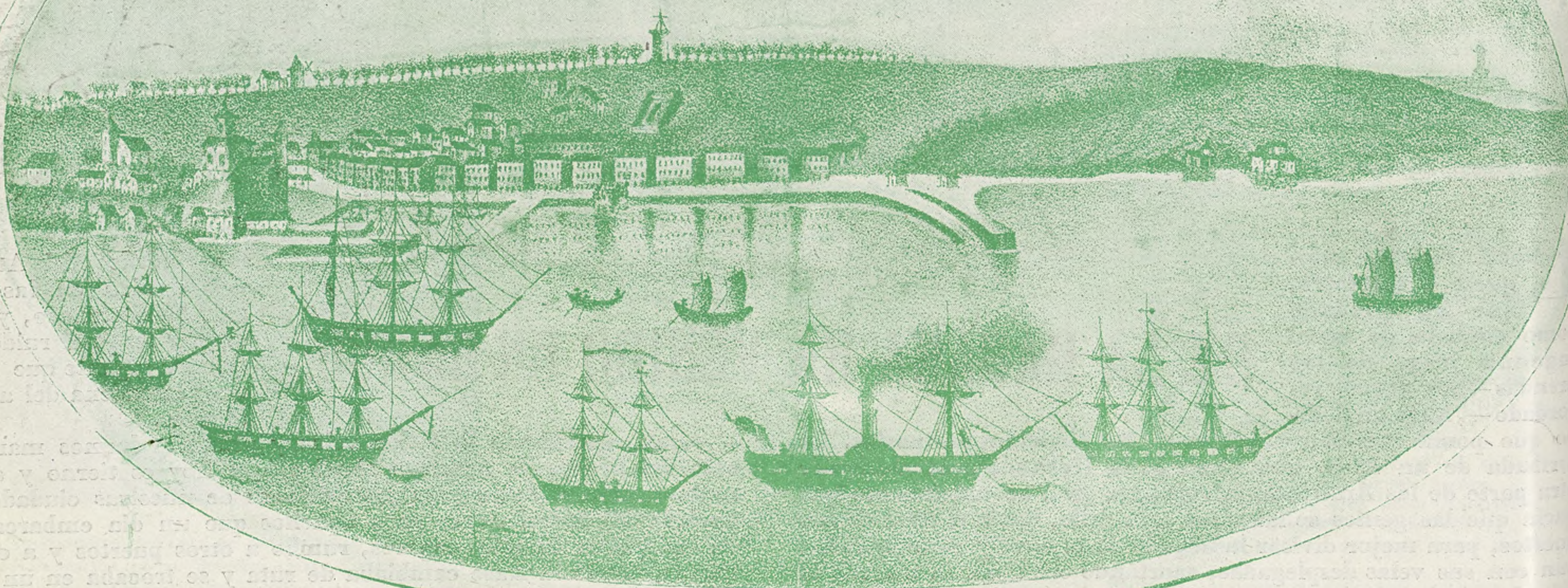
Pero la mejor carga, la más preciosa carga de ilusiones, traída por el barco de la Habana, es para la juventud: para la novia, que apenas si hace nada que despidió a su amor, agitando su pañuelo hasta que el barco del emigrante se perdía en alta mar, y ya espera verle llegar rico y con un anillo de oro fino para desposarla; para el joven, cuyos ojos se han hecho intensamente verdes de tanto mirar al mar de su aventura, y que esperaba cumplir los dieciocho para tener el permiso de sus padres para lanzarse a descubrir el mundo al otro lado del océano. Carga preciosa de ilusiones la que traían para el niño, que iba preguntando al padre por cada uno de los detalles de la embarcación y en cada uno de éstos se forjaba un sueño maravilloso.

Y, por último, una carga especial de ilusión cumplida: La ilusión del "raquero", el pequeño golfillo del puerto, que ya ha decidido emigrar y va a colarse de polizón al primer descuido. Este vive ya su ilusión; la ha vivido mientras preparaba el hato de su ropa, mientras compraba unas escasas provisiones, y la estaba viviendo allí, frente al barco que imaginaba suyo, haciendo pasar por su mente las peripecias que habían de sucederle durante la travesía, y cuáles serían sus palabras cuando fuera descubierto.

Y esto sucedía en Gijón, en Santander, en Bilbao, en Vigo... En cualquier ciudad portuaria, cada vez que sonaba el grito de: "De la Habana ha venido un barco..."

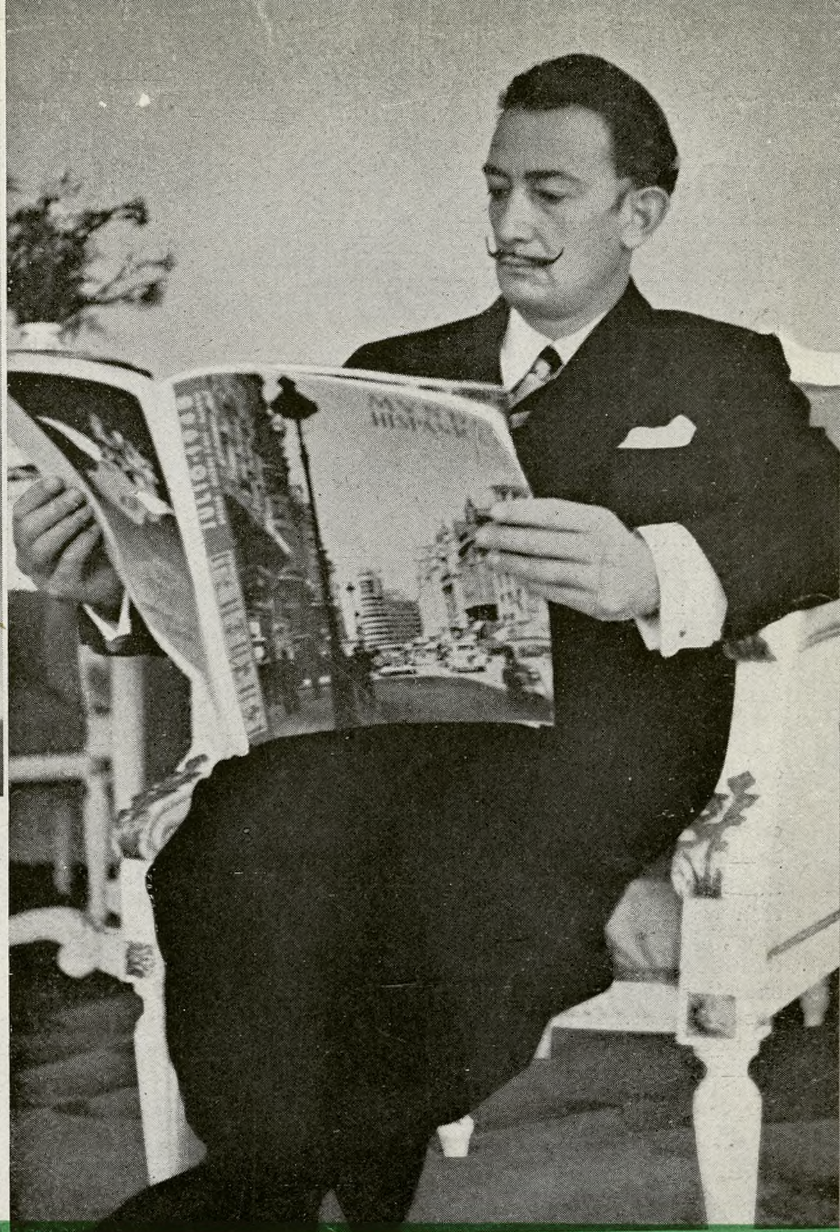
Las ilustraciones que van con estas páginas traen a este tiempo de hoy la vieja estampa nostálgica, con un leve olor a vainilla, a cacao o a tabaco de Vuelta Abajo. La primera, de la rúbrica de Hidalgo de Caviedes, el excelente pintor español, hoy afincado en la isla de Cuba, representa la espera en el puerto peninsular, con los polisones y el chaquet felices del "fin-de-siglo". La última reproduce un grabado de Santander y su puerto, por el siglo XIX. A lo largo del malecón se perfila lo que es hoy paseo de Pereda; en Puerto Chico descansan tres barcas pesqueras, y en la bahía, entre los veleros de tres palos que apuntan con su proa hacia la barra—como inquietos caballos de carreras preparados para la cantábrica salida—, divisamos el primer barco de vapor, con el aspa gigante en el costado... Es el barco que ayer llegó de La Habana. El que trajo al indiano de Potes, don Marcelino, y al coronel de la reina y sus hijas, con un loro verde y una criada mulata.

EUGENIO MEDIANO



36





EN EL PRADO



Arriba: Salvador Dalí, asomado a uno de los balcones del hotel donde se hospedó, en Madrid, y Salvador Dalí leyendo MVNDO HISPANICO.

Abajo: también Salvador Dalí, esta vez acompañado de Félix Ros, autor de este artículo. Fueron captados por un fotógrafo ambulante a la puerta del Museo del Prado. Ros nos envió la foto con una nota que dice: "Dalí, al dedicármela, se preocupó únicamente de no *tacharse.*"

En la página siguiente, frente al cuadro "La rendición de Breda", de Velázquez, Dalí, Salvador Dalí. Dalí admira extraordinariamente a Velázquez, y de este cuadro tomó un par de figuras para exornar el retrato de un famoso diplomático español.

De paso entre Barcelona y Gibraltar—reembarcaba para América el 21—, la noche del viernes 10 de diciembre llegaba Salvador Dalí al "Ritz" madrileño. Apenas doce horas antes habíame cansado de telefonear al hotel, según vine haciendo toda una semana para que mi información sobre el artista se adelantase al resto de la Prensa. Al leer, en la del sábado, sus manifestaciones "en rueda" a los compañeros, decidí no perdonarme el descuido sino compensándolo extremadamente. Favoreció a este pique profesional que acompañara al matrimonio Dalí, en su viaje, un primo de él, Gonzalo Serraclara, buen pintor y óptimo amigo de años. "La Tarde" pudo servir, por su medio y la aceptación de mi propuesta en la mañana del lunes 13, un reporte en primera plana, origen—mal me está decirlo—de comentarios gordos. Su título, entre exclamaciones, "¡Dalí visita el Museo del Prado!", iba dirigido, con exactitud, a los papanatas irremisibles, pues no es necesaria gran dosis de sagacidad para comprender que nuestro hombre, que tanto debe a la Pintura clásica, reaccionaría archiclásicamente, con entendimientos y sedimentos, ante la primera pinacoteca del mundo.

Estuve con Dalí tres horas. Pero como nuestra conversación continuó en el hotel, al cabo, abordamos otros temas de la Pintura. Al pedirme MVNDO HISPANICO unas notas bajo la divisa que adopto por título, reordeno nuevamente, con mayor amplitud de la que el diario permitía—seguro que, también, con más intención—cuanto al monstruo de Figueras le oí de los maestros.

CONDICION PREVIA

Gala, o sea *Madame* Dalí, y Gonzalo andan ante nosotros. Dalí, con menos apuro, viene explicándome en el trayecto brevísimo desde el "Ritz" al Museo, las condiciones previas del pintor. Más pequeño de como yo lo suponía, con su gabán azul estrecho y corto, pantalones demasiado anchos y un junquillo en la diestra, mi interlocutor llama la atención de los transeúntes por las enhiestas guías de su bigote, sobre todo. Precisamente esa posesión de un buen bigote la estima como circunstancia primera, más que indispensable, para todo el que se dedique a pintar.

—Bigote generoso—helo especificando—, con altas guías. Antes de la tarea, engomo el mío siempre, hasta que se forma un par de pararrayos, la punta al cielo. En unas páginas de mi *Vida secreta*, que usted conoce, ya explico que cierta vez me pegué en la punta de la nariz una tirita de papel blanco, porque son indispensables esos puntos de referencia, avanzadas de uno mismo hacia la pintura, para centrarla, para equilibrarla. Sin embargo, el papelito blanco obliga a bizquear, superpone los enfoques de visión de cada ojo, que deberían seguir contrapesados e independientes. ¿Recuerda lo de Goya? Se encasquetaba un gorro con dos velas ardiendo, una a cada lado, para trabajar. Y Velázquez, uno de los tres mejores pintores de la Historia, adornábase—claro que quizá inconscientemente—con aquellos enormes bigotazos. ¿Cree que no utilizaba sus dos guías, tan estables, para encaminar el pincel?

Abro mucho los ojos.

—Puede que sí.

—No le quepa duda.

—¿Cuáles son los otros mejores pintores?

—Rafael y Vermeer.

—Luego le llamarán revolucionario, ¡caramba!...

FLAMENCOS Y GERMANOS

Una vez expoliado reglamentariamente de su bastón, Dalí orienta a Gala hacia *El jardín de las delicias*, del Bosco. Lo considera uno de los cuadros más importantes de Madrid. El matrimonio se deshace en elogios, desde luego.

—Me parece normal—afirmo—. Al fin y al cabo inicia un procedimiento que ha de caracterizar la pintura de usted, simbología desenfrenada—o por exaltada, o por abstrusa—, pero manifestándose realísticamente, hasta el más nimio detalle.

—Y en el Bosco ya ocurría como en Salvador—tercia Gala—: cada imagen responde apremiantemente a un concepto. Un libro francés recién aparecido puntualiza, enteros, cuadros y más cuadros de Van Aeken, sin más que aplicar a cada uno de sus minúsculos episodios refranes y frases hechas.

—Porque a la gente—completa Dalí—la vuelve loca buscarle explicaciones difíciles a lo sencillo.

Seguimos con Patinir. A Dalí le encanta. Comentarios ante esa Virgen de *La huída a Egipto*, tratada en tiernos rosas y blancos, sobre los verdes hondos y macizos del resto del paisaje. Pero donde la reacción deviene estentórea es ante *Adán y Eva*, de Durero.

—El mejor Durero que verás en tu vida, Gala; fíjate bien. Pintado en una grisalla, blancos y negros puros... Y el poco color, empastado después encima, como una carnación sobre los huesos. Hay que revalorizar estos dos desnudos...

Salas más adelante, al toparnos con Van Dyck, la reacción será bien diversa:

—¡Este fulano...! No dió una... Intentarlo, lo intentó todo; pero todo le salía al revés... Ni olfatearlas por casualidad.

EL REALISMO ESPAÑOL

La gran galería del centro nos plantea a Zurbarán, una de las debilidades del que suscribe. Aquí noto lo poco pontífice que Dalí

Saludos a los amigos de Mundo Hispánico
Salvador Dalí
Madrid 1948

LA RENDICION DE BREDA (VELAZQUEZ). MUSEO DEL PRADO (MADRID)



se siente y el esmero con que escucha las opiniones de los demás. Porque, no atreviéndome con él, fué a Gala a quien conduje ante la prodigiosa *Visión de San Pedro Nolasco*.

—Uno de los máximos ejemplos de nuestro Arte—aventuro—. El ensueño místico, la exaltación hacia el más allá... perfectamente delimitados en el ángulo noroeste del bastidor. Cenefado por nubecillas, está ahí cuanto embarga el ánimo de San Pedro. Pero repare en el resto de la obra, cuyo realismo es notarial. Justo debajo de la visión, una concreta silla.

Dalí se ha acercado, y abunda en mi criterio.

—Todo el arte de este país se rige por tal mezcla. En el *film* sobre Santa Teresa de Jesús que preparo hace dos años, lo reflejaré a machamartillo. Hay que recordar lo que ella decía de "Dios entre los pucheros". La parte humana, basada en el *Libro de su vida*, tratará ésta con la rotunda gravidez, la ineludibilidad, de una *nature morte*. Los éxtasis de la Santa, su proyección espiritual, vienen, en cambio, de *Las moradas*. En el contrapeso entre tan dispares solicitudes veo el éxito de mi película.

—Pero ¿cómo retratar este segundo temario? ¿Regresando al postexpresionismo en que se inició usted?

—No. Mi primera etapa de pintor del freudismo, o sea la "iconografía del mundo patológico", fué superada hace tiempo. Hay que regresar a una exactitud, que cabría llamar científica, en esta segunda "iconografía del mundo físico moderno". Todos los elementos serán reales; pero de la combinación super imaginativa de multitud de esas realidades surgirá la realidad increíble, fabulosa, poética, convincente... Le pondré un ejemplo. En *Destino*, el otro *film* que realizo, y éste en los estudios de Walt Disney, creamos personajes absolutamente fotografiados y absolutamente míticos. Sale una mujer cuya cabeza quedó sustituída por un acurrucado (y entero) recién nacido; su tronco y brazos pertenecen a cierta matrona ciclópea; las piernas son de avestruz. Infinitamente "tomado" cada uno de tales elementos, el fotomontaje posterior ha permitido cuanto usted supondrá...

Dalí admira la técnica maravillosa de Ribera, más que sus propósitos. Y muchísimo al Greco, aunque le promete a Gala—para Toledo, al día siguiente—muestras superiores a las de aquí.

VELAZQUEZ

Estamos ante uno de sus "dioses máximos". Mi paisano se desborda.

—¿Cómo sintetizaría la técnica de Velázquez?

—En el *voisinage*, o manera de tratar por vecindades los elementos de su mundo. Una pincelada de este hombre no es nada de por sí, sino en relación con las que la rodean. Igual ha dicho el pincel "piedra", que "madera", que "terciopelo". Y sabemos, sin embargo, instantáneamente, lo que es, por su jerarquización visual (de indiscutible genio) con respecto a las otras pinceladas. Esa indiferencia morfológica, ese desinterés relativador, ecléctico, convierten a Velázquez en el dueño más dueño del mundo de las formas. Nos

(PASA A LA PÁGINA 55)



«El gringo lenca», del escritor hondureño Arturo Oquelí, es uno de los libros que mayor resonancia han tenido últimamente en Centroamérica. Mezcla de novela y reportaje, escrito en un estilo directo y claro, de gran fuerza narrativa, contiene capítulos que pueden considerarse como unidades independientes. En «El gringo lenca»—que alguna casa norteamericana trata de llevar al «cine»—narra Oquelí el curioso fenómeno de la lluvia de peces, que se produce todos los años, por el mes de junio, en la región de Yoro (Honduras).

MVNDO HISPANICO, debidamente autorizado por Oquelí, reproduce en estas páginas los sugestivos capítulos que describen la famosa lluvia de peces.

LLUVIA DE PECES

—Buenos días o buenas tardes, Mr. Garvo.

—Muy bien, señor Candil; son las doce y segundos, hora del aperitivo. ¿Qué tal ese cuerpo? ¿Cómo amaneció del desvelo?

—No existen desvelos con gratas compañías y bellas narraciones.

—A propósito. Ordenando viejos papeles me encontré con una carta de Mr. Stanley, amigo estimadísimo de Alabama, Estados Unidos, quien estaba muy interesado por saber algo sobre las peculiaridades de Honduras.

Yo contesté detallándole a grandes rasgos lo que juzgué más interesante de los pueblos.

Parece que lo referente a Yoro despertó tanto interés que se lo referiré más adelante.

Entre otras cosas dije que Yoro es un departamento de muchísima importancia, enclavado en el corazón de la república, teniendo por capital la ciudad del mismo nombre.

Sus laboriosos habitantes—agregué—se dedican a la cría de ganado caballar, bovino, mular, cultivo de cereales y banano en gran escala, cortes de maderas y exportación de antimonio. Pero Yoro—concluí—tiene entre los hondureños mucha propaganda, no tanto por su riqueza agrícola o pecuaria, sino por su famosa LLUVIA DE PECES y su SANTO SUBIRANA.

La lluvia es un fenómeno que hace siglos se viene registrando, sin que hasta la fecha se hayan averiguado sus causas.

En los suburbios de la ciudad tiene lugar todos los años el trece de junio.

Por lo regular, la fecha es periódica, salvo en casos excepcionales, de llover peces dos veces consecutivas en el lapso de veinticuatro horas, hay tal vez retraso o adelanto de días u horas, pero el suceso es infalible.

En la antigüedad las tribus a este fenómeno le concedieron poca importancia.

Apenas hace un cuarto de siglo que los extranjeros, influenciados por los relatos de los nativos, han hecho viajes expresos con el propósito de presenciar una de las maravillas más extraordinarias del mundo.

La lluvia de peces en la presente fecha no despierta ninguna novedad. Es tan común, tan familiarizada con la idiosincrasia nacional, que los periódicos le conceden reducido espacio.

Hasta aquí mis letras al amigo Stanley, sin sospechar que proporcionarían base a una importante decisión en el exterior, como detallaré los pormenores que tengo presentes.

VISITA INESPERADA

—Tal vez, amigo Candil, por conocer la vida del país en todas sus actividades, una tarde llegó a mi oficina Mr. F. B. Drake acompañado de su bella esposa.

El señor Stanley me recomendaba de manera especial el matrimonio, dándome las mejores referencias.

Los nuevos amigos habían leído mi carta en la Prensa de Estados Unidos acerca de la lluvia de peces y querían que yo los acompañara en su excursión.

La lluvia se había convertido en tenaz obsesión en la mente de mis recomendados. Con toda persona que se conectaban recogían datos, y como llegaran a convencerse de la veracidad del suceso, el interés crecía en ellos.

Cuando comprendí que estaban decididos a acometer la empresa, traté de probar el temple de la resolución haciéndoles ver las incomodidades del camino.

«Si es preciso, Mr. Garvo—repetían—, a pie haremos la travesía.» Su voluntad era inquebrantable; además de la lluvia, Mrs. Drake quería ver y tocar las costumbres de nuestros aldeanos.

Como los propósitos no cejaban de atravesar a lomo de mula los departamentos de Tegucigalpa (hoy Morazán), Yoro, Atlántida, y sa-



lir al importante puerto de La Ceiba, a orillas del Atlántico, continué diciéndoles —Tendrán que recorrer como ochocientos kilómetros a caballo; el interior del país carece de ferrocarriles y buenas carreteras. Trenes sólo corren en la pestaña de la costa norte.

A mis argumentos respondía Mrs. Drake:

—¡No importa, Mr. Garvo!

—Ustedes, los americanos del Norte, son bastante escrupulosos en materia de higiene. En ninguno de los pueblos que visiten encontrarán hoteles, ni retretes, nada de confort.

—¡No importa!—martillaban a un tiempo.

A los ocho días de cambio de impresiones les hice ver que yo no podía abandonar mis tareas por largo tiempo.

—¡No importa; le pagaremos sus gastos y pérdidas!

—No se trata, señores, de ninguna remuneración, sino de compromisos morales.

—¡No importa; le acompañaremos en su dolor!

—Pero vean...

—No más excusas, Mr. Garvo. Haga el favor de considerar nuestra situación: practicar y estudiar el suficiente español para hacernos entender; hacer gastos y venir de lejos a su tierra sólo para que usted nos diga ¡no! ¿Será posible?

En presencia de la especial recomendación de Mr. Stanley y argumentos convincentes, resolví acompañarlos.

ARRIBO A YORO

—Después de doce días a caballo por la tierra de las maravillas, ingresamos a la ciudad que lleva el mismo nombre del departamento.

Entramos por la calle de Santiago, haciendo mucho ruido las bestias con las herraduras sobre el empedrado, despertando natural curiosidad, no tanto por tratarse de extranjeros y un compatriota, sino por la atención que mereció el modo de montar de Mrs. Drake.

En este lugar no es costumbre que las mujeres apreciables monten a la «americana», es decir, a horcajadas como los hombres. Si a una señorita del país la vieran cabalgar al estilo de las gringas, el escándalo no se haría esperar, viniendo en seguida la descomunión del cura y el reproche de las puritanas.

Aquí el sexo femenino monta como sus antepasadas, trescientos años ha, en galápago español de un solo estribo y con enaguas sumamente largas para que los hombres no le vean las pantorrillas a las muchachas.

Los habitantes—ampliamente corteses—se disputaban el honor de hospedarnos, al extremo de no atinar con quién quedarnos; tal los generosos ofrecimientos.

Al fin, entre bromas y sonrisas, prometimos permanecer el primer día en una casa; el segundo, en otra, y así los subsiguientes.

Al echarle una ojeada al calendario, supimos que estábamos a 7 de junio, faltando cinco días para la llegada del maravilloso 13, tiempo más que suficiente para reponernos de las fatigas y conocer las peculiaridades de los vecinos.

El 8, en cuanto desayunamos, lo primero que hicimos fué visitar la iglesia del Apóstol Santiago, por el hecho de encontrarse enterrados bajo sus naves los despojos del Santo Subirana.

Así como los grandes estadistas o simplemente gente civilizada, al arribar a Londres o París, van en peregrinación a coronar la tumba del Soldado Desconocido, en la ciudad de Yoro es cuestión de educación, cortesía o lo que usted quiera llamar, para todo extranjero, crea o no en Dios, visitar la tumba del santo misionero.

Previendo esta costumbre, ya la noche anterior habíamos encargado hermosos ramos de flores de color tinto y canario, que con respetuosa devoción colocamos sobre el sarcófago que guarda las veneradas cenizas.

☆ ☆ ☆

La obra realizada por el Santo Subirana es vasta, constructiva; se requieren volúmenes tras volúmenes para que sirvan de pedestal al mármol glorioso que está reclamando su labor evangélica.

Subirana fué un verdadero representante de Cristo en la tierra. Hombre erudito, de extraordinaria visión, señaló el camino de redención de las masas y predijo los obstáculos insalvables que más tarde se opondrían al progreso de los explotados si su palabra no era escuchada. El tiempo inexorable se ha encargado de confirmar sus predicciones.

El misionero Subirana vivió los mejores años de su existencia al lado de las tribus payas, sumos, xicaques y zambos, defendiéndolas con su verbo elocuente de las violencias y crueldades de las autoridades bárbaras.

Aprendió sus dialectos, dejando al morir varios trabajos científicos publicados y otros inéditos.

Cuando el misionero expiró, en 1864, ya se le veneraba como a un santo.

La muerte le sorprendió a 200 kilómetros de Yoro, en una época que no existían caminos, sino picas, y era tanto el amor que los indios sentían por él, que en hombros trajeron el cadáver, dándole sepultura en la iglesia de Santiago, su residencia habitual y primer curato que sirviera.

Se observó que los despojos, después de varios días de insepulto, no entraron en descomposición; los indios y mestizos lo atribuyen a un milagro del Santo.

☆ ☆ ☆

Yoro es una pintoresca ciudad, de unos cinco o seis mil habitantes, de construcciones coloniales.

Sus casas son de adobe o bahareque, techos de tejas rojas; de amplios corredores las residencias de los ricos y de sencillos aleros las de los pobres.

En las orillas se ven casas de tagua, madera que se obtiene de la corteza de la palmera real.

Se calcula que la tagua sin baño de pintura sirve de dos a trescientos años; con pintura sería eterna. Esta madera, perfectamente seca, tiene la resistencia del hierro. Los clavos no la traspasan a golpe de martillo; se doblan. Se requiere un trépano especial para horadarla y ajustarle tornillos.

Los principales edificios de Yoro son: la iglesia, el cabildo municipal, casa del gobierno y tres o cuatro residencias particulares, de aspecto señorial.

La ciudad, como todos los pueblos faltos del mundano espíritu, es un poco triste, sumamente gris para los hombres que gustan por casinos y boulevares alardear de sus pasiones. El cine, delicia de los enamorados, entonces no se conocía. Eso sí, que la franca alegría que les es natural lo allana todo al proponerse hacerle grata la estancia a los extranjeros.

Después de haber salido de la iglesia, nuestra segunda visita de ordenanza fué El Pantano, sitio donde la tormenta descarga los peces.

Preguntamos por qué le llaman El Pantano a una llanura seca, carente de fango, ligeramente húmeda por el césped.

Los amigos no supieron aclarar nuestro interrogación en vista de la serie de leyendas contradictorias, al extremo de afirmar por haber caído hace siglos un lagarto.

El Pantano es una amplia sabana que se encuentra al suroeste de la población, con espacio suficiente como para aterrizaje de aviones.

No muy lejos corre el río Machigua, lugar predilecto para entregarse en plena corriente a las delicias del baño o para días de campo, a la sombra de árboles que bordean las orillas.

Los alrededores de Yoro son sumamente encantadores, tanto por la belleza de sus prados como por las costumbres patriarcales de los campesinos.

En Yoro, los vecinos viven en familia, todo el mundo se trata con afecto, se ayudan y sirven mutuamente sin ningún interés, y a la hora de las dificultades se unen.

Nosotros, a las cuarenta y ocho horas, ya conocíamos desde el más chico al más grande.

Los yoreños con el extranjero son generosos, gente exquisita sin excepción. Cuando al extraño, en forma espontánea, presta su cooperación, no espera recompensa ni la acepta.

Los yoreños, aunque más o menos viven una vida primitiva, no tienen mayores necesidades. La tierra multiplica a tal extremo sus cosechas, que después no saben qué hacer con el exceso por las dificultades que ofrecen los transportes y enorme la distancia de los mercados principales de consumo.

Aquí no se conocen los abonos; la exuberancia de los campos no los necesita.

No hay hoteles, pero el alojamiento gratis sobra. Cada vecino acoge con gusto al viajero.

Tampoco prostíbulos o tabernas bochornosas. Solamente pequeñas tiendas de comercio y boticas. En las pulperías venden manteca de cerdo y vegetal y otros artículos del diario consumo; también matates, alforjas, petates, caites y variadas cosas fabricadas en el país, como los preciosos sombreros de junco de Santa Bárbara.

☆ ☆ ☆

Los amigos que se disputaban la atención de distraernos con fiestecitas caseras u otras entretenciones, a menudo nos invitaban a jugar lotería de cartón, damas, ajedrez, «perro», con naipe español, monte y treinta y uno.

Una noche que jugábamos fusilico, en casa de amigas muy gente, conocimos al «doctor» Baraja, famoso médico graduado en la gran Universidad de la naturaleza. Entonces se hablaba prodigios de sus asombrosas curaciones. Era tal su prestigio, que acudían centenares de pacientes de muchas leguas a la redonda a consultar su sabiduría sin importarles las duras jornadas, ya que Baraja vivía en plena selva.

De manera cortés nos invitó el «doctor» a visitarle cuando saliéramos rumbo al Atlántico, atención que agradecimos prometiendo a la vez cumplir sus deseos.

Y así, bajo la más estrecha cordialidad, se fueron deslizando los días, hasta sorprendernos el 12 de junio, vísperas del gran acontecimiento.

Para esta fecha, ya Mrs. Drake había dispuesto invitar a todas sus amistades a un pic-nic, como una demostración de aprecio y despedida.

Notando que en el recorrido de Tegucigalpa a Yoro muy poco consumimos de los víveres en conserva y la caja de licores casi intacta, Mrs. Drake dispuso terminar con las provisiones en el paseo.

Encargó, además, cuatro terneros asados al estilo criollo y varias gallinas deshuesadas. Café y postre de plátano conservado en su propio jugo.

Es conveniente no confundir el banano con el plátano; éste tiene de ocho a doce pulgadas de largo y es más grueso y nutritivo que aquél. La costa norte está sembrada únicamente de bananales y en el interior se prefiere el plátano llamado macho; cuando está maduro, los campesinos lo introducen en agua de cernada, hirviéndolos unos minutos, y después del baño, guindan los plátanos de un alambre o pita en el sol, por el espacio de un mes, resultando dulce riquísimo llamado plátano pasado, gracias a la acción del sol.

Fué un verdadero banquete al aire libre, presidido por el más sincero buen humor.

En homenaje al matrimonio Drake se pronunciaron cien brindis y cantaron cien tonados, bailándose el «sique», danza con ciertos giros de la machicha brasilera y compases de la cueca boliviana.

El «sique» lo baila una persona, o si se quiere darle mayor despliegue, entonces una pareja, con música autóctona.

Contentos y con los vapores del vino todavía en el seso, regresamos ya de noche.

Después de un baño con agua tibiada en la olla del fogón, nos metimos en la cama acariciando la ilusión de levantarnos temprano y gozar de las señales precursoras de la lluvia de peces.

13 DE JUNIO, FECHA DE LA MARAVILLA

Obsesionados con la idea de madrugar a fin de no perder detalles, el número 13 nos revoloteaba en la mente sin permitirnos conciliar el sueño.

Se nos había dicho que la lluvia, en cuestión de fecha, sufría en años inesperados alguna alteración, cayendo un día antes o después, pero el fenómeno siempre se producía.

Naturales conjeturas, sumadas al estado impaciente, contribuyeron la víspera a dormirnos pasada la media noche.

Tendríamos tres o cuatro horas de estar entregados en los brazos de Morfeo, cuando violentamente la criada llamó a la puerta: «¡Señores, levántense!»

Movidos como por resorte eléctrico, medio nos vestimos, saliendo al patio a terminar de arreglarnos. La sirvienta nos recibió con el «buenos días» de ordenanza, y al mismo tiempo, con el índice, señalaba el espacio. ¿Qué hay?—pregunté—. ¿No ven la neblina?—respondió—. ¡Seguro aguacero!

Al quitarnos de los ojos las telarañas del sueño, vimos que la población se encontraba envuelta en una neblina tan espesa, que Mr. Drake dijo no haber contemplado otra semejante en Alabama, su tierra. Parecía talco plomo diluído en el vacío. A un metro no se distinguían las personas ni las cosas.

Ansiosos, dirigimos los pasos hacia la calle; pero temiendo perder el contacto, caminamos uno tras otro—como los chorizos—agarrados de los pretales de los pantalones.

No obstante de llevar Mrs. Drake una lámpara sorda, fué a hurgar el trasero de una vaca, recibiendo fuerte patada.

Como medida prudencial, optamos por regresar a la posada y esperar el avance del día. El reloj marcaba las seis y cuarto.

Nos extrañó que a medida las horas pasaban, la neblina no daba señales de desaparecer.

En los trópicos es muy raro que se prolonguen los días opacos, tal vez por la fuerte irradiación de los rayos solares que a manera de escoba barren las brumas.

La obscuridad poco a poco se tornaba fúnebre, entorpeciendo los quehaceres de hombres y mujeres que se dirigían a su trabajo.

Hasta como a las nueve de la mañana aclaró algo, pero sin verle la cara al rey de los astros.

La mayoría de los habitantes, sin dar importancia al extraordinario fenómeno, repetía: «Señores, hoy llueve.»

☆ ☆ ☆

Nos molestaba no encontrar entusiastas con quien cambiar impresiones. La generalidad se mantenía indiferente.

A las diez, de manera precisa, logramos distinguir una nube ligeramente gris sucio al suroeste, señal inequívoca del aguacero.

A las once, la nube se agrandó. Como sombra profundamente ceniza se veía a través de la neblina. Esta fué la única oportunidad de tomar imperfectas fotografías, es decir, borrosas.

A las doce, todos los retazos de nubecillas que vagaban por el espacio se habían replegado a la nube madre, tirando a color de hollín.

A la una de la tarde, el panorama cambió bruscamente. La neblina se tornó más densa, y la nube, como consciente de su poderío, amenazaba con el diluvio.

A esta hora comenzaron a llegar campesinos de los alrededores, alumbrando sus pasos con hachones de ocote.

Unos pasaban directamente a El Pantano y otros se detenían en los corredores de las casas.

A las dos, no obstante la oscuridad, la tormenta se destacó con trazas tenebrosas, diríase un ventisquero de betún. Daba pavor ver la colosal montaña de agua y peces que, cual otra espada de Dámocles, pendía de la gasa de una nube.

A las dos y media se sintió un calor ardentísimo, materialmente imposible de soportar si se hubiera prolongado más de treinta minutos.

A las tres sopló ligero viento y comenzaron a caer las primeras gotas, del tamaño de un peso. Esta particularidad nos llamó la atención. Caían en forma de sordas descargas, dejando impreso en la tierra seca discos parecidos a las monedas de plata.

A las tres y cuarto se escuchó en la lejanía algo así como el disparo de un gigantesco obús que, viniendo del norte, se paraba a mitad del camino, haciendo vibraciones intensísimas, sacudiendo casas y montes, provocando el cacareo de las gallinas, aullido de los perros, relincho de caballos y espanto de los alcaravanes.

Las mujeres—siempre temerosas—invocaban la protección del Santo Subirana, entregándose al rezo y fervorosas oraciones.

La detonación duraría largos, larguísimos segundos, una eternidad. En seguida se desató la horrorosa tempestad, dando la impresión de mano diabólica desfundando el cielo convertido en algiba. No caían gotas de agua, sino chorros, millones de cubetadas, como queriendo ahogar la población; era el océano desbordado.

Nadie asomaba la nariz. Todo el mundo a piedra y lodo permanecía en sus hogares esperando que la naturaleza amainara su furia.

En poco tiempo las corrientes invadieron las casas y las calles quedaron intransitables.

☆ ☆ ☆

A las cuatro y cuarto, aprovechando relativa calma, pero con el fango sobre las rodillas, salimos resueltos con dirección a El Pantano.

Al llegar, otros más listos nos habían ganado la delantera. Encontramos centenares de campesinos recogiendo pescado en canastos.

La primera impresión recibida al ver el campo cubierto de sardinas fué la de un lago de plata con sus naturales ondulaciones por la masa de peces que pugnaba por brincar.

La masa era compacta, casi sólida, al extremo de parecernos, más peces que agua. Los había de diferentes tamaños. De una, tres, cinco, seis y media pulgadas, escasos de siete.

Un aldeano, al vernos deslumbrados ante la vista de las sardinas, nos aseguró que, en comparación con años anteriores, la «cosecha» resultaba poca, tal vez la tercera parte. No le dimos crédito y nos entregamos a la tarea de escoger los más grandes.

Por estar ensimismados en el mar de carne, de vida palpitante, que parecía increíble, no habíamos reparado en una bandada como de cien mil pájaros que revoloteaban sobre nuestras cabezas, descendiendo los más audaces a recoger su ración.

Estas aves, que saben por instinto la fecha en que se produce el aguacero, acuden todos los años trayendo a sus críos de los rincones del país y posiblemente de las repúblicas vecinas, especialmente de la costa norte de Honduras.

Llegan al banquete en secciones clasificadas. Solamente a la hora del festín no existen categorías: el ave que da material, como la garza, a los cojines mullidos, se confunde con el zopilote plebeyo. Ya en el espacio, se organizan nuevamente y retornan a sus nidos.

Entre aquella enorme nube de picos y plumas logramos distinguir a martín pescador: garzas morenas, rosadas y blancas; piches, patos salvajes, gavilanes, sanatas, clarineros, gaviotas, acatraces y otras que tragan sardinas.

Inquietos de regresar con la oscuridad y chapaleando agua, abandonamos el sitio llevando cada uno su ración, haciendo formal promesa de volver temprano al siguiente día.

☆ ☆ ☆

El 14 por la mañana aún la neblina permanecía inalterable; pero así, en medio del fango y dando tropezones, llegamos nuevamente a El Pantano.

Ya no encontramos una sola sardina. Posiblemente las aves y cuadrúpedos habían terminado con el exceso que no quiso la gente. Unicamente una nube de miles de zopilotes hurgoneaban en busca de desperdicios.

Los rastros y pisadas denunciaban la lucha feroz en la disputa del sobrante.

Ahora la pista si era un verdadero lago de lodo, plumas, estiércol, cerdas de diferentes animales y algunas colas de gato montés.

Al ver aquello desolado, retornamos por la calle Santiago, echando interjecciones a la neblina por no habernos permitido, durante dos días, tomar fotografías aceptables, resultando oscuras, opacas.

Al pasar frente a las puertas y esquinas notamos con suma extrañeza que grupos de yoreños sostenían animados conciliábulos, al parecer trascendentales. Por primera vez los veíamos inquietos, fuera de sus casillas.

Las personas que encontramos, sin excepción, reflejaban incertidumbre, preocupación en sus semblantes.

Posiblemente, los cuchicheos, no acostumbrados en tal fecha, tenían raíces profundas; algo grave sucedía que ignorábamos.

Al fin, obligados por el espíritu de conservación y saber qué papel jugaríamos en la ola de muerte que todos presentían, nos acercamos al señor alcalde, quien nos informó que las cosas no eran para fallecer antes de tiempo; la alarma provocada nacía de que «todas las características—precursoras de la lluvia—no habían desaparecido, antes bien, se acentuaban».

Consultados los vecinos más viejos, que por su experiencia hacen las veces de meteorólogos y astrónomos, contestaron: «Cada cien años, y en el transcurso de veinticuatro horas, llueven peces dos veces.»

Con esta preciosa noticia pusimos el mayor interés de cotejar los detalles del 13 y ver si coincidían con los del 14.

Miramos el reloj: ocho y cuarto de la mañana.

☆ ☆ ☆

Con un asombro que demudó nuestras caras comprobamos, a medida que el tiempo avanzaba, que las señales eran las mismas que precedieron a la lluvia anterior, con la única diferencia que a las tres y cuarto de la tarde no se oyó detonación, sino algo así como mil huracanes convertidos en potros desbocados, dejando oír a su paso por el cielo el siniestro silbido de sus crines. A continuación se desató la lluvia, única en el mundo, la maravillosa lluvia de peces.

Estábamos en presencia de un suceso extraordinario, visto una vez en la vida. Aunque la lluvia es periódica, solamente cada fin de siglo llueven peces dos veces consecutivas con un intervalo de doce horas.

El campesino que en El Pantano nos hablara de la «tercera parte de la cosecha» dijo verdad, lo mismo que los meteorólogos locales que a ojo de buen cubero acertaron. Con respeto y admiración les felicitamos. Su ciencia no estriba en cálculos nebulosos, sino en la experiencia que se ríe del recurso de las probabilidades.

Sobre la lluvia se han barajado miles de opiniones a cual más peregrinas.

Existe la creencia, bastante generalizada, que una tromba marina recoge del Atlántico todos los años la carga y en loca carrera viene el 13 de junio a descargarla a El Pantano, Yoro, a más de 200 kilómetros de distancia.

Otros afirman que la lluvia no es más que un «reventadero de sardinas» que viven bajo la tierra, en charcos, saliendo a la superficie con la fuerza del invierno. Esta hipótesis ha sido descartada por el hecho de que los peces que caen no son ciegos, como los criados en subterráneo.

El fenómeno hasta la fecha no ha sido aclarado en forma científica.

DOCUMENTACION OFICIAL

Como alguien puede dudar de la LLUVIA DE PECES, damos a conocer la siguiente documentación, tomada de los archivos nacionales hondureños:

Siendo el doctor Manuel López Ministro de Fomento, Obras Públicas y Agricultura, sometió a la consideración de los hombres mejor capacitados del país y a prominentes científicos del exterior un atinado cuestionario que en su oportunidad fué debidamente satisfecho.

Don Dionisio Romero, ciudadano inteligente y conocido ganadero de Yoro (Honduras), se expresó de la siguiente manera:

«1.° La tormenta de peces se verifica en el mes de junio de cada año, unas veces por la tarde y otras por la noche.

... ...

3.° Los peces caen al O. de este población, como a 1.000 metros, aunque la caída del agua es casi por todo el valle. La tormenta es conocida porque hace mucho estruendo y viene precedida de truenos, y quizá es la tormenta de mayor abundancia de agua en la estación.

4.° Los peces caen en la llanura, cubierta de grama, en pleno valle, dentro de un corto circuito; y eso es precisamente lo que llama la atención de este fenómeno: que los peces caen en un solo lugar, aunque la tormenta alcanza casi un radio de dos leguas y que se verifica generalmente del 10 al 13 de junio.

5.° Esta población (Yoro) está a más de 40 leguas del mar, esto es, del Atlántico, y como a 75 del Pacífico; tiene una altura de 2.300 pies sobre el nivel del mar.

... ...

7.° Los peces que caen son de agua dulce, del tamaño hasta de seis pulgadas inglesas, de esos que llaman comúnmente lanchas, de muy buen gusto al comerlos, lo cual prueba que la tormenta de peces se levanta de los ríos.»

El doctor Bonansea, naturalista italiano, se expresó así: «Respecto a la lluvia de peces, la cosa es muy frecuente y no le noto nada de raro, sino su PERIODICIDAD metódica. Para explicar el fenómeno se necesitan estudios topográficos locales y observaciones meteorológicas de la región en donde sucede dicho fenómeno. Las lluvias de sangre y de azufre no son en general más que lluvias de polen de plantas, y son frecuentes las lluvias de aves, de langostas, de ranas y de peces. Lo raro y curioso del caso es UNICAMENTE la PERIODICIDAD CRONOLOGICA, como he dicho. Mi aventurada opinión es la siguiente: los peces de que se trata son de agua dulce; ya queda excluído que en el fenómeno tenga influencia el mar. No hay peces en el lago cerca de la localidad ni ríos con peces. Preciso es estudiar esos peces y ver dónde viven: pueden llegar de lugares muy lejanos, hasta de allende la frontera.

El fenómeno obedece indudablemente a algún viento. Usted sabe que hay vientos regulares, vientos periódicos y vientos variables. Bien; algún viento periódico, una especie de monsón o de simoun, es indudablemente la fuerza que lleva y transporta los peces que van a caer como lluvia en Yoro. El simoun es un viento que sopla en los desiertos de Asia y Africa, llega hasta Italia, en donde se le da el nombre de Scirocco (en Egipto se le llama khasmin), soplando periódicamente desde los últimos días de abril hasta los primeros de junio). Estos vientos, en colaboración con alguna tromba que levantan los peces, son los que originan el fenómeno. Para mí todo se reduce a esto: una tromba continental levanta los peces de algún río o lago, que bien pueden estar a distancias enormes de Yoro. Estas trombas están íntimamente relacionadas con un viento periódico que sopla en junio pasando por Yoro. Por la naturaleza geológico y topográfica del lugar, por ser el punto lugar de encuentro de dos temperaturas diferentes o de corrientes de vientos diferentes, estalla allí la tempestad, y, por efecto de leyes de centrifugación y de velocidad, los peces caen, obedeciendo quizá a leyes de gravedad, en forma de tromba, originando el fenómeno de caer en una sola localidad, o mejor dicho, en un punto limitado, a pesar de que la tempestad abarca una superficie de dos leguas de radio.

Para precisar el fenómeno es indispensable hacer estudios meteorológicos, topográficos, locales y a muchas leguas de distancia de Yoro, y es necesario determinar también la especie de peces, averiguando dónde sea su patria. De la coordinación de esas observaciones, pero solamente así, será posible aclarar el mecanismo del fenómeno; mas en sus líneas generales, tenga usted por seguro que obedece a la causa antes expresada.

(«Boletín de la Secretaría de Fomento, Obras Públicas y Agricultura de Tegucigalpa», páginas 384, 385 y 386, año 1914.)

Por no fatigar la conciencia de los lectores, nos limitamos a transcribir las pocas observaciones anteriores. Pero es interminable la documentación que nuestro colaborador señor Oquelí o los organismos oficiales hondureños pueden ofrecer al hombre de ciencia o a la curiosidad mundial.

curiosidades

EL HELICOPTERO «LA CIERVA» SIGUE SU AUGE TRIUNFAL

Las posibilidades del autogiro, que nuestro Juan de la Cierva lanzó al mundo prodigioso y fantástico de los inventos, aumentan y crecen a medida que la navegación aérea extiende sus absorbentes tentáculos hacia todas las parcelas de cielo que se ofrecen a nuestra época como campo propicio para la circulación y el transporte.



Los británicos, que siempre acogieron con enorme cariño y febril interés la creación del ingeniero español, acaban de dar cima a la construcción de un helicóptero de pasaje que lleva el apelativo de «Cierva Air Horse», y que es el de mayores dimensiones y potencia que hasta hoy salió a los espacios que cubren la isla marinera de los «gentlemen».

El aparato tiene capacidad para veinticuatro viajeros y dos tripulantes. Puede desarrollar una marcha de 185 kilómetros por hora y es de carácter «trirrotor», o sea, que lleva, para sostenerse en el aire, tres hélices invertidas de madera chapada, de 15 metros de diámetro cada una.

Este gigante de la nueva técnica aeronáutica alzó el vuelo por primera vez, hace pocos días, en el aeropuerto de Southampton, y las pruebas constituyeron un éxito total. Por su seguridad y las facilidades para el aterrizaje y despegue, el nuevo autogiro está llamado a multiplicarse por todas las rutas del orbe y colgar el nombre españolísimo de su creador en los más alejados meridianos.



EL REGISTRADOR DE LLAMADAS TELEFONICAS

Los inventores norteamericanos han perfeccionado un aparato eléctrico capaz de registrar millares de llamadas telefónicas diarias. Registra los números de quienes las hicieron, los números llamados y el tiempo que duró la conversación y suma e imprime los datos, que servirán para redactar los recibos correspondientes a cada abonado.



Se espera que el nuevo invento reduzca el trabajo que supone la contabilidad en Teléfonos, uno de los principales capítulos de gastos en ese servicio. Se dice que es uno de los progresos más importantes registrados en la telefonía desde la introducción del sistema de teléfono automático.

La primera máquina ha sido instalada en un arrabal de Filadelfia. Registra los datos requeridos, a medida que tienen lugar las llamadas, perforando rollos de cinta de papel de 7,6 centímetros de ancho.

Al marcar una persona un número, registra automáticamente la máquina la hora, el número de la persona que llama y el de la llamada. Al terminar la conferencia se vuelve a registrar la hora. Dado que entre tanto pueden haberse registrado millares de otras llamadas, los datos pueden estar separados por varios metros de cinta.

El rollo de papel, con todos esos datos, es mandado a Filadelfia, donde es «descifrado» por máquinas clasificadoras y calculadoras, que funcionan a gran velocidad y ajustan las cuentas. Multiplican el tiempo de conversación por la tarifa correspondiente, y el resultado final sale en tiras de papel escritas con teletipo. Unos empleados se encargan de pasar los datos a los recibos que se van a presentar a los abonados.



SE ACABARON LOS PINCHAZOS Y REVENTONES AUTOMOVILISTICOS

El «Punctureprufe», a pesar de tan estrafalario y difícil nombre, es un invento de trascendental importancia. Viene a ser la penicilina de los neumáticos, el antibiótico tan esperado contra los pinchazos y reventones. Gracias a él, los automovilistas podrán lanzarse velocidad adelante sin temor a que el aire de sus ruedas, al salir despedido inesperadamente, les proporcione inquietantes y dramáticas sorpresas.

El «Punctureprufe» está compuesto de una espesa disolución de caucho en glicerina, que se inyecta en las cámaras y las recubre interiormente de una película protectora de suficiente grosor para taponar automáticamente cualquier perforación que pudiera producirse.

Las pruebas de este nuevo invento se realizaron en un camión de cinco toneladas. El pesado vehículo se puso en marcha por una carretera sembrada de vidrios, clavos, tachuelas y otros objetos semejantes, circulando sin daño alguno sobre cuantas trampas punzantes le fueron tendidas. Por último, una de las ruedas fué perforada con un taladrador eléctrico sin el menor detrimento para su integridad.

El «Punctureprufe» había sido utilizado ya durante la guerra con éxito completo, pero su uso permaneció en el secreto. Ahora, con varios perfeccionamientos, ha salido al mercado y se prepara su fabricación normal. Llevará un precio asequible y contribuirá, además, al ahorro de neumáticos, favoreciendo a los automovilistas.



Aparte de sus cualidades industriales, este invento disminuye de manera considerable el riesgo de los transportes por carretera, al eliminar de manera absoluta el peligro de los pinchazos en pleno lanzamiento, que tantas desgracias ha venido causando desde que comenzaron a rodar por los caminos del mundo los desbocados HP. del motor de explosión.



PARACAIDAS SUPERSONICOS

La General Electric Company, una de las principales empresas norteamericanas fabricantes de material eléctrico, ha inventado un paracaídas supersónico, capaz de permitir el descenso de instrumentos meteorológicos de observación lanzados en cohetes a las capas superiores de la atmósfera.

El aparato, bautizado con el nombre de «rotochute», se asemeja a un gigantesco dardo provisto de una hélice giratoria en su punta, y puede transportar instrumentos con un peso de 10 a 15 kilogramos. Tiene 122 centímetros de longitud y 20 de anchura, y su hélice, una vez abierta por completo durante el vuelo, tiene una longitud de 244 centímetros.

El aparato, conteniendo los instrumentos, es lanzado a las capas superiores de la atmósfera dentro de un cohete. Al alcanzar éste su máxima altura, se desprende el «rotochute». Al caer, y a medida que es mayor la densidad del aire, empiezan a girar las palas y adquieren gradualmente una posición horizontal. Ello obra como un freno y disminuye la velocidad supersónica hasta la de 43 kilómetros por hora.



NORTEAMÉRICA VISTA DESDE EUROPA

Europa-América. Europa-Norteamérica... Frente al Arco del Triunfo de París desfilan las fuerzas expedicionarias norteamericanas. 1919. Pasa la bandera listada, con 49 estrellas. En la tribuna, Clemenceau da un codazo a Lloyd George:

—Salude, por favor.

El veterano político, "Premier" del Gobierno inglés, saluda al tiempo que habla a Clemenceau:

—Me habéis obligado a saludar a una de las páginas más amargas de la Historia de Inglaterra.

Pero ya antes, incluso a lo largo del siglo XIX, Europa y sus europeos han querido saber de América. Con la guerra del 14, cuando Wilson aparecía como un iluminado humanitarista y creaba una Sociedad de las Naciones en la que precisamente no iban a figurar los Estados Unidos, las gentes europeas sentían la inquietud de saber cómo era América, como se siente la inquietud de averiguar todo lo desconocido.

Ahora, con otra guerra, se han apurado estas ansias. A la postre, la teoría del conocimiento es toda una filosofía europea. América apasiona hoy tanto en Europa como Europa apasionó siempre en América. Se deshacen ya los perfiles de la falsa "imago mundi" de que, con relación a América, nos habló el Conde de Foxá en el número 9 de esta revista. En Europa ya se sabe, aproximadamente, lo que es Detroit o lo que es Sao Paulo. De Norteamérica ya se conocen la teoría del acero y de las máquinas y la teoría del cemento y de los rascacielos. Pero quizá esta visión sea absoluta y elimine otros aspectos de la vida americana; por ejemplo, de la vida espiritual. Quizá los europeos sólo vean en Norteamérica una fábrica de automóviles y de metales cromados, de rascacielos y muchachas gimnásticas y graciosas fabricadas en serie. Quizá se haya creado otra falsa "imago mundi" al través de la goma de mascar.

MVNDO HISPÁNICO ofrecerá, a partir de hoy, una serie de visiones europeas de América y de Norteamérica, seguida de una colección de opiniones americanas sobre Europa.

Abrimos marcha al socaire de un libro del portugués Joao Ameal, "Europa y sus fantasmas", de reciente publicación. Ameal es hoy uno de los primeros historiadores europeos. En el texto que ofrecemos a continuación —síntesis de unos capítulos de su citado libro— Ameal recopila una serie de opiniones sobre Norteamérica que en su día formularon algunos escritores y pensadores europeos. En nuestro próximo número seguiremos con el tema.

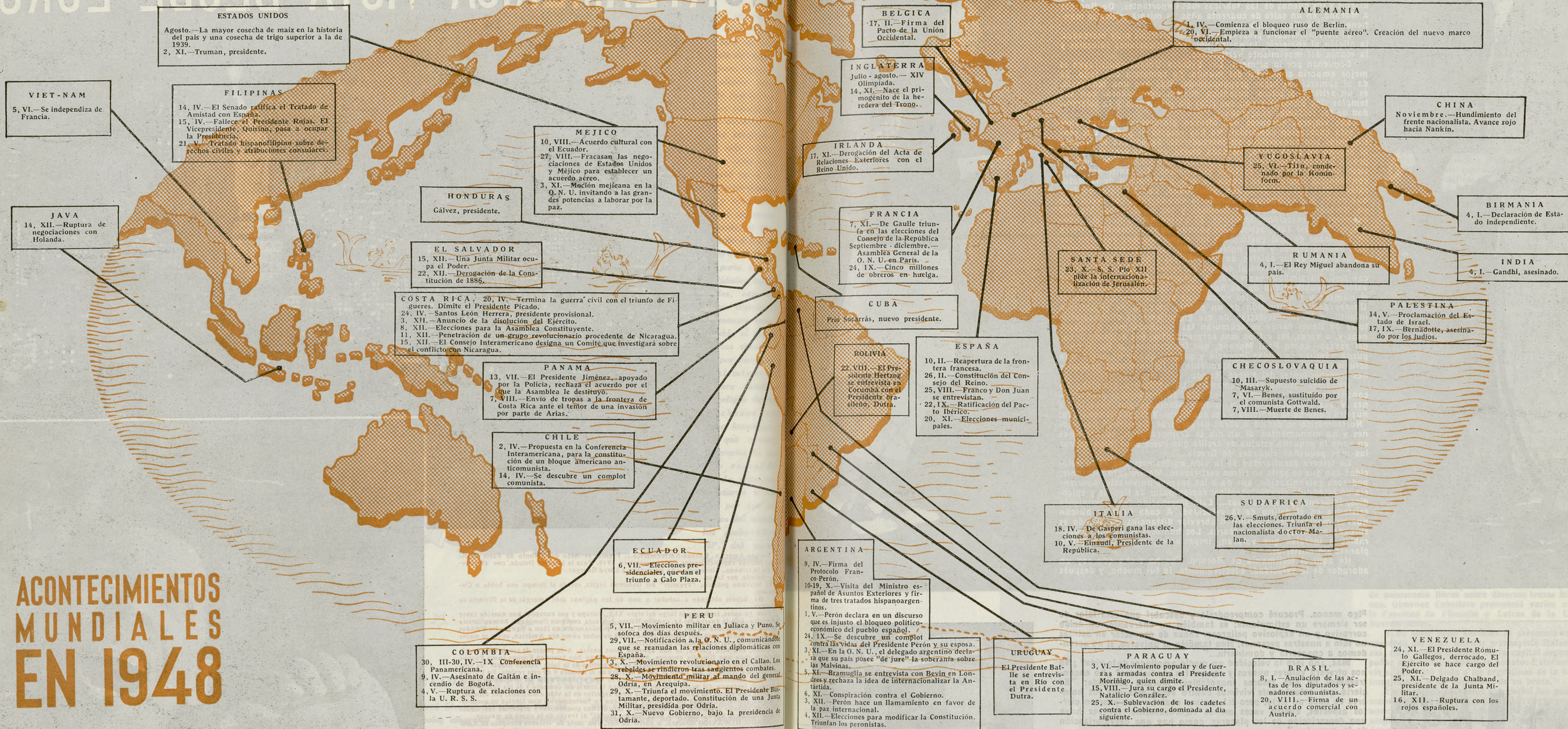


EL problema de las relaciones entre la llamada civilización americana y el resto del mundo, especialmente el Occidente, ha dado origen a las más variadas y categóricas opiniones.

En las famosas "Scènes de la vie future", Jorge Duhamel escribía: "La experiencia americana está triunfante, segura de su porvenir. Casi no es discutida. Todos la respetan... Para unos, es un método; para otros, un evangelio. Extendido por todas partes, con ligeras variantes, el método americano tiene por campo el mundo entero. Parece compatible con todos los sistemas políticos, por su eficacia ante todas las dificultades y su fácil acomodación a todas las situaciones. Comienza a colonizar a la propia Rusia soviética."

Duhamel parecía advertir en la expansión del americanismo una fatalidad. Otros ven en la savia nueva de un continente saludable y próspero el estímulo y la esperanza de un rejuvenecimiento europeo. Suponen vetusta y en pleno ocaso la civilización de Occidente, fiados en el diagnóstico de Spengler y de los eurasiáticos. Y proponen como tónico salvador el contacto con la fuente viva de un pueblo en intensa actividad, que se dirige con fe y vigor hacia las finalidades que a sí

ACONTECIMIENTOS MUNDIALES EN 1948



mismo se propuso y convierte en realidades los más extraños y gigantescos sueños.

América es, para unos, fuente de juventud, anuncio y prefiguración de la Humanidad futura, infancia y adolescencia de un nuevo universo; y, por el contrario, para otros, una Babilonia decrépita, cuya descomposición prosigue de modo patente y cuyas atrasadas ideologías se muestran impotentes para proporcionar al hombre su suprema satisfacción.

Confieso que ambas tendencias me parecen erróneas. América no merece ser adoptada por modelo de Europa ni ser despreciada y ridiculizada. Puedo ya resumir aquí mis conclusiones:

Creo inadecuado hablar de una civilización americana, puesto que, en efecto, no se trata de una civilización en el sentido legítimo de esta palabra.

Creo que América no representa verdaderamente ni sólo el porvenir ni sólo el pasado, sino que simboliza una promesa de progreso en lo futuro, en el orden técnico.

Creo que posee ambiciones de hegemonía universal, mas coincido con Keyserling en que "el americanismo no es exportable".

Creo que en América se inicia una reacción espontánea y salvadora contra los mayores defectos y errores del americanismo, y que no es exacta ni justa una imagen integralmente pesimista de la psicología americana.

Creo, en fin, que más que contra la ofensiva americana o la ofensiva oriental, Europa debe precaverse y fortalecerse contra la corrupción de su propio espíritu, contra los errores que vienen de lejos y la apartaron de su propio camino...

En resumen: Europa (identificándola con la civilización occidental como identifiqué a América y Estados Unidos) no podrá esperar su salvación ni de Asia ni de América, ni simplemente de su defensa frente a una y otra: Europa tendrá que salvarse a sí misma.

El maquinismo es el mayor enemigo del hombre actual. Enemigo moral e intelectual; enemigo social y político. Hay que hacer una serie de consideraciones de orden ético sobre los desequilibrios producidos en las conciencias por el maquinismo. Para aquellos que se contentan con las voces corrientes, sin procurar investigarles el alcance y la razón, cuanto mayor sea la cantidad de máquinas que el hombre posea para su comodidad y su servicio, mayor felicidad gozará: podrá vivir más intensamente, más de prisa y con menor dispendio de energías y sacrificios. Mas ya se ve cómo esto identifica la apología del maquinismo con la de la indolencia y del mínimo esfuerzo. Progresar, vivir mejor, se confunde con la aspiración de vivir sin gastar fuerzas, de crear instrumentos sustitutivos de la actividad personal y de lograr un bienestar basado en el gozo epicureísta de los placeres obtenidos por el artificio y por la fabricación en serie.

El trabajo manual es sustituído por el mecánico; las cartas, por las breves tarjetas postales; el teléfono evita las visitas; el automóvil anula las distancias; el ascensor dispensa la fatiga corporal de las subidas, y el dictáfono, el trabajo de escribir. El progreso de la industria aumenta la comodidad y reduce las horas de la actividad humana. Se transfiere a la mecánica gran parte de lo que antes tenía que ejecutar el individuo. Todos estos abandonos no se limitan al ejercicio muscular: también se produce una inercia en el orden espiritual...

La mecanización de la inteligencia surge, como inevitable consecuencia, de la idolatría por la máquina todopoderosa. El hombre se convierte en instrumento ciego, ideograma, número sin personalidad en la estadística de la sobreproducción. El creador, el inventor de la máquina, destinada a su servicio, se hizo siervo de su invento. Es la vieja imagen del aprendiz de brujo de Goethe, que desencadena fuerzas misteriosas y después no consigue dominarlas...

Duplessy continúa su severo examen:

"La máquina nos sirve, mas para servirse de nosotros. Adormece nuestra voluntad, nuestro impulso decisivo y nuestros recursos frente a lo imprevisto. Nos provee excesivamente de productos efímeros, que tienen que ser renovados constantemente, y así nos incita al derroche, a la inestabilidad mental, y nos hace perder ese respeto por las cosas que no difiere mucho del respeto por las personas. En resumen: la máquina destruye en nosotros aquello que es propiamente humano. Tanto por los servicios que requiere como por los que presta, nos modela a su imagen y semejanza. El inventor de la máquina degenera en autómata sin corazón, sin individualidad, sin vida interior... Como si el alma hubiese sido eliminada... ¿No acabará, acaso, por desaparecer el alma, por faltarle todos los motivos de su existencia?..."

Nadie trazó con mejor comprensión dramática el perfil de ese "babbitt" convertido en "Hamlet" como Thierry Maulnier:

"El racionalismo que difunden los periódicos y los cinematógrafos, la moral reducida a una higiene en común, el frío conformismo, sin alma, del catecismo puritano: un individuo que trabaja, se alimenta, se divierte y ama a horas fijas o en rebaño; todo contribuye a hacer de cada ser la máquina de exacto funcionamiento, el hombre deshumano, sometido sin resistencia y sin esperanza, que se levanta y acude al trabajo cuando le llama el clamor de las sirenas, y se ofrece en cada día al triste sacrificio vital exigido por el monstruo económico..."

La Humanidad, aunque creía avanzar, retrocedió. Las grandes victorias de la técnica científica—en las cuales tantos querían ver prenuncios de una era nueva, libertadora del espíritu, en que la imagen dolorosa del "homo faber" cediese el lugar, poco a poco, a la imagen feliz y aristocrática del "homo sapiens"—originaron finalmente la férrea dictadura de la máquina.

Por lo que acabamos de exponer, en el actual panorama del mundo, los dos países donde el régimen político es más inhumano son los Estados Unidos y Rusia. Tanto la plutocracia yanqui como la tecnocracia eslava niegan por completo los derechos y la autonomía de la personalidad humana. En ambas organizaciones (no deben ser llamadas de ningún modo civilizaciones), el hombre vale solamente como elemento de trabajo o de consumo. Nada más. El Estado, omnipotente, supone tener sobre él un poder ilimitado, y la sociedad tiende a establecerse sobre un modelo de cuartel. Regimientos dóciles que comen y duermen a horas fijas, se entregan, con regularidad y disciplina, a los mismos deportes; concurren en rebaño panúrgico a las mismas distracciones teatrales o cinematográficas, y también reciben en serie la instrucción religiosa a cargo de pastores escogidos, esto es, reciben la meta-



física en los domicilios con una comodidad espiritual tan perfecta como la material... Es el punto más avanzado de este crepúsculo al cual se comienza a llamar dimisión del hombre. En cuanto a los Estados Unidos, el drama procede de mucho antes. Paul Bourget, en "Outremer" (escrito a fines del siglo pasado), comparaba la llamada democracia americana a un nuevo feudalismo, cuyos señores, en vez de ser combatientes o aristócratas, eran los presidentes de los principales "trusts", los directores de los mayores diarios y los dueños de las fábricas más importantes. De Bourget a Morand, en un salto de cuarenta años, la misma crítica se mantiene con idénticas palabras.

El norteamericano presenta tres características muy marcadas: la afición al comercio, la pasión por las edificaciones colosales y la manía del movimiento vertiginoso.

Comienzo por la primera. Los Estados Unidos constituyen el mejor emporio comercial del mundo. Se comercia con todo. Se da al comercio el lugar preponderante. Más que una tendencia, es un criterio práctico: auténtica mística dominadora, con sus templos (los Bancos) y con sus ritos (la insistencia y la solemnidad de los reclamos exagerados).

Los viajeros europeos nos ofrecen pintorescas descripciones de esta obcecación comercial. No hay respeto ni pudor. Los sentimientos son convertidos en mercaderías. Se adivina el negocio al acecho en cada gesto, en cada oferta, en cada propuesta... La propia belleza espontánea de los paisajes que atraen a los turistas sirve sólo de fondo a carteles gigantescos. Duhamel nos hace confidencias implacables acerca de esta profanación de la Naturaleza. Otro escritor de aguda sensibilidad, Luc Durtain, confesó que acaba por exasperar al turista la escenografía comercial que en Norteamérica cubre los caminos y los panoramas. Morand experimenta reacciones idénticas. El periodista alemán Hirchenmayer, en "Die Tat", acusó a los yanquis de transformar su tierra en un bazar de mal gusto... En los momentos que debieran ser más desinteresados y más nobles, se ven surgir, como fantasmas, los anuncios de los objetos, de sus ventajas y de sus precios...

La pasión por lo colosal es otra característica del norteamericanismo. Su símbolo expresivo: el rascacielo. En Norteamérica se valora la superioridad de los hombres, y la de las ciudades, por el número y tamaño de los rascacielos que poseen. Los Estados Unidos dan la impresión de un pueblo atacado de gigantismo infantil, y la manifestación de ese gigantismo es el rascacielo, torre de Babel donde se acumulan las viviendas más heterogéneas y, a veces, los estilos más sorprendentes. Sin dejarme llevar del exceso—como Paul Morand, que las compara al Partenón—puedo admirar su audaz ingencia y admitir que representen una solución necesaria para el alojamiento de las inmensas poblaciones transbordantes del Nuevo Mundo.

Duhamel resume sensatamente: "La verdadera grandeza no consiste en las dimensiones." Esa falta de armoniosas proporciones y esa adoración a dimensiones absolutas son opuestas a nuestro culto de la armonía y del equilibrio. Y Duhamel continúa: "Norteamérica se dedicó a obras perecederas. Construyó barracones y no monumentos. Si un día se desmoronaran, buscaríamos en vano la pequeña estatua de arcilla que bastó para inmortalizar las más pequeñas ciudades de Grecia..."

La tercera peculiaridad de la vida norteamericana es la velocidad con que se agita en ritmo vertiginoso. Movimiento incesante; poderosa galvanización, que da a los sucesos universales apariencia de farándula cinematográfica: rápido pasar de figuras y episodios, imágenes y espectáculos... Esta fascinación del movimiento cristaliza en el delirio de la velocidad. A cada hora se buscan nuevos medios para suprimir o abreviar distancias. El mundo es surcado por inesperados meteoros. Los hombres se hacen comparables a insectos que volaran, impacientes, sobre un pequeño planeta sin misterios.

He aquí el testimonio de Morand: "Se ha dicho que soy un adorador de la velocidad. Efectivamente, lo fuí mucho, y después





algo menos. Procuré comprenderla y descubrí que está lejos de ser siempre un estimulante; es también un enervante, un ácido corrosivo y un explosivo peligroso, capaz de provectar en astillas no sólo a nuestras personas, sino también al universo, si no aprendemos a conocerla y dominarla..."

Mas, ¿no será la velocidad un medio ampliador de la vida? ¿No nos ofrecerá valores nuevos y conquistas prodigiosas? ¿No encontraremos en ella tesoros inagotables? Morand responde: "Es cierto que actualmente vivimos cuatro veces más que los hombres de hace un siglo; pero tal vez sea cuatro veces peor en ciertos aspectos, cuatro veces menos vigorosamente: tal vez haya una depreciación de los placeres, como hay una desvalorización de la moneda..."

Este juicio revela al francés razonable, que no cae en las celadas meramente sensuales que nuestra época le tiende; al francés que, por elegancia y por cinismo, todo lo admite, pero que desea le den el tiempo necesario para examinar y comprobar el alcance de las cosas. En caso contrario, el francés (nuestro hermano en occidentalismo) se resiste y protesta. El capítulo de Morand sobre la velocidad merece ser reproducido íntegramente. Es una obra magistral de finura, de ironía discreta y de buen sentido. Ya que no puedo reproducirlo todo, me limitaré a transcribir otro párrafo:

"¿Quién tiene tiempo, en las grandes ciudades, para comer, para dormir y para acompañar a pie a los muertos hasta el cementerio? La velocidad mina y descoyunta al viejo mundo. Construído sobre profundos cimientos por lentos arquitectos, ese viejo mundo es entregado a mecanismos impetuosos que sólo actúan superficialmente. A la Naturaleza le basta un día para hacer una larva; mas, cuando trabaja bien, necesita veinte años para hacer un hombre..."

Es significativa esta enérgica y aleccionadora página de crítica. La bárbara idolatría de la velocidad tiende a sustituir al hombre pensativo, al hombre de inteligencia comprensiva y soberana, por el nómada que recorre la Tierra con tanta rapidez como inconsciencia. Si la velocidad multiplica la vida, lo hace como quien repara las fibras del tronco de un arbusto; al fin, en vez de una, quedan varias fibras, mas la savia dejó de correr...



JOAO AMEAL

(Del libro "Europa y sus fantasmas".)

VIAJEROS ESPAÑOLES EN HISPANOAMÉRICA

A la hora de hacer examen de conciencia sobre la labor exterior de los intelectuales españoles en 1948, alegra el ánimo enumerar la nutrida lista de profesores que en misión cultural se han desparramado por los distintos países hispanoamericanos. No es sólo la cantidad, notable al sobrepasar la treintena, sino precisamente la preeminencia de estos embajadores de la cultura española actual lo que justifica tales optimismos. Importa mucho airear el saber hispano cuando simultáneamente visitan las cátedras españolas muy ilustres personalidades de la cultura americana, presentes hoy en la cátedra madrileña "Ramiro de Maeztu", en la Universidad Central y en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla. Este intercambio de profesores debe ser el comienzo de una estrecha colaboración a fin de que todos y cada uno de los pueblos hispánicos se sientan fundidos en una común realidad espiritual de cuyos frutos serán partícipes cuantos aspiran a la hermandad histórica más deseable de nuestros años.

Con este fin determinaron su viaje a Hispanoamérica algunas de las mentes más representativas del momento cultural español. Poetas y críticos literarios de la talla de Dámaso Alonso, José María Pemán y Ernesto Giménez Caballero; historiadores del Derecho como Alfonso García Gallo; el profesor Pedro Laín Entralgo, historiador de la Medicina y uno de los valores intelectuales más destacados de la última generación española; el grupo médico con el doctor Jiménez Díaz a la cabeza; Enrique Herrera Oria, fundador de la Escuela de Periodismo de "El Debate" y eminente pedagogo, hoy Obispo de Málaga; el sabio matemático Julio Rey Pastor; el internacionalista Camilo Barcia Trelles... y un amplio grupo cuyos nombres citaremos a continuación.

Como muestra de la labor de la intelectualidad española en América cabe citar el ejemplo de Pedro Laín Entralgo, quien en setenta y un días de estancia por tierras de Argentina, Chile y Perú, pronunció hasta sesenta y cuatro conferencias y lecciones sobre temas de Medicina y crítica literaria, habiéndosele concedido, como premio a su labor, siete títulos honoríficos de doctor y miembro de las más famosas instituciones culturales de Santiago de Chile, Lima y Buenos Aires.

* * *

Quizá por ser el más nutrido, se comienza aquí por señalar la actuación de los literatos españoles que acudieron durante 1948 a la llamada de Hispanoamérica. Dámaso Alonso es una personalidad literaria que ha llamado especialmente la atención de los auditorios hispánicos por su fina y penetrante calidad de crítico, amplia desde la poesía medieval—de la que tiene publicado en Buenos Aires un *grueso* volumen—hasta la ponderación de los novísimos valores de la poesía juvenil española. Su largo viaje por Sudamérica y Estados Unidos se jalona con incontables actuaciones que han valido al profesor de la Universidad de Madrid, entre otros títulos, el de doctor "honoris causa" por la Mayor de San Marcos de Lima, y catedrático honorario de la misma. En el acto de imposición de las insignias, el poeta autor de "Hijos de la ira" versó sobre *"El Polifemo* de Góngora".

Igualmente numerosa y triunfal fué la serie de conferencias dadas en Buenos Aires y Montevideo por el insigne poeta y dramaturgo José María Pemán, ex director de la Real Academia Española. Fueron especialmente acogidas las tituladas "Pensamiento y poesía de San Juan de la Cruz", "La cuarta salida de Don Quijote" y "Hacia una tercera solución del equilibrio", todas ellas pronunciadas en el Teatro Cómico de la capital bonaerense. En Montevideo dió cinco nuevas conferencias en el Club Uruguay, Cine Ambassador y en el Instituto Uruguayo de Cultura Hispánica, superando, si cabe, el éxito obtenido en Buenos Aires.

Destaca también la actuación de Manuel Augusto García Viñolas, agregado cultural de la Embajada de España en Río de Janeiro, hombre de varia ambición intelectual. Bajo los auspicios del Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica de Quito, García Viñolas dió una serie de conferencias, en el curso de una de las cuales fué interrumpido por un comunista, cuyas objeciones fueron firmemente rebatidas por la segura dialéctica del conferenciante español.

Más breve la labor del literato Ernesto Giménez Caballero, crítico y tratadista notable y uno de los más brillantes escritores con que hoy cuentan las letras españolas, y autor de numerosos libros sobre diversos temas hispanoamericanos. Giménez Caballero pronunció varias conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Y no sería justo silenciar la presencia en la ciudad bonaerense del gran escritor y ensayista Rafael Sánchez Mazas, cuya rápida estancia en la capital argentina, al acompañar al Ministro español de Asuntos Exteriores en su último viaje, privó sin duda a los argentinos de la brillantez de su imaginación y del esplendor de su prosa.

En el campo científico son varios los profesores de primera línea que han destacado en sus conferencias por tierras americanas. El matemático Julio Rey Pastor, hombre de amplia formación científica, con largos años de estancia en América, interrumpido por su reciente visita a España. Rey Pastor, a quien hace unos años la Colección "Austral", de la Editora argentina Espasa-Calpe, le publicó un libro clave, "La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América", ha representado a España en las Jornadas Argentinas de Epistemología e Historia de las Ciencias, para la cual presentó dos trabajos: "Un supuesto error de Galileo" y "Esquema de un realismo estructural". En estas mismas Jornadas participaron igualmente el doctor Pedro Ara, agregado cultural en Buenos Aires, con su trabajo "Nota histórica sobre la técnica anatómica", y Pedro Laín Entralgo, con "La *species morbosa*" y "Conceptos fundamentales para una historia de la morfología biológica".

Entre los médicos, dejando solamente sugerida la gigantesca aportación de Laín Entralgo en más de cuarenta conferencias sobre materia científica, se hace constar la presencia de una Delegación española en el Congreso Interamericano de Cardiología en la ciudad de Chicago, integrada por los doctores Jiménez Díaz, Codina Altés, Gisbert Queraltó y Vega Díaz, y en el Congreso Internacional de Gastroenterostomía de Buenos Aires, la aportación de los cirujanos Eusebio Oliver Pascual, Heliodoro G. Mogena, Cristóbal Pera y Alfredo Rocha.

También la IV Reunión Panamericana de Cartografía, celebrada en Buenos Aires, ha tenido como invitado especial al director del Museo Naval de Madrid, capitán de navío Julio Guillén, portador de diversas cartas históricas ameri-

(SIGUE EN LA PÁGINA 50)





Salutación a la A. A. A. del Perú

La Prensa española ha manifestado su entusiasmo ante la llegada de las juventudes artísticas de la A. A. A (Asociación de Artistas Aficionados) de Lima. MVNDO HISPÁNICO saluda desde sus páginas a estos artistas que desde la otra vertiente de los Andes han traído al viejo solar español una verdadera embajada espiritual y artística. Desde la presentación de las A. A. A. en Bilbao, tanto las piezas del teatro de repertorio español como los "ballets" autóctonos en que por primera vez pueden verse en España las danzas de ritmos indígenas elevados a una verdadera categoría estética, hasta las exposiciones de arte popular que han sido muy visitadas, ha constituído un verdadero triunfo artístico cuanto ha presentado en España la A. A. A.

Damos la bienvenida a estos magníficos artistas peruanos que nos traen desde la lejana orilla del ancho Pacífico las emociones de un arte original y verdadero. Y prometemos dedicar algunas páginas de MVNDO HISPANICO, en número próximo, a esta expedición espiritual y artística del Perú.

LA SOCIEDAD GENERAL DE AUTORES DE ESPAÑA

PASADO

Era en los tiempos de la levita, el bombín y los loros ultramarinos. El tiempo acababa de saltar la barrera de las dos "equis" del siglo XX. En el año 1901, las gentes sólo hacían *cola* para ir al teatro. El maestro Chapí y Sinesio Delgado saludaban desde los proscenios a un público entusiasta, apasionado y jaranero, que repetía a la salida las graciosas partituras y los dichos ocurrentes de los sainetes.

Aquellas dos figuras del pentágrama y la escena, cuyo prestigio en el Madrid plácido y sin prisas de entonces alcanzaba ecos sonoros y rotundos, decidieron un buen día organizar una sociedad que defendiese los derechos de los autores contra el empresario usurero y taimado que se lucraba con el ingenio y el trabajo de los que escribían para el teatro en papel pautado o en blanca cuartilla.

Chapí y Delgado lanzaron la idea, la pusieron en circulación, la defendieron, lucharon con ahinco y heroísmo, volcaron en la empresa toda su fe y sus arrestos románticos y, después de librar duras y difíciles batallas, alcanzaron la victoria. Una victoria que significó nada menos que la liberación económica de los autores hispanos.

Y así, el 1 de octubre del primer año del siglo, nació la Sociedad de Autores Españoles, entre cuyos fundadores, además de los dos adelantados a que hacemos mención, figuraban los nombres populares y resonantes de Ramos Carrión, Vital Aza, los hermanos Quintero, Francos Rodríguez, Sierra, Arniches, López Silva, Sellés, Valverde y Torregrosa. Todo un capítulo de nuestro pasado escénico y musical.

Luego, los nuevos tiempos trajeron nuevas perspectivas y necesidades. Y treinta y un años después—salvado el imponente abismo de la llamada Gran Guerra—, otro concepto de la vida y de los acontecimientos determinó la metamorfosis de aquel organismo y su conversión en la Sociedad General de Autores de España.

SALTO HACIA ADELANTE

Como todo ser encariñado con la paternidad de una realización, el grupo de precursores se replegó a una resistencia sentimental para evitar que su Sociedad fuese disuelta y transformada. Pero Federico Romero, paladín de la segunda y fructífera etapa de la entidad, logró convencer a los obstinados veteranos de que su organización había sido rebasada por problemas insospechados y que se imponía, más que una reforma de los Estatutos antiguos, su disolución y el inmediato funcionamiento de otra que recogiese y amparase todas las modalidades que el derecho de autor exigía ya, como consecuencia del progreso y el avance de los inventos aplicables a la difusión nacional e internacional de las obras.

Por otra parte, los procedimientos administrativos de la primitiva Sociedad requerían una modificación total y urgente. Los escenarios saltaban de las ciudades a los pueblos, y de los pueblos a las zonas rurales. Los discos gramofónicos giraban en todas las latitudes del mapa español. Multitud de orquestas más o menos numerosas se multiplicaban sin cesar. Y había hecho su aparición el cine sonoro.

Fué precisa una nueva lucha y muchas batallas perdidas y ganadas para que todo aquel esfuerzo de los innovadores llegase a cristalizar. Al fin, en agosto de 1932, vió la luz la actual Sociedad General de Autores de España, cuyas oficinas quedaron instaladas en el número 4 de la señorial plaza de Cánovas, dando vista a la piedra mitológica de la fuente de Neptuno y a las verdes copas de los árboles del Salón del Prado.

Su primer Consejo de Administración lo formaron Eduardo Marquina—como presidente vitalicio—, Serafín Alvarez Quintero y Carlos Arniches. Y en el primer Comité ejecutivo figuraron Federico Romero como consejero delegado, Joaquín Guichot como secretario general, y López Garrido como administrador. Cada una de las Sociedades federadas se vió representada por distintos autores, que formaron un total de veintiocho.

El que hoy rige los destinos de la Sociedad, con el aplauso y la adhesión de todos los socios, está constituído así: Presidente, Jacinto Guerrero; vicepresidente, Luis Fernández Ardavín; consejero delegado, Angel Torres del Alamo; secretario de actas, Leandro Navarro, y consejeros: Joaquín Calvo Sotelo, Sixto Cantabrana, José Chapa, Jesús Guridi, José López de Lerena, Manuel López-Quiroga, Jenaro Monreal, Federico Moreno Torroba, José Muñoz Román, Federico Oliver, José María Pemán, Antonio Quintero, Juan Quintero, José Ruiz de Azagra, José Luis Sáenz de Heredia, José María Sagarra, Francisco Serrano Anguita y Adolfo Torrado.

Desempeñan la Secretaría y la Administración General Francisco Lizárraga y Enrique García Carretero, respectivamente, y las distintas secciones que atienden a las diferentes modalidades del derecho de autor están regidas por Sixto Cantabrana, Manuel F. Palomero, José Forns, José Ramos Martín y Ramiro Ruiz. Personas todas ellas que consumen sus horas mejores detrás de las mesas de trabajo con forzoso abandono, incluso, de actividades profesionales y artísticas absorbidas por el gigantesco movimiento de la Sociedad.

FUNCIONAMIENTO ADMINISTRATIVO

El derecho de autor propiamente dicho, aunque englobado en la denominación abstracta de Derecho de la Propiedad Intelectual, es, sin embargo, diferente a todos los demás derivados de la obra del pensamiento. Y se entiende por tal el porcentaje que los autores perciben por la representación o ejecución de sus obras



Presidente: Jacinto Guerrero, compositor.



Vicepresidente: Luis Fernández Ardavín, dramaturgo.

dramáticas y líricas, de acuerdo con las disposiciones de la ley de Propiedad Intelectual de cada país, en estrecho vínculo legislativo todas ellas con el Convenio de Berna, piedra fundamental del Derecho de Propiedad en el mundo.

Los derechos de autor se clasifican en dramáticos y de ejecución. Corresponden los primeros a la obra teatral exclusivamente—zarzuela y comedia en todos sus matices y denominaciones—, y los segundos, a los que, ya sean orginales o derivados de las obras, se producen de manera fragmentaria. Para este último derecho, de difícil cobro, administración y reparto, se ha creado un cuerpo de inspectores que lo fiscaliza y vigila rigurosamente por toda España.

También los derechos cinematográficos, hoy recogidos totalmente por la Sociedad, son objeto de un minucioso control y constituyen una fuente de ingresos que comienza a ser importante, y que lo será más a medida que el cine vaya adelantando el perfeccionamiento de su técnica.

Año tras año, la Sociedad de Autores acrecienta de modo considerable sus ingresos. Cada vez es más perfecta su máquina administrativa y más rigurosa su acción en defensa de los intereses de los asociados. Sin embargo, existe una leyenda ridícula y falsa de todo punto en cuanto al dinero del teatro. Creen muchos—más de lo que parece—que el autor se convierte en un potentado a poco que alcance un par de éxitos. Y es que ignoran que los derechos no sólo son ínfimos en ciertos géneros teatrales, sino que, además, están gravados por un alud de impuestos que los sepultan y aminoran en medida insospechada.

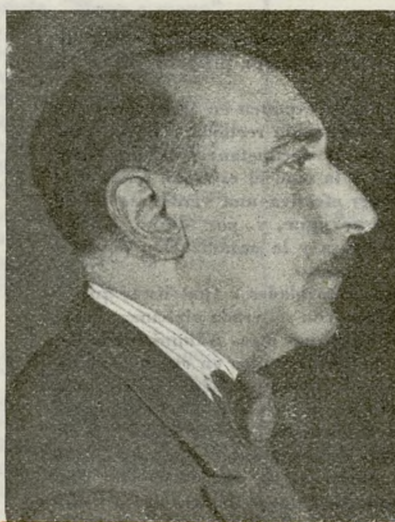
El edificio administrativo de la Sociedad cobija, bajo un mismo techo y con administración única, todos los derechos de autor en sus múltiples ramificaciones. Tal sistema, decididamente mucho más ventajoso que el de sociedades independientes para cada modalidad de derechos, ha merecido sinceros y expresivos elogios en el resonante y universal ámbito de muchos Congresos mundiales. Y la española Sociedad goza del máximo prestigio internacional entre las cincuenta y ocho Sociedades similares que forman la Confederación.

Este prestigio se refleja de manera creciente y rotunda en las intervenciones realizadas en las asambleas fuera de las fronteras—donde siempre destacan las sugestiones y aportaciones hispanas—, en la representación que las delegaciones españolas tienen en los Consejos directivos del alto Organismo y en el cumplimiento exacto de sus compromisos con las Sociedades extranjeras, a las que administran en España sus repertorios en sistema recíproco, con plena satisfacción y constante elogio.

Su último triunfo internacional lo consiguió la Sociedad de Autores en el reciente Congreso de Buenos Aires, donde la Delegación española presidida por Juan Ignacio Luca de Tena, y de la que formaron parte Agustín de Foxá, Forns, Góngora, Guillén, Carlos Llopis, Moreno Torroba y Leandro Navarro, intervino decisiva y brillantemente en discusiones, proyectos y realidades, con propuestas del más alto interés.


Consejero Delegado: Angel Torres del Alamo, comediógrafo.


Consejero: Joaquín Calvo Sotelo, autor de teatro.


El compositor Jesús Guridi.


José López de Lerena autor de teatro.


Consejero: Manuel López-Quiroga compositor.


Consejero: Jenaro Monreal, compositor.


Consejero: José Muñoz Román, autor de opereta.


Consejero: Federico Oliver, autor de teatro.


El director cinematográfico José Luis Sáenz de Heredia, consejero.

UN GRAN PROYECTO

Parece ser que, al fin, la Sociedad de Autores va a realizar ahora un sueño acaricido con ilusión y largamente debatido por los que en el suelo hispano viven para el arte y el contacto intelectual con el público: existe, efectivamente, el proyecto de extender el radio de acción tutelar a otros derechos aún no recogidos por sus especiales características, y que son los del novelista, el periodista, el pintor, el escultor, el arquitecto, el fotógrafo... En suma, la Sociedad quiere, y a ello va decididamente, proteger, inquirir y administrar esos legítimos derechos amparados por las leyes y que, sin embargo, todavía no estaban organizados debidamente. Algo que parecía imposible, y que se hará realidad merced a esa Institución que constituye uno de los más logrados, admirables y perfectos prestigios de la vieja Península que, si geográficamente cuelga de Europa como una cola definitiva, tantas veces se levantó por encima de la rosa de los vientos para situarse a la cabeza de la Historia.

La propiedad intelectual, la más auténtica, ilustre y respetable de todas, por ser hija de la inteligencia y el ingenio, y no del azar, la suerte o la fortuna, como lo son las demás propiedades, tiene en la Sociedad General de Autores de España la coraza defensora más fuerte y mejor organizada que se pudiera apetecer. Ni un solo céntimo se escapa a sus poderosos medios fiscalizadores y administrativos.

En todos los que actualmente integran su Consejo de Administración hemos comprobado un entusiasta y unánime propósito de encumbrar la Sociedad hasta la mayor altitud imaginable, tanto en lo moral como en lo económico. Tales afanes bien merecen el apoyo decidido de todos los autores españoles, por su labor sin desmayo, muchas veces agotadora, y por sus desvelos en resolver, con el máximo beneficio para los asociados, los difíciles problemas que plantea la hora presente del mundo, y que sólo pueden ser superados con la unión sincera, el compañerismo y el mutuo aliento de la gran familia de autores, para que la Sociedad pueda legar a los que ahora llegan el glorioso fruto que a ella transmitieron los precursores y adelantados de ayer.—V.

VIAJEROS ESPAÑOLES EN HISPANOAMERICA

(VIENE DE LA PÁGINA 47)

canas, una de ellas utilizada por el General San Martín para cruzar los Andes, y un plano del Estrecho de Magallanes, delineado por el piloto Antonio Castellanos.

Los historiadores del Derecho español han sido representados en Hispanoamérica por su máxima figura, el doctor Alfonso García Gallo, profesor de la Universidad de Madrid. En unión del internacionalista Camilo Barcia Trelles, asiste a las Jornadas de la Fundación Vitoria y Suárez, argentina, sobre el tema "Coloquio de las Malvinas", que estudia en su aspecto jurídico. Más tarde, en el Instituto Riva Agüero, limeño, diserta, ante el profesorado de la Universidad Católica del Perú, sobre "Génesis y formación del Derecho Indiano", al que presenta como un ejemplo no igualado de leyes basadas en ideas cristianas de humanidad y justicia.

Y para terminar, se reseñan las importantes conferencias pronunciadas por el P. Enrique Herrera Oria en Quito; las de Fr. Justo Pérez de Urbel en Chile, Bolivia y Perú, recibiendo el título de doctor "honoris causa" por la Universidad Católica de Santiago; las lecciones del P. Gómez Canedo, director del Archivo Iberoamericano de Madrid, dadas en Lima; las del profesor Jesús Evaristo Casariego en la Facultad de Ciencias Jurídicas, Sociales y Morales de la Universidad de La Plata, y, por fin, la misión cultural de Ignacio de la Concha y José Vila, catedráticos, respectivamente, de las Universidades de Valencia y Madrid, que formaron una Delegación especial encargada de establecer intercambio cultural de España con los Institutos universitarios de toda América.

ENRIQUE CASAMAYOR

FILATELIA

ESPAÑA EN BASILEA

Con la aportación de unas interesantísimas colecciones a la Exposición Internacional de Basilea, la Administración postal española ha concurrido oficialmente por primera vez a un certamen filatélico de carácter internacional.

Las razones de la presencia de España en Basilea, claramente se exponen en el catálogo que de aquellas colecciones España editó. "Por la cordialidad de la invitación recibida; por los lazos de sincera amistad que unen a los pueblos suizo y español; por la circunstancia de que Suiza continúe representando la encarnación de la U. P. U., gracias a la cual el esfuerzo tenaz y el trabajo entusiasta de muchos hombres ilustres ha logrado hacer efectiva una verdadera unión de los pueblos para fines tan elevados como los que el Correo persigue, y, por último, porque el sello alcanza en Suiza la categoría de obra de arte en miniatura y la organización postal y filatélica alcanzan allí su más perfecta expresión."

Así reza el catálogo, que mereció los más cálidos elogios de las autoridades y filatelistas que lo recibieron, y del que la Prensa filatélica de diversos países se ocupó con reiterada alabanza, hasta llegar a presentarlo alguna revista inglesa como un modelo a seguir por otras Administraciones.

La colección española tenía un triple carácter: de estricto sentido filatélico en cuanto a exhibir no sólo las cinco primeras emisiones de España nuevas, sino lo más interesante y raro: una colección única de 140 inutilizaciones diferentes sobre el sello de seis cuartos de 1850. Entre ellas se veían: letras diversas, diferentes cifras de porteo, la llamada "Sol de Boiro", la de "Canarias", ensayos de la "araña", de Madrid; en una palabra, un insuperable conjunto de 140 inutilizaciones, muchas sobre carta y otras sobre fragmento. Junto a este aspecto de alta filatelia se ofrecían las más recientes emisiones de España en honor de figuras ilustres de su historia: San Juan de la Cruz, Goya, Feijoo, P. Bartolomé de las Casas, Falla, Zuloaga, Nebrija, Hernán Cortés, Quevedo, Mateo Alemán, etc.

Y entre las más antiguas y las más modernas de sus emisiones, unas hojas con sellos y documentos diversos en recuerdo y homenaje a dos españoles ilustres, cuyos aniversarios acababan de celebrarse: Cervantes, el genial autor del "Quijote", y La Cierva, el ingeniero ilustre, inventor del autogiro, de cuyas pruebas oficiales se cumplieron veinticinco años en el mes de enero de 1948.

De todas estas piezas, alguna desconocida, y del carácter y aspectos de la aportación española, así como de la personalidad de las figuras gloriosas reproducidas en los sellos, el referido catálogo ofrecía una interesante información.

Nada menos que 27 Administraciones postales estuvieron representadas en aquel certamen, en el que figuraron cerca de 700 expositores.

Y aunque no concurriera oficialmente ninguno de los países hispanoamericanos, ya que sólo Estados Unidos y Canadá enviaron sus colecciones oficiales, la casi totalidad de los pueblos de América tuvieron en todo caso una más o menos importante representación.

Así, de Argentina se ofrecían al visitante muchas y bellas piezas en las colecciones de Hans Fischer, de Basilea, quien, como un recuerdo más de los años mozos pasados en tierra argentina, dedica a sus sellos el más constante cuidado.

Esta colección de M. Fischer, ilustre vicepresidente y alma del Comité organizador de IMABA, obtuvo en aquel certamen una medalla de bronce.

También en la colección de Mauricio Jamet, de París, que ofrecía muy bellas y raras inutilizaciones de diversos países de América y que obtuvo medalla de plata, figuraban sellos de Argentina.

Los sellos de Bolivia estaban representados en un interesante estudio de Ch. Hassel, también de Basilea, trabajo que fué premiado con una medalla de bronce.

El embajador de Brasil en Londres, Sr. Moniz de Aragao, exponía una maravillosa colección de sellos de Brasil de las emisiones de 1843 al 66, con magnificas piezas: los "ojos de buey", en tiras de tres y de cinco sellos. Esta colección se presentaba en la denominada "corte de honor" y, por tanto, fuera de concurso.

El Sr. Djalma Fonseca, de Río de Janeiro, presentaba una colección completa de sellos del Brasil.

El Dr. Roberto Willer, de Ginebra, presentaba unas muy bellas colecciones de Ecuador, Nicaragua y El Salvador, y de este último país exponía también una espléndida colección Clarence Hennan, de Chicago, que obtuvo medalla de plata.

Fuera de concurso exponía el Dr. Riesco, de Inglaterra, también en la corte de honor, muy espléndidos sellos americanos.

De Guatemala exponía muy bellas piezas el Sr. León Bilak, de Guatemala, y el Dr. Alfredo Magonette, de Charleroi (Bélgica), unos interesantísimos estudios de reconstitución del bloque reporte del número 3 de sellos del Perú. Este trabajo fué premiado con medalla de plata, distinción también concedida a Nielsen G. Lundegaar, de Dinamarca, por una espléndida colección de sellos uruguayos.

Y para terminar esta relación, citemos entre los expositores de sellos españoles a los señores Paul Wolf, de Basilea; Charles Tollu, de París, y Reddessen, de Copenhague, y especialmente a J. Dupont, de Willebrock (Bélgica), que exponía una valiosísima colección de clásicos españoles que mereció una alta recompensa.

La organización de IMABA, en todos sus aspectos, puede ponerse como modelo muy difícil no ya de superar, sino incluso de ser igualada.

Simultáneamente con la Exposición se celebró en Basilea el Congreso de la Federación Internacional de Filatelia, en el que por unanimidad se acordó el ingreso de España como miembro de la misma.

Tanto a Exposición como el Congreso alcanzaron el más extraordinario y rotundo de los éxitos.

Y Suiza, siempre cordial y dignamente acogedora, supo agasajar a las delegaciones visitantes con esplendidez y buen gusto. Y tener para España las más finas y delicadas atenciones. ¡Qué grata resonancia tenían allí las palabras dichas en español por los propios suizos! Eran palabras de tierras en que la independencia no es una vana frase, y dichas con acento franco y rotundo por hombres de otras tierras también altivas: de la bella tierra suiza, que sabe ser independiente con serenidad y fortaleza nunca desmentidas.

Nuestros COLABORADORES



El general Martínez de Campos y Serrano, conde de Llovera y duque de la Torre, ha juntado los buenos oficios de las armas y de las letras, y paralelamente a su brillante carrera militar nos ha ido sirviendo espléndidos trabajos literarios. Oficial prestigioso de Artillería, diplomado de E. M., viajó por EE. UU., Japón, Inglaterra, Alemania, Francia e Italia. Jefe de la Artillería nacional en la guerra española, ha sido después jefe del E. M. Central y es hoy gobernador militar del Campo de Gibraltar. Publicó, entre otros libros: "Artillería y Aviación", "La Artillería en la batalla", "El fuego", "Cuestiones de anteguerra", "Teoría de la guerra" y "Ayer".



Desde los tiempos de Mutis, cada colombiano está obligado a entender algo de botánica, como cada español entiende de toros o cada inglés de fútbol. Lilia Pachón Gómez, periodista colombiana, nos da hoy un ameno curso sobre orquídeas, y ya sabemos que las orquídeas son uno de los puntos donde la botánica se hace más amable y hermosa. Al margen de lo que por tradición sepa de Botánica y de lo mucho que sabe de orquídeas, L. P. es una excelente periodista que del Instituto "Alice Block" pasó a la Universidad Javeriana, donde se licenció en Letras, para ingresar más tarde en la redacción de "El Colombiano", de Santa Fe de Bogotá.



"Nací hace bastantes años; un gran mérito, porque recuerdo el primer vuelo de los hermanos Wright." Aclaramos, en lo que se puede este punto de la vida de Ricardo Munaiz de Brea, señalando que era muy joven cuando publicó su primer trabajo, hace más de treinta años. Número 1 de su promoción militar y hoy coronel de Aviación, realizó estudios de Ingeniería y colaboró en los primeros trabajos del inventor La Cierva. Un libro de su firma es "El piloto de Aviación", mientras que son infinitas sus colaboraciones en los diarios y revistas de Madrid: "Arriba", "ABC", "Revista de Aeronáutica", "Motor Mundial", "El Español", "Radio Sport", etc.



Cuando estalló la trifulca en Palestina, el avión le situó en medio de la guerra de árabes y judíos. Ir entonces a Palestina era jugar un riesgo, se llamase uno Bernadotte, se llamase Justo Peral Acosta. Pero el periodismo no ha de ser más cómodo ni menos peligroso que las mediaciones de la O. N. U., y J. P. A.—periodista y licenciado en Ciencias Políticas y Económicas, nacido en 1923, en Almería—cuenta hoy las cosas que vió gracias a su buena estrella: vivió en Tel Aviv, estuvo en Egipto, Líbano, Arabia Saudita; se entrevistó con el rey Abdullah... Enviado especial de "Amunco", sus crónicas aparecieron en "ABC", de Madrid, y varios diarios de América.



En 1935 colaboraba en "Caballo Verde para la Poesía" y antes había publicado en "Isla", "Eco", "Mediodía" y otras revistas minoritarias españolas. Aunque su pasión la vuelca sobre la poesía, en la que nos ha dado "Desierto y camino" (1947), Eugenio Mediano Flores, que nació en Salamanca en 1912, practica otros géneros literarios y está siempre a punto de practicar los restantes con cinco o seis libros en preparación o en prensa. Colaborador frecuente de la Prensa española, Eugenio Mediano Flores ha sido secretario del Ateneo de Madrid (1940-1947) y ha publicado, al margen de la poesía, "Vieja y nueva Literatura".



Polifacético y prolífico, Félix Ros, que nació en Barcelona en 1912, nos da sus noticias tan pronto con un libro como con una conferencia o dirigiendo una editorial. Catedrático de Literatura y ahora Inspector nacional de Enseñanza Media, dirige hoy la revista técnica "Textil" y es redactor de "La Tarde", de Madrid. Cuéntanse entre sus libros: de poesía, "Verde voz" (1934) y "Los bienes del mundo"; de ensayo, "Una lágrima sobre la Gaceta" (1935), "Francisco de Quevedo", "Neoclásicos y románticos", "El Paquebot de Noé", etc., y de reportajes, "Un meridional en Rusia" (1936). En 1941 ganó el Premio Nacional de Periodismo "Francisco Franco".



Tras una intensa vida periodística—fundador de una decena de periódicos: literarios, festivos, políticos, sociales—, y así como Napoleón comienza su vida con el 18 Brumario, Arturo Oquelí, aunque tiene ahora sesenta años, nació con "El Gringo Lenca" (1947), un libro sugestivo que está dando la vuelta al mundo. "Mi pasión por la lectura y los viajes fueron y son mis aulas universitarias", nos ha dicho en una carta. Este hondureño de Tegucigalpa ha escrito también "El cultivo de la pereza" y publicará este año "Lo que dijo don Fausto"—sobre la vida del mejor poeta que dió Honduras, Juan Ramón Molina—y "El brujo de Talgua", novela.



João Ameal—João Francisco de Sande de Barbosa Azevedo Bourbon Aires de Campos, segundo vizconde de Ameal, nacido en Coimbra, 1902—es uno de los más fecundos y profundos escritores portugueses. Colabora asiduamente en diversos diarios de Lisboa y dirigió la "Ilustração Portuguesa". Autor de libros de ensayos y de viajes, novelas y biografías, podemos citar "Balões venezianos", "Aparições", "Falência da Democracia", "No limiar da Idade-Nova"—Premio Ramalho Ortigão 1935—, "Política da Nação", "Historia de Portugal"—Premio Herculano 1941—, "Liberalismo", "São Tomaz de Aquino", "Europa y sus fantasmas".



El cuento español del XIX, que se adentra por el XX, tuvo y tiene en Roberto Molina uno de sus fieles continuadores. N. en Albacete (1883), R. M. publicó en 1913 su primera novela: "Un veterano", —de la que llegaron a venderse 100.000 ejemplares—, y ganó en 1924 el Premio Nacional de Literatura, con "Dolor de juventud". Entre novela y novela—" La infeliz aventura", "Aventuras de juventud" y "Peñarrisca"—R. M. es, a lo largo del siglo, uno de los más prolíficos autores de cuentos y novelas cortas, publicados en las series españolas semanales o en diarios y revistas como "El Imparcial", "Blanco y Negro", "La Esfera", "Lecturas", etc.



Este juego ameno del mejor teatro húngaro lo pinta en su producción literaria Andrés Révesz, a quien sólo le falta intentar el camino teatral, puesto que, en lo demás, ha escrito de todo: más de veinte libros sobre política internacional, novelas, biografías, amor... "La mujer ideal", "Wéllington", "Mambrú", "Vidas de amor", "Huracán sobre la Puzla", etc. Nacido en Hungría, en 1896, ha paseado por toda Europa, gimnásticamente, su melena al aire, de Helsinki a las Canarias o de Londres a Atenas, y es hoy, desde hace años, redactor de política internacional de "ABC", de Madrid, en cuya especialidad es una de las primeras firmas de España.

NOTICIARIO Cinematográfico



En el Concurso Nacional de Guiones cinematográficos convocado por el Sindicato Español del Espectáculo, ha sido concedido el primer premio, de 75.000 pesetas, al titulado "Europa", de Natividad Zaro y Manuel Suárez-Caso, adaptación de una novela de Tomás Borrás. El fallo del Jurado de este importante concurso ha sido motivo de íntima satisfacción para cuantos trabajamos en MVNDO HISPANICO, revista a la que Suárez-Caso pertenece como redactor-jefe.

El Jurado calificador del Concurso de Premios a la Producción Cinematográfica Nacional, correspondiente a la temporada 1947-48, acordó conceder los premios a las películas de largo metraje que a continuación se mencionan: Primero, de 500.000 pesetas, a "Locura de amor". Segundo, de 450.000, a "Botón de ancla". Tercero, de 400.000, a "Don Quijote de la Mancha". Cuarto, de 350,000, a "La calle sin sol". Quinto, de 300.000, a "Las aguas bajan negras". Sexto, de 250.000, a "Don Juan de Serrallonga".

Teniendo en cuenta los méritos especiales que concurren en la película "En un rincón de España", por tratarse de la primera realizada en color con un sistema nacional, el Jurado estimó oportuno proponerla para un "accésit" de 250.000 pesetas. Además hace pública mención de las películas "Mare Nostrum" y "El Marqués de Salamanca".

Los premios de películas de corto metraje se adjudican, el primero, a "Imaginería castellana" (35.000 pesetas). Segundo, a "La capilla del Espíritu Santo" (30.000 pesetas). Tercero, a "A la sombra de la Mezquita" (25.000 pesetas). Cuarto, a "Benlliure, escultor inmortal" (20.000 pesetas). Quinto, a "Cervantes, genio hispánico" (15.000 pesetas). Sexto, a "En estos años de paz" (10.000 pesetas).

El Sindicato Nacional del Espectáculo, con los asesoramientos que considere precisos, hará el reparto proporcional del 20 por 100 de cada premio (tanto de películas largas como cortas), que se destina al personal técnico y artístico que destacó en la realización de las galardonadas.

Se terminó en Méjico el rodaje de la película de Clasa Films Mundiales "La Panchita", en la que intervienen Marga López, Domingo Soler y Abel Salazar.

Para seleccionar la mejor película mejicana que se filmó durante el año de 1948, los miembros del Jurado empiezan ya a discutir, encontrándose "Río escondido" y "Rosenda" casi igualadas en la votación.

Sabemos que Colonial Aje, la productora española que realizó "Serenata española", "Misión Blanca" y "Las aguas bajan negras", magníficas películas, dentro de una línea de temas raciales vibrantes de emoción dramática, prepara para el presente año dos nuevas producciones, que sin duda superarán el éxito de las ya citadas.

Llegan noticias de La Habana de que, además de "Río escondido", la película que fué considerada como una de las diez mejores estrenadas en el año de 1948, "Maclovia" y "Algo flota sobre el agua", merecieron menciones especiales.

El consejero delegado de CIFESA, D. Vicente Casanova, está de nuevo en Madrid, de regreso de Londres. El viaje del señor Casanova a la capital inglesa ha estado motivado por asuntos cinematográficos.

Con la importante firma London Films, don Vicente Casanova, en nombre de CIFESA, ha firmado un contrato para que las películas de CIFESA sean distribuídas en Inglaterra, y las de la London Films, por CIFESA, en España.

Ya está aquí la noticia que hacía tiempo esperábamos. Sabíamos que el gran actor Roberto Rey tenía intención de dirigir una película; pero no existía nada concreto sobre el asunto. Ahora es el propio Roberto quien ha dado los datos. Hará una película de ambiente taurino, que será una exaltación de la profesión del toreo. Se titula "Mano a mano", y el argumento y guión es obra de Ricardo Mazos y Alonso Pesquera. En el reciente concurso de guiones del C. E. C. este tema fué distinguido con mención honorífica. Roberto empezará a primeros de marzo, y hará esta su primera película para la firma Valencia Films.

Se comenzó a rodar la película de Filmex "El baño de Afrodita", con Luis Sandrini, Charito Granados, Beatriz Ramos y Sara Montes, bajo la dirección de Tito Davison.

LOS ARTISTAS EN LA INTIMIDAD



La gran trágica del "cinema" anuncia a su cocinera que tiene invitados a cenar.
(Por F. López Rubio.)

Terminado el año de 1948, empiezan a sonar en Méjico los nombres de los artistas cuyas actuaciones merecen tomarse en consideración para competir por los premios "Ariel". Entre los directores Emilio Fernández y Julio Bracho. Fotógrafos, indiscutiblemente Gabriel Figueroa. Artistas, María Félix y Rita Macedo. Actores, Fernando Soler y Joaquín Pardavé y papeles secundarios, Carlos López Moctezuma y Rodolfo Acosta.

En algunos magazines de Hollywood han seleccionado a Pedro Armendáriz como un futuro astro del cine norteamericano. "Motion Picture" dice que no se sorprendería si finalmente Pedro fuera seleccionado entre los tres más grandes artistas.

El actor mejicano Fernando Soler ha recibido una proposición de una Compañía norteamericana para filmar una película en Hollywood.

Sabemos que a Luis Marquina, uno de los pocos directores españoles que han dirigido películas fuera de España, le ha sido ofrecida la dirección de la versión española de la película "Vals brillante", que Martha Eggerht y Jan Kiepura van a rodar en los estudios españoles.

Producciones Raúl de Anda anuncia que para los primeros días de febrero empezará a rodarse la película "El precio del pecado", llevando a la cabeza del reparto a Leonora Amar, con Domingo Soler y Tito Junco.

La próxima película que dirigirá Luis Lucia será "La princesa de Benamejí", producida por CIFESA.

PLAZAS TOROS Y TOREROS

Por "BARICO"

No se habla ya de lo que hace unos meses parecía cuestión insoluble que iba a poner en inminente peligro la celebración de festejos taurinos. Se aseguraba que la escasez de ganado obligaría a los empresarios a organizar menor número de corridas que en años anteriores; que los ganaderos cobrarían, por lo menos, 200.000 pesetas por corrida de seis toros; que aun pagando dicha cantidad sería preciso organizar muchos festejos taurinos con ganado de media casta, y se añadían argumentos tendentes a convencer a los aficionados de que debían conformarse con ver lidiar reses pequeñas y sin poder y pagar por ello cantidades muy superiores a las que hasta ahora han satisfecho.

Se pidió opinión a criadores de diversas zonas, y, como ocurre siempre, hubo pareceres para todos los gustos. El subgrupo de criadores de reses bravas del Sindicato Nacional de Ganadería pidió a sus asociados que enviasen declaración de las reses que tenían disponibles, y los empresarios comenzaron sus gestiones para la adquisición de ganado, sin fijar precios.

Se anunció una reunión de los principales empresarios españoles en Madrid y antes de que el cambio de impresiones se celebrara se tuvo noticia de que había ganado bastante para celebrar igual número de corridas que en años anteriores, y que el precio que los criadores de primera fila habían fijado para las corridas de seis toros era el de 125.000 pesetas.

LOS ARTISTAS EN LA INTIMIDAD



La ilustre "prima donna" canta a su niño para que duerma.
(Por F. López Rubio.)

Todo había cambiado. Las últimas lluvias, aunque escasas, habían sido lo bastante benéficas para obrar el milagro de la aparición sorprendente de unos toros de cuatro años que un mes antes no existían, y, por consiguiente, era posible hacer una modesta rebaja de 75.000 pesetas en el precio de cada corrida.

No faltó avispado y avisado empresario que lamentó, en la intimidad, el cambio de postura de los ganaderos. Aseguraba que si los criadores hubieran mantenido los precios que fijaron primeramente se habrían organizado muy pocas corridas y ello hubiera obligado a los ganaderos a entregar sus reses, ya mediada la temporada, al mejor postor; pero el mejor postor, en tales fechas, hubiera aprovechado la oferta en su beneficio y no hubiese pagado ni las 100.000 pesetas por corrida. El precio de 125.000 pesetas es razonable, y esto impedirá a dicho empresario realizar la jugada que proyectaba.

** * * Lo ocurrido al uruguayo Eduardo Poggio es algo que deberían tener en cuenta los lidiadores americanos que vienen a España. Poggio se presentó en Barcelona durante la temporada de 1947 como matador de toros. Estuvo valiente, muy valiente, pero nada más. Lo ignoraba casi todo y, por consiguiente, estaba torpe y en peligro casi siempre. No volvió a actuar durante la temporada ni consiguió contrato alguno en 1948, y Poggio ha decidido contratarse como matador de novillos, que es como debió empezar en 1947. Dos temporadas perdidas. Luis Sánchez, "El Diamante Negro", en cambio, vino como novillero, toreó mucho, y cuando regresó a América, al cabo de una temporada, era matador de toros. No estará de más que los toreros americanos que vengan a España tengan presente lo sucedido a Poggio y a Luis Sánchez.*

** * * El 26 de mayo próximo tomará la alternativa en Córdoba, su tierra, de manos de "Parrita", el matador de novillos José María Martorell. Actuará de segundo espada Manolo Navarro, y los toros que se lidien serán de la ganadería de Juan Guardiola. Así, pues, contra lo que se decía, Martorell no se hará matador de toros en las corridas de las fallas de San José, en Valencia. Esta es la última noticia relativa al nuevo fenómeno cordobés; la penúltima también es interesante y, desde luego, más extraordinaria que la más reciente. Martorell, máxima figura de la novillería y matador de toros en un futuro próximo, no tiene apoderado, ni encuentra quien quiera hacerse cargo de sus asuntos en tanto no varíen las actuales circunstancias. El muchacho dió poderes el año pasado a un representante taurino. Este, en opinión del torero, no cumplió sus deberes satisfactoriamente, y ahora, cuando el lidiador pretende rescindir el compromiso, se encuentra con una cláusula del contrato que fija una vigencia del mismo de dos años. Hay muchos apoderados que están deseosos de hacerse cargo de la administración de los asuntos taurinos de Martorell, pero después de roto el compromiso con el antiguo. Pero éste no se aviene a un arreglo; quiere seguir representando al torero cordobés, y el resultado es que, en realidad, Martorell no tiene apoderado.*

** * * El novillero venezolano Eduardo Antich está en España, y ya ha firmado contratos con las Empresas de Madrid y Barcelona para hacer su presentación a principios de temporada.*

** * * Los empresarios de Madrid y Barcelona han dado a conocer sus proyectos. En Barcelona habrá muchas corridas de toros y muchas novilladas; en Madrid, más novilladas que corridas de toros. En la primera corrida con espadas de alternativa que se celebre en Madrid se correrán toros de Garci-Grande, y, por ahora, se da como seguro que toreará Mario Cabré, el catalán que el año pasado mató un toro recibiendo en el ruedo de la capital de España.*

** * * Si es cierto que Manuel González ha firmado el contrato condicionado que se ha dicho con los empresarios de Valencia, la fórmula empleada puede ser una buena solución para empresarios y toreros. Se asegura que el sevillano cobrará 200.000 pesetas por corrida en la que se vendan todas las localidades, y una cantidad que se fijará de antemano, con arreglo a un porcentaje, en aquellas funciones en las que no se vendan todos los boletos. Como decimos, esta fórmula puede ser una buena solución, siempre que los toreros se den cuenta de que, en la actualidad, no todos interesan tanto como Manuel González.*

** * * La O. T. E. S. A., organización de espectáculos taurinos, que cuenta con gran número de plazas y con la colaboración de Luis Miguel y Pepe "Dominguín", "Parrita", Manuel Navarro, Domingo Ortega, Manolo González y otros, acaba de contratar por veinticinco corridas a Paco Muñoz.*

** * * Con el contrato de Manuel Alvarez "Andaluz" para torear en Lima, parece que se han dado por terminadas las gestiones de los empresarios de aquella capital americana con toreros españoles. Se sabe que en la temporada de marzo actuarán en dicho ruedo el citado "Andaluz", "Rovira", "El Choni", Luis Mata y "El Diamante Negro" y que se está en negociaciones con Luis Procuna; pero se estima que en las combinaciones va a faltar el nombre de una primera figura española.*

** * * Juan Belmonte Campoy ha sido trasladado a Madrid, donde completará la curación de las graves lesiones que sufrió en un accidente de automóvil ocurrido cerca de Barcelona. Belmonte ha recibido en estos días el ofrecimiento de un contrato por veinte corridas, y aunque había decidido no volver a vestir el traje de luces, es posible que acepte.*

PARTIDA DE DOMINÓ

(CUENTO)

LA soledad en la vejez, ¿es conveniente? ¿Es agradable? Si los desengaños nos aíslan, la necesidad de ayuda y la propia flaqueza senil reclaman la presencia, la compañía de alguien. Doña Teodora había vivido sola muchos años, sola y dichosa; pero un sentimiento de terror la movió a pensar en la familia Ferreras, sus jóvenes amigos, y tomar en casa de éstos una habitación. El miedo a la soledad, que en sus últimos años tanto la espantara, disminuyó, aunque sin abandonarla. Y no dejaba de haber en ella un evidente presentimiento, por cuanto cuando D.ª Teodora Labiátegui decidió esta noche retirarse a descansar y se levantaba de la mesa, agradeciendo con su mejor sonrisa el obsequio de sus amigos, ¡qué lejos estaba ella y todos de pensar que a la simpática y bondadosa anciana quedábanle aproximadamente unos treinta minutos de vida!

Doña Teodora Labiátegui—setenta años, huesos y pergamino—manteníase ágil de cuerpo y de entendimiento. Era viuda, vivía de una pensión y, según el parecer de las gentes, guardaba considerables ahorros. Acomodada dos años ha en casa de unos amigos, ocupaba y pagaba una alcoba, vivía en libertad completa, hacía sus salidas, sus visitas, sus devociones y, dentro de la común independencia, doña Teodora era considerada como una más en la familia de Jacinto Ferreras. A la pequeña Nina, ahijada de doña Teodora, considerábanla todos como presunta heredera de la anciana.

Aquella noche invitáronla éstos a la mesa, en celebración de un ascenso de Jacinto. Un poco alegre a causa de un vasito de Valdepeñas, doña Teodora iba por el pasillo oscuro, camino de su cuarto. Seguíala hasta allí desde el comedor, riendo, Nina, su ahijada, y doña Teodora, en el umbral de la habitación, al tocar ya el picaporte, dió a la niña un beso y la empujó dulcemente.

—Anda, vuélvete, hija. Que te acueste tu mamá. Yo también me voy a dormir en seguida. Es ya muy tarde.

Serían aproximadamente las once. Oíanse las voces ruidosas de Jacinto, los chillidos de Finita—una cuñada asustadiza que gemía porque habían referido de sobremesa cuentos de miedo—y el carraspeo y gruñidos de doña Práxedes, la suegra de Jacinto, que tenía—como reliquia de su vejez—un sordo mosconeo colérico.

Refunfuñaba la suegra, no por suegra ni por su natural facilidad para comunicar su descontento—que era grande y de todo instante—, sino porque tenía demasiadas razones para desear que aquel brutote de su yerno cambiase de tema y se dejara de referir escenas de horror. Contaba el tal, con sus menores detalles, uno de los crímenes que en su juventud habían logrado resonancia. Complacíase en asustar a su cuñada Finita, sólo porque el vivo terror pintado en los enormes ojos anémicos producíale a él un cosquilleo de risa. Hombre de risa fácil, era Jacinto gordo, glotón, lento en moverse, campanudo en su verba, recio de cuello, sin escasear en él la papada de cerdo bien cebado ni faltarle, para el vivo retrato de Falstaff, una barriga de buen volumen reventando bajo el apretado pantalón.

Doña Teodora encendió la luz de su cuarto y se detuvo un punto para oír, a su pesar, la continuación del relato de Jacinto.

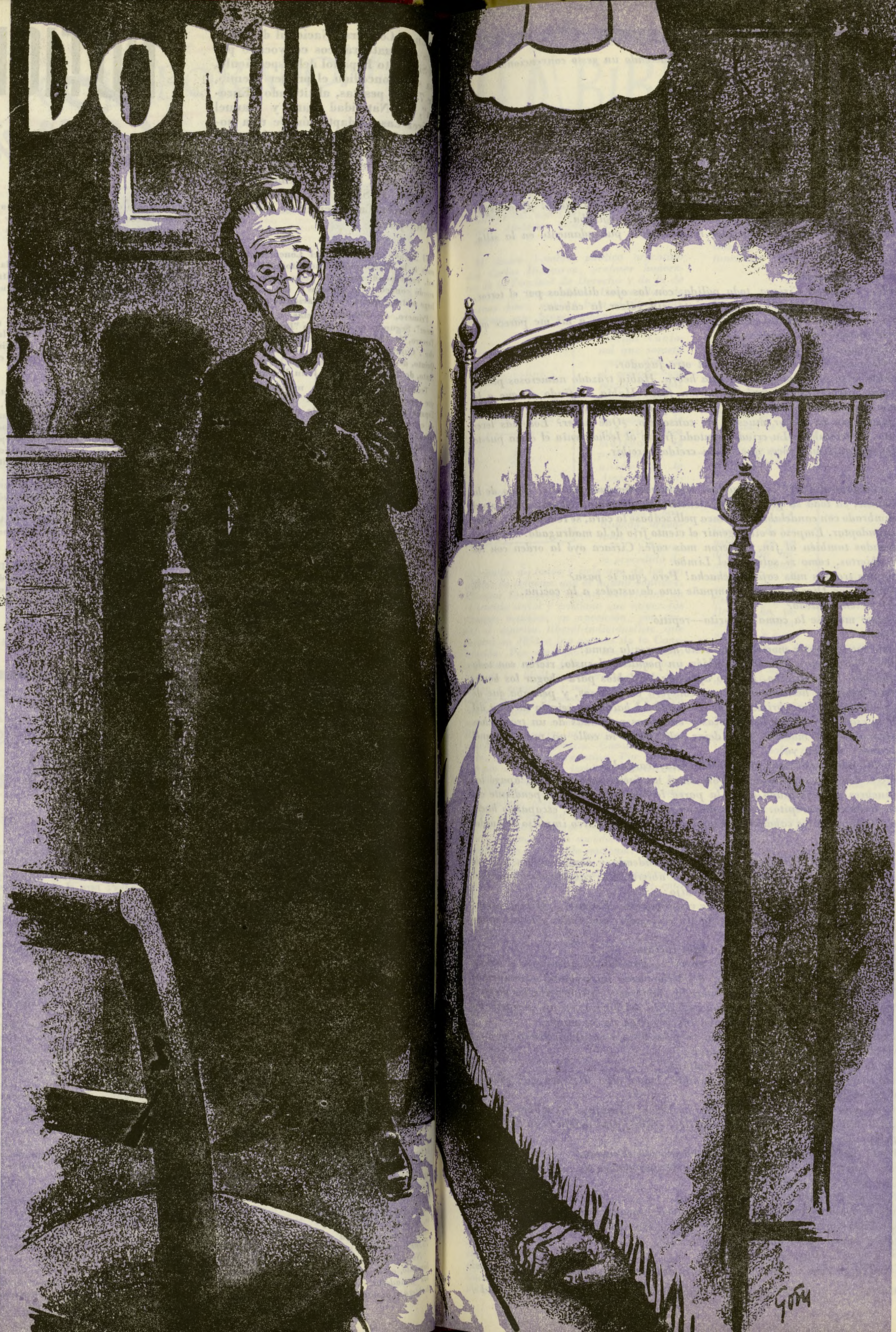
"El criminal, con toda cachaza—decía—, iba despedazando a su víctima. Ahora le rebana el cuello; después le hunde en el pecho su cuchillo..."

Unas imprecaciones, gritos y chillidos ahogaron las últimas palabras del narrador. Doña Teodora hizo una mueca de repugnancia y espanto, cerró un instante los ojos, como para rechazar visiones de pesadilla, y abrió el cajón de la cómoda, sacando de él una camisa y pañuelos. Era la noche de un sábado. Entornaba suavemente el balcón y pensó un momento cómo emplearía mejor la festividad del día siguiente. Proyectaba sobre el estrecho recinto de la alcoba una mirada distraída, de desagrado. La señora tenía sobre la mesilla un reloj despertador, recuerdo de sus tiempos de casada, y en la pared, junto a un cuadro de asunto religioso, el retrato de su difunto marido.

El dormitorio era pequeño y había en él demasiadas cosas. "¡Si me cedieran el cuarto del mirador!", decía entre dientes todas las noches, viéndose tan rodeada de cachivaches. Ella deseaba aquel cuarto del mirador porque era más alegre y además le permitiría poner en él media docena de sillas, un sofá, y podría recibir sus visitas en la intimidad solitaria de su propia sala, y no en el comedor de la casa, rodeada de las niñas indiscretas y de aquella insolente y gruñona suegra de Jacinto. Hacíase estas reflexiones doña Teodora e íbase desnudando despacio, cuando, de pronto, con indecible susto, advirtió que debajo de la cama, por uno de los extremos, había aparecido y desaparecido una manaza gruesa, sucia de roña, que se cerraba y retirábase bajo la colcha, como un monstruoso sapo negro.

Paralizada repentinamente la señora, dudaba de lo que no podía dudar, y reprimió un impulso de alzar la colcha y dar voces, porque decíale el instinto que el malhechor, viéndose descubierto, podía asesinarla y huir antes que la embromada familia del comedor acudiese. Unos segundos absorta e inmóvil la fueron serenando. Quería ella negar, engañarse, dar con algún arbitrio..., y para poner un poco de luz en su cerebro nublado del susto, se removió por el cuarto, entreabrió el balcón, volvió a cerrar, cambió de lugar unas sillas, todo sin retirar sus ojos del punto en donde había visto removerse la mano. Pero el hombre que estaba allí y habíase agazapado a prisa, tenía sin duda muy incómoda postura, porque no pudo evitar un ligerísimo y difícil cambio de todo su largo cuerpo tendido, cosa que la atenta anciana advirtió muy bien.

Aquella confirmación del descubrimiento la dejó aterrada, sin resolución para huir ni gritar. Pensaba ella que el escondido criminal, si notábase descubierto, saldría inmediatamente. De caer en sospecha el malhechor, no podía humanamente salvarse aquella anciana atribulada que habría de escapar—en la huída—por el mismo sitio donde adi-



vinábanse las garras poderosas, encogidas y prontas a tomar su presa. Veíase ya entregada inocentemente al sueño y sorprendida en él. Recuerdos de crímenes ruidosos se despertaban y golpeaban en su memoria. ¡Qué violentos deseos de gemir, de pedir socorro! Diversas y encontradas reacciones la gobernaban. A la sacudida dinámica seguía una estática quietud, y los pies, como pegados al suelo, parecían extremidades de piedra, sustentadoras de una estatua inerte, con el ignorado y frío aliento de la roca. En unos segundos se sucedieron tantas reacciones y emociones. La angustiada señora sintióse al fin iluminada de repentina inspiración, cobró ánimos, y simulando buscar algo entre los cachivaches de su cuarto, se puso a cantar y luego improvisó una charla arbitraria salpicada de risa, con un extraño monólogo disparatado que derivó hacia una catarata de chillidos, carcajadas, canciones sin concluir, todo como actriz eminente, con la intención de hacerse oír por los que en el comedor charlaban y reían también, pero ¡de cuán diferente modo!

En efecto, así sucedió. Como doña Teodora era discretísima, educadísima y callada como una sombra,, es de imaginar la sorpresa de la familia al oírla reír y cantar de aquella escandalosa manera. Y extrañábanlo tanto más cuanto que en la mesa no había perdido la compostura, ni era ella mujer en cuya voz se conocieran otros registros que un como bisbiseo de rezo que rimaba acorde con su pisar blandito y su modo de conducirse, en fin, lo mismo que tímido soplo de ánima impalpable.

—¡Dos botellas, sí, señores, dos botellas de coñac, dos de Jerez, dos de manzanilla para mí solita!—decía batiendo palmas como si enteramente hubiera perdido el juicio—. Sí, señor. ¿Hay quien lo niegue? ¡Valiente sinvergüenza! ¿Quién es el atrevido que lo niega? ¡Dos botellas, cuatro botellas, seis botellas!

El bigardo cuya era la manaza escondida ahogó un ligero carraspeo y sonrió en su molesto escondite. Pensaba que el estado particular en que se hallaba la anciana facilitaría mucho su obra, que él deseaba realizar sin violencia, sangre ni otros resortes dramáticos. Era novato en el difícil arte del robo, más difícil en aquella especialidad que él había escogido de violar las viviendas y apoderarse de lo que hallaba más a mano, porque precisaba una serenidad a toda prueba, una resolución casi heroica y los sentidos de agudeza suma para columbrar una sombra, oír una suave pisada y percibir y casi oler los menores peligros. Nada decimos de la agilidad para trepar de un balcón a otro y del último a la calle; tacto para manejar con éxito llaves-ganzúas; fuerza para levantar en silencio un pesado mueble, abrir armarios, arrancar ventanas y arrostrar, en suma, con alguna ventaja los numerosos e imprevistos peligros. Su falta de agudeza psicológica le escondía y borraba el conocimiento del resorte principal en que iba a poner la planta de sus éxitos, que no era otra cosa que el susto de las víctimas. Sin este interesante detalle, que le daba como lograda la mitad de la victoria en el hecho mismo de resolverse el robo, no hubiera él empezado con tanta fortuna su iniciada carrera, ni tantos desenvueltos ladrones pasearían libres y satisfechos como pasean y triunfan por las hermosas terrazas, restaurantes de lujo, teatros y cines.

El lejano pariente de Monipodio quisiera que su próxima víctima callara. No abrigó sospecha de que le hubiese descubierto, y no preveía por entonces peligro mayor. Días ha que había planeado el robo en este cuarto, cuya dueña—en opinión de la barriada entera—tenía sus ahorros y los guardaría en aquella ventruda cómoda. El audaz mozalbete, unos minutos antes—sólo unos minutos—había llegado hasta el cuarto y, a favor de la algazara que de fuera se oía, abrió con maestra llave la puerta principal, cerró con tiento y se fué como una bala a la habitación de doña Teodora, todo sin tiempo para nada práctico, porque precisamente en aquel instante mismo salía ya del comedor la señora. El atrevido mozo, oídos los pasos y las palabras despidiendo a la niña, se acogió al recurso de la cama, y no era la vez primera que este expediente lo salvaba y le ayudaba después muy bien con el favor del sueño.

—¡Sí, señores!—repetía como enloquecida histérica la espantada vieja, forzada a hacer de comedianta—. ¡Sí, señores! Yo solita, cuatro botellas. ¡Yo solita! ¿Hay quien beba más? Con mis setenta encima de las canas, Doña Teodora Labiátegui, ella solita...

Dejó sin concluir la frase, por impedírselo un extraño hipo que parecía un gemido.

Don Jacinto y familia, que oyeron la jarana, hasta no digerir la sorpresa no tuvieron resolución para lanzarse e irse aproximando. Iba toda la familia en cordón, pasillo adelante, pisando con cuidado para no quebrar el sainete con una imprudencia, y ahogaban la risa con no pocos apuros. Doña Teodora, por su parte, sacaba de su propio terror fuerzas para seguir unos minutos aquella tragicomedia, y cantaba, disparataba y reía en proporciones y tono que obligó ya a don Jacinto, el cual repiqueteó con los nudillos en la puerta.

—¿No han visto ustedes—dijo la anciana en una violentísima tensión de nervios—, no han visto ustedes nunca a doña Teodora borracha? ¡Pasen, pasen, señores! ¡Aquí se vende todo, se liquida todo, se regala todo! ¡Pasen, pasen, pasen...!

En aquel punto cogió un síncope a la infeliz y cayó sobre la cama. Jacinto y la familia, en el momento en que ya iban a franquear la puerta de la alcoba, se sorprendieron del silencio repentino, y quedáronse allí, mudos y expectantes. El silencio se prolongaba, y de suerte que toda la bullanga anterior parecía cosa de embuste o sueño, tal como estaba ahora el cuarto, callado, sin el más pequeño rumor. Pasaron así unos minutos, y como no chistaba, decidióse Jacinto a golpear suavemente y luego repetir el aviso y por fin abrió. Precipitáronse todos en la alcoba. Doña Teodora permanecía echada de través sobre el lecho, con los pies colgando. Asistiéronla con el aturdimiento y prisa consiguientes. Llegó un médico, enteróse del caso, auscultó y examinó detenidamente a la señora y dijo:

—No hay sino certificar la defunción, desgraciadamente.

Cundió la noticia, y se llenó la casa de vecinas. Amortajaron a la difunta, echáronla en su misma cama y quedaron velándola algunas personas.

Todas estas rapidísimas y sucesivas escenas de sainete y de drama había presenciado y no sin espanto desde su escondite el hombre que era causa de la inesperada catástrofe. No pequeña venía a resultar para él ahora, agazapado bajo la cama, en molestísima postura, incapacitado de removerse ni de huir, y con la bonita vecindad de un cadáver sobre sus espaldas, que parecía sostener en las mismas el peso liviano de la fallecida anciana. ¡Cuán diferentemente se desenlazaba la que él consideró sencillísima aventura! Ya hemos

contado que era un joven golfante, un conocido y acreditado gandul que vivía en un tabuco no lejos de allí y entendía por más dulce tarea la de apoderarse de lo ajeno que luchar unas horas con las herramientas del trabajo.

Instalada en el dormitorio la capilla ardiente, en las primeras horas todo era cotilleo de vecinas entrantes y salientes comentando la desgracia y lamentándose, sin que faltara el consabido elogio póstumo. Todo lo oía tendido panza abajo el espantado hermano de Rinconete. Desde la trampa en donde estaba como aprisionado, veía él entre los flecos de la colcha un divertido vals de piececitos. Una comadre recogió del suelo el polvo de la escoba. Alzóse entonces picante neblina que cosquilleaba en la garganta del hombre escondido.

Avanzaba la noche y fuéronse retirando las curiosas mujeres. De las últimas en salir fué la portera. Cien kilos de enranciadas mantecas recogidas bajo la piel rubicunda. Al levantarse gimió la silla en suspiros de alivio. Gruesos y amplios refajos esponjándose ensanchaban la enorme circunferencia. Un hipo asmático silabeaba la despedida.

—Si algo falta, don Jacinto, ya sabe que puede mandar. Como no soy necesaria, me retiro.

—Sí, sí; que estará usted rendida.

—Como que la noche pasada, con el trajín de la tienda, no he dormido.

—¡Ah, sí! El robo de la tienda. ¡Cuánta gente malvada hay por el mundo! ¿Se sabe ya quiénes han sido los ladrones?

—Se tenían sospechas de un tal Donato, y no han podido echarle el guante; pero luego parece que han sido unos pillastres que merodean por la estación.

El "tal Donato" era precisamente el desdichado aprendiz de ladrón, que todo lo oía desde su insospechada jaula de cuatro patas de la cama.

La asmática mujer añadió:

—Pero si ustedes conocerán a ese chico... Ha sido mozo de la carbonería cuando era un muchacho decente. ¿No recuerdan? Es un zagalón no mal parecido, muy sucio, que vive por este barrio, y está casado... o lo que sea, con una tal Juliana...

—¡Ah, sí, sí! También dicen que ella...

—Una golfa, señorita. Anoche la ví allá arriba, junto al solar, de palique con un pelafustán... En fin, ustedes perdonen estos chismes de vecindad. ¡Dichosa doña Teodora! Ella ya descansa.

Extinguíanse en la lejanía del pasillo las pisadas de la mujer. Retiráronse a descansar doña Práxedes, Finita y la esposa de Jacinto, quedando de velatorio éste, la criada Ciriaca y otro vecino que se ofreció a pasar la noche con ellos. Todo lo atendía el golfante, y estaba sufriendo el castigo de su culpa. La prolongada y violenta postura habíale provocado calambres en los pies y tobillos; pero esto, más el cansancio y hambres que le pellizcaban, ¿qué era comparado con aquella angustia de verse descubierto y preso como bien comprendía él que había de verse al fin? Quedaron, pues, de velatorio las tres, personas dichas, y a las primeras frases sueltas apareció el aburrimiento. Era una extraña fatiga ribeteada de un cierto terror. La noche había puesto en marcha sus telares, y tejía un fino silencio y unos ladridos dolientes que venían de la oscura y solitaria calle. Ecos espaciados, blandos, de pisadas trasnochadoras subían hasta la alcoba, y voces lejanas y lastimeras, portadoras del miedo, iban también cayendo pausadamente en el recinto.

No pudo ahogar Donato sino en parte un áspero carraspeo, y ello, en el silencio, removió de pronto a los tres callados personajes. Tan insólito era el hecho, que ninguno se atrevió a preguntar nada. Ciriaca dijo, al cabo de un momento:

—¿No han oído los señores? Parecía mesmamente debajo de la cama.

Jacinto miró a la criada como si pretendiese descubrir en ella signos de enajenación mental, y rió, que era en él lo más fácil. El otro visitante, que también había oído, recordó el caso de cierto amigo a quien habían dado por muerto, el cual estuvo cuatro horas amortajado, con un ataque de catalepsia. Miraban ahora los tres, desde sus asientos y con interés muy acusado, el cuerpo menudo e inmóvil de la difunta.

Toda la luz del cuarto—la luz de la bombilla eléctrica y de las cuatro antorchas—enviaba sus rayos al rostro blanco y frío de la yacente y dormida anciana. Y el rostro apacible parecía recoger aquellos hilos de luz y enviárselos a los tres callados personajes que se habían sentado heroicamente en derredor de su lecho. Jacinto tuvo una idea genial.

—¿Le parece a usted que echemos una partidita al dominó? Ello creo que no es irreverencia ni falta de respeto a la majestad de la muerte. ¡Como es tan larga la noche...!

Acogió el otro señor con júbilo la idea.

—Tiene usted razón. Ya que hemos de velar, entretengámonos en algo. ¿No tiene familia?—dijo el amigo de Jacinto.

—No, señor.

—¡Caramba con doña Teodora! ¿Y dice usted que cantaba y reía?

—Una fiesta de teatro, señor mío—replicó Jacinto—. Parecía enteramente loca, y no digo borracha, porque lo considero imposible, ya que no había bebido apenas. ¡Qué modo de reír y decir disparates! Cuidado que era ella discreta y de educación esmerada, pero ¡ya, ya! Cuando la hallamos sobre la cama, me lo expliqué todo. Sólo para morirse podía decir y hacer lo que hizo esta pobre señora.

—¿Y qué ha dicho el médico?

—El corazón...

—¡Ah, el corazón!—replicó el amigo, poniéndose instintivamente la mano en el pecho.

—Comprenderá usted—dijo Jacinto—que eso son pamplinas. El corazón; pero ¿por qué? Un rato antes se hallaba muy bien y, de pronto, el corazón...

—Un recurso que los médicos tienen para salir de apuros.

—¡Ni más ni menos!

Colocaron una mesita y sentáronse de espaldas a la difunta. Ciriaca les sirvió café. Luego empezó a ver en las paredes una grotesca danza de muñequitos fantásticos. Ella observaba a los bailarines y quería tener allí mismo bien quietecitas sus miradas, pero contra su voluntad volvíanse en dirección al blanco rostro de doña Teodora.

—Yo creo que esta inocente distracción no es... ¿Qué le parece a usted?

—¡Seis doble!—exclamaba el otro jugador haciendo un gesto convencional.

—¡Seis cinco!

—¡A cincos!

Rebotaban las fichas con el alegre chasquido de las mejores tardes del Círculo. Ciriaca había dejado de contemplar la imaginaria escena proyectada en la pared, y sentíase envuelta y aprisionada en una madeja de sueño, una madejita de hilos finísimos que iban ligando sus brazos y abatiendo la cabeza hasta que se doblaba sobre el pecho. A veces daba un respingo repentino y aleteaba los párpados con extraña zozobra. Parecíale que la cama se había movido un poco. ¿Era ello posible? ¡Qué cosas hacen el miedo y la noche en las mejores horas del sueño! ¡Qué disparates imaginaba ella ver! "¿Será que tengo miedo?", pensaba.

—¡Tres cuatro!—murmuró Jacinto, removiéndose pausadamente en la silla, que gemía bajo su peso.

—¡Cuatro doble!

—No vale distraerse.

—¡Ay!—exclamaba Ciriaca, toda pálida, con los ojos dilatados por el terror.

—¿Sueña usted, Ciriaca?—decía Jacinto, sin volver la cabeza.

—No sé si sueño, señorito. Ustedes tan entretenidos, y a mí me parece que hay alguien debajo de la cama.

—Será el gato. ¡Blanca doble!

—¡A blancas!—voceaba sin respeto el otro jugador.

A Donato se le podía ahogar con una hebra. Había trazado numerosos planes para escapar, pero ninguno tenía ejecución fácil. Había confiado en que a la madrugada empezarían a dormirse los señores; pero estaban ya éstos en la partida número quince sin la menor muestra de cansancio. ¿Qué hacer? Los más leves movimientos lo delataban. La criada, sentada frente al lecho, tenía el alma puesta en aquellos extrañísimos roces que había creído percibir.

Un reloj lejano dió tres campanadas. Hacía mucho que cesara el ruido de la calle. La noche, en toda su plenitud de silencio y de presagios, pesaba sobre aquel recinto alumbrado con candelabros. Ciriaca pellizcábase la cara, se removía, sin saber qué postura adoptar. Empezó a oírse gemir el viento frío de la madrugada. Los jugadores, cansados también al fin, pidieron más café. Ciriaca oyó la orden con los ojos muy abiertos, como si saliera del Limbo.

—¡Que nos traigas más café, muchacha! Pero ¿qué te pasa?

—Señorito, por Dios; que me acompañe uno de ustedes a la cocina.

—¡Ah! ¿Tienes miedo?

—He visto moverse la cama, señorito—repitió.

—¡Visiones!

—¡Como me tengo que morir que he visto moverse la cama!

Los dos señores, para espantar también un poquitín el susto, rieron con todo el ruido posible. Bajo el lecho, Donato apretaba los labios para ahogar los bostezos. Parecía habérsele hecho la boca una conejera de bostezos, y pensaba que de un momento a otro lo descubrirían. Por el cristal del balcón se veía la lucecita del farolón de la esquina y oíanse las limpias y enérgicas palmadas de un trasnochador. Jacinto abrió las maderas para dejar salir hacia la calle un poco de aquel miedo que todos sentían ya.

—¿No les parece que está la atmósfera muy cargada?

Entonces, como en auxilio del ladrón, entró un fuerte soplo de aire, apagó las hachas fúnebres y, empujando hacia la pared la bombilla eléctrica pendiente del techo, la estrelló con estrépito. Ciriaca dió un agudísimo chillido, escapando hacia la cocina. Siguiéronla los caballeros. Fué un cómico e irreflexivo impulso de huída.

Cuando regresaron e hicieron luz, apareció ladeada y cambiada un poco de lugar la cama. El balcón estaba de par en par abierto. Los caballeros se miraron, interrogándose con visible terror. Ciriaca dijo:

—¿Ven ustedes? ¿Tenía yo razón? He visto moverse el somier. ¡Miren, miren!

Los señores seguían observándolo todo sin responder, agarrados con una mano a la duda y con la otra al terror.

—¿Qué piensa usted de todo esto?—dijo Jacinto.

Hay preguntas que se formulan para no ser contestadas. Ciriaca cerró el balcón y los caballeros sentáronse en derredor del lecho como un tribunal examinador. La criada, detrás, se echaba el mantón sobre los hombros y castañeteaba los dientes.

Y abajo, en el número tantos de una callejuela del barrio, en un cuchitril, un hombre hambriento y rendido aguantaba las injurias de su mujer.

—¡Borracho y ladrón! Te vas a ver en presidio... o en algún trance peor.

—¿No tienes nada que comer, Juliana?

—¡Con lo que tú me das, borracho, golfante!

—Mira, Juliana, que me caigo de hambre. Dame algo si tienes, que mañana vuelvo al trabajo.

—¡Sí, mi amo y señor! ¡A trabajar se ha dicho! ¡Jajajay! ¡A trabajar!

—Sí, Juliana; pero tú vas a dejar esos líos, ¿sabes? Que te han visto de palique con un pelafustán.

—¿A mí? ¿Y quién es la cotilla que te ha ido con el cuento?

—No es una cotilla. Lo he oído en casa de una señora de respeto, ¡de mucho respeto!, por quien voy a dejar esta vida.

—¿Y no puede saberse el nombre?

—Puede saberse. ¿No conoces a doña Teodora, esa ancianita limpia, la del 14?

—¿Sí? Pues ya le preguntaré yo mañana a esa señora...

—Bueno, bueno; pero ahora déjame dormir.

—Yo la veré... ¡Pues vaya con la...!

—¡Eh! Ten respeto... Cállate la boca. ¡A dormir, que es más de media noche!

ROBERTO MOLINA (DIBUJOS DE GOÑI)

BIBLIOGRAFIA

En estas páginas serán comentados aquellos libros, recientemente impresos, que ofrezcan una estimable aportación a la cultura hispánica y también aquellos otros, de cualquier procedencia, que entrañen un claro valor universal, siempre que —en cualquier caso— nos sean remitidos dos ejemplares.

LA REFORMA CONSTITUCIONAL ARGENTINA, por Carlos Ibarguren.—Valerio Abeledo. Editor.—Buenos Aires, 1948.

El ilustre hombre público argentino don Carlos Ibarguren, profesor honorario de la Facultad de Derecho y de la de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, publica bajo el título que encabeza este breve comentario un proyecto de Constitución Nacional que somete —como dice en el prólogo— «al juicio de mis compatriotas y de los hombres de gobierno de mi país», con motivo de la próxima reunión de la Asamblea Constituyente que ha de reformar la actual Constitución argentina.

El proyecto va precedido de un estudio de todos y cada uno de los capítulos de reforma que el mismo contiene. El señor Ibarguren orienta su reforma en el sentido social y cristiano que exigen los tiempos actuales, en oposición, por tanto, al espíritu liberal-individualista que inspiró en 1853 a los autores de la Constitución. Por otra parte, abandona todo mimetismo servil, falla fundamental también de los ideólogos liberales que se pusieron a copiar, y a mal copiar, la Constitución de los Estados Unidos. Ibarguren comienza por declarar: «Este trabajo no está basado en conceptos inspirados en libros o en teorías ni tampoco en Constituciones extranjeras.» Consulta, ante todo, la realidad argentina. Por eso, al margen de lirismos jurídicos inconsistentes, busca consolidar la autoridad del Poder Ejecutivo, ampliando sus atribuciones y el período presidencial (de seis a ocho años); establece un Senado en que a la representación federal por provincias se une la de las fuerzas sociales, económicas y culturales de la vida nacional, según la organización profesional de las mismas; crea una Justicia electoral independiente; dedica los capítulos III y VI a las entidades sociales, económicas y culturales y a las disposiciones sobre derechos y funciones sociales; establece también diversos adelantos técnicos y jurídicos en mecanismos constitucionales ya anacrónicos, como el régimen de elección indirecta, que es sustituído por el más lógico y simple de elección popular directa, etc.

No podemos hacer aquí una crítica de este proyecto de Constitución. Sólo podemos apuntar que lo encontramos plausible en su espíritu y en sus líneas generales y que no dudamos que será tomado muy en cuenta por las Constituyentes argentinas, no sólo por venir de la conocida personalidad que lo suscribe, sino por su valor intrínseco.

Quisiéramos, sí, decir, colocados en el plano de una política hispánica trascendente de lo estrictamente nacional, que echamos de menos en este proyecto el testimonio de esa trascendencia que atañe esencialmente al porvenir y al destino de la Argentina como a los de todas y cada una de las naciones hispánicas. En la carta fundamental de toda nación hispánica debe constar, en alguna forma, esa proyección de su esencia nacional hacia lo universal, esa comunidad hispánica de espíritu, de sangre, de cultura y, por lo mismo, de historia y de política, que es elemento constituyente de su nacionalidad y que debe informar todas las instituciones y manifestaciones de su vida política.

Es de esperar que la Asamblea Constituyente argentina, inspirada en la política hispánica del Presidente Perón, no olvide dejar constancia en la nueva Constitución de esa trascendente y esencial función y misión de Hispanidad.

☆ ☆ ☆

EL FIN DE LA ESPERANZA. Novela, por Rafael Bernal.—Editorial Calpulli. México, 1948.

En menos de doscientas páginas ha encerrado Rafael Bernal el más fuerte y completo alegato sobre la política de su patria. Porque esta novela es fundamentalmente un relato hondo y real de los problemas vitales del campesino mexicano, mejor dicho, del proble*ma vital, es decir, del problema de su vida, de su existencia humana y social. Más que una novela, en el más puro y estricto sentido literario de la palabra, es un documento humano, irrebatible como tal en el orden político. Rafael Bernal ha inventado, ciertamente, unos personajes, en cuanto a nombres, en cuanto a situación y relación sentimental de unos con otros. Lo que no ha inventado ni querido inventar es su humanidad mexicana y campesina ni el medio social y político en que se mueven. Aquella excusa que leemos en todas las películas: «Los personajes que aparecen en esta película son enteramente imaginarios. Cualquier parecido con personales reales y vivientes es una mera coincidencia», no cabe, desde luego, en esta novela. Aquí el parecido con personas reales y vivientes es precisamente lo que se busca. Muchas personas reales y vivientes son las encarnadas en Domitila, en Hipólito, en Juana, en Macario, en Dominga. La tragedia de estos personajes responde a la tragedia real y viviente del campesino mexicano, es su tragedia misma, expuesta desnudamente, sin disfraces, sin exageraciones ni atenuantes.*

A través de la lectura de la novela uno se da cuenta de que el autor no hace ningún esfuerzo literario para lograr el clima trágico. El relato es flúido y directo, sin alardes estilísticos. Tampoco la tierra entra aquí en plan de protagonista, como en tantas novelas hispanoamericanas. Su presencia se acusa en forma más vital, a través del hombre, no en forma descriptiva y paisajista ni como fuerza psíquica misteriosa. Está allí como asiento y como sustento natural del hombre campesino, clave, por tanto, de su vida humana. Pero es esta humanidad el argumento de la novela. Su situación y su problema es lo que el novelista plantea y no lo resuelve. El problema queda en pie en toda su tremenda y cruel absurdidad, porque es un problema que no se resuelve en una novela, porque no es el problema de Hipólito el que se plantea, sino el problema del campesino mexicano. Y este problema lo que exige es una solución política. La novela de Bernal es, pues, ante todo, una novela intencionalmente política. Y a pesar del título tremendamente pesimista, «El fin de la esperanza», la intención política del autor supone en el joven lector mexicano e hispanoamericano una capacidad de reacción, en la cual reside la esperanza que explica y justifica la novela.

☆ ☆ ☆

«EL» NIÑO. — CRIANZA Y EDUCACION», por RAFAELA JIMENEZ QUESADA. Prólogo del DOCTOR MARAÑON.—Editorial Juventud. Provenza, 101, Barcelona.

Este libro, publicado recientemente, ha merecido una excepcional acogida y crítica favorable de prensa y público. Ello no nos sorprende, ya que hemos leído el libro, y en justicia podemos decir que es una obra perfecta para la orientación sobre la crianza y educación de los hijos.

La autora, competente y llena de ternura femenina, ha logrado hacer un manual amenísimo en el que todos los que tratan directamente con el niño pueden aprender de él lecciones de auténtica puericultura y lecciones de verdadero amor.

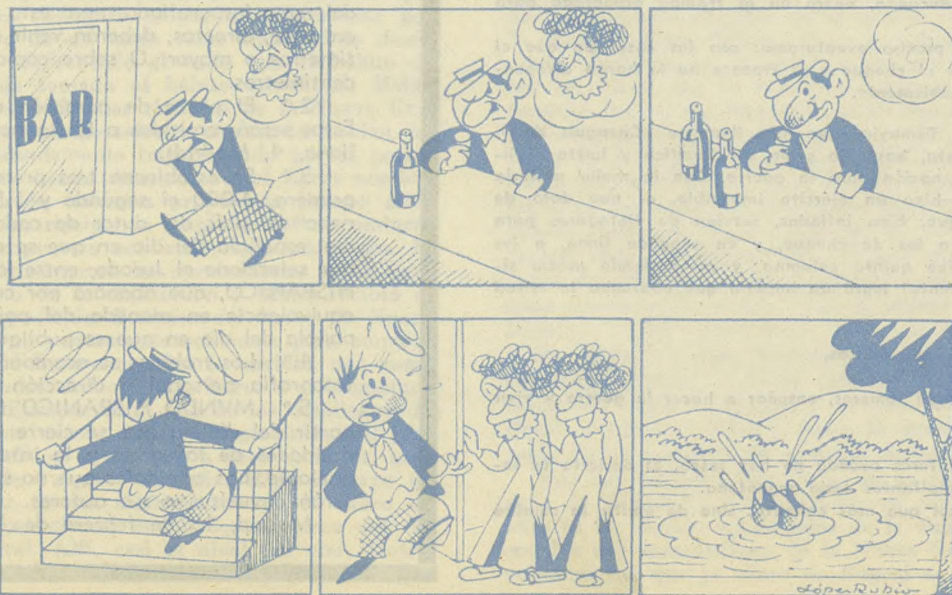
Nos parece oportunísimo este libro, ya que en general la mujer suele ir al matrimonio sin la menor idea de lo que tal vez muy pronto ha de resolver en su función de madre. Para mejor hacer nosotros la crítica de este libro, científico y práctico a la vez, nos acogemos a la opinión del ilustre doctor Marañón, reflejada en su magnífico prólogo, del que tomamos las siguientes líneas: «...me alegra que una mujer joven, inteligente, al tanto de la cultura nueva y de los modos contemporáneos, una mujer capaz de escribir este libro tan difícil, en el que una madre cualquiera podrá aprender, en palabras sencillas y exactas, todo lo que necesita para no necesitar apenas del médico, lo cual es una meta de la humana felicidad y una garantía de salud de los hijos; me alegra digo, que esta mujer tan de su tiempo no exhiba, como la mayoría de los espíritus que quieren pasar por modernos, una modernidad artificiosa de flores de cesta, vistosas, pero llamadas indefectiblemente a marchitarse en unas horas; sino la limpia y sencilla actualidad de la flor clavada en el suelo, en el suelo suyo, y por lo tanto imperecedera.»

En efecto: Rafaela Jiménez Quesada ha logrado decir, con claro decoro literario y exquisita sencillez, todo cuanto hace falta para atender a la salud física y psíquica del niño y garantizar su educación.

España, cómo no, tiene aún mujeres de arraigados sentimientos clásicos, que pueden elevar su voz para marcar el camino de las desorientadas jóvenes sensibles a la frivolidad moderna. De la calidad de este libro deben surgir otros, y de todos ellos, un mañana mejor para la infancia española.

EL HOMBRE QUE BEBIA PARA OLVIDAR QUE SU SUEGRA VIVIA CON EL

POR A. LOPEZ-RUBIO



DALÍ, EN EL MUSEO DEL PRADO

(VIENE DE LA PAGINA 38.)

educa los ojos, que no tienen más remedio que seguirle en sus «inventos».

—No lo aprendió de nadie, claro.

—No sólo no lo aprendió, sino que las fórmulas de los demás le chocaban. Piense en el constructivismo de los primeros italianos. Cuando estuvo allí Velázquez, como comprador de nuestro monarca, le enseñaron toda la obra de Sanzio. «Non mi piace niente», dijo.

A instancias mías, pormenoriza Dalí sobre varios detalles de *Las hilanderas*. Siempre pasó un poco de largo ante ese cuadro, que uno personalmente adora, a pesar de lo «desteñido» que está. Coincidimos en nuestra subvaloración de *La fragua de Vulcano*.

—Lo mejor de este lienzo, lo único notable, es que se nota que acaban de abandonar la tarea; un algo logradísimo de actitud.

Dalí defiende el acartonamiento de la montura del príncipe Baltasar Carlos:

—Está hecho adrede. Velázquez quiso dejar muerta esa parte, pero con la voluntad hiperbórea de estatua ecuestre. Es de sus cuadros más graciosos.

Ante *La rendición de Breda* enumeramos algunas equivocaciones.

—Existe una distribución falsa, una estrechez de espacio fastidiosísima entre Spínola y el caballo del primer término. Notad con qué picardía ha metido ahí un bastoncillo, deslinde de término. Y cómo destaca, en un recuadro abierto, la llave de la ciudad.

Cuadro por cuadro, discútense mil cosas en esta sala. Pero donde mi interlocutor pierde el *tono* es en la contigua. *Las meninas* provocan en él comentario de la ingenuidad más trascendente. Siempre razonables, siempre de buena fe. Pocos supondrán lo sensible que resulta Dalí para lo clásico, que antisnob y «buen público» es...

DE GOYA A LA ESCUELA ITALIANA

Goya no le gusta. Esperanzado, después de hora y pico de conversación y tantas coincidencias de enfoque, le empujo concretamente hacia sus tres o cuatro ejemplos fundamentales como óleo: el retrato de Manuel Silvela, uno de los dos del suegro Bayeu..., sin olvidar determinados personajes por *La familia de Carlos IV*...

—No, no, amigo Ros. Posee, en bueno, todo lo de la pintura inglesa, que es tan mala...

Aprecia más *La maja desnuda*. Explícale a Gala un buen rato.

Con los italianos volvemos a estar conformes. Por último, me informa minuciosamente de buena parte de lo que ignoro, cara a Rafael.

—Este dice, por *Retrato de cardenal desconocido*—es el mejor retrato eclesiástico que se pintó jamás... En cuanto a ese milagro—la *Sagrada Familia del Cordero*—, tiene tanta categoría como *Las lanzas*, y es incomprensible que a quien lo pintó hayan intentado ni discutirlo alguna vez... ¡Monstruos!

Se ha hecho tarde, y Dalí va en busca de su junquillo. Al salir, vuélvese como la mujer de Loth, aunque sin tan penosas consecuencias:

—¿No le parece que es el mejor museo del mundo?

F E L I X R O S

LA TROCHA O EL CAMINO

(VIENE DE LA PAGINA 6)

cuarenta, «tenía delante una carrera de combates y de conquistas que Carlos XII había empezado a los dieciséis años. Alejandro hacia los veinte y Federico II y Napoleón I a los veintiséis». Y en estas condiciones, le urgía deshacerse de los grandes colaboradores que había heredado de Hindenburg.

. . . .

No es fácil poner en claro si los hechos facilitaron su deseo o si las acusaciones contra Fritsch y contra Blomberg fueron ficticias. Nadie sabrá nunca si el primero había incurrido en la falta de homosexualidad que le imputaron, ni la esposa del segundo había sido o no había sido prostituta; mas cierto es que uno y otro pagaron duramente su respectiva culpa, y que Hitler aprovechó la ocasión para constituirse en comandante de las Fuerzas Militares.

De resultas, Brauchitsch fué nombrado ministro del Ejército. Pero aún era preciso destituir a Beck, que desempeñaba la jefatura del Estado Mayor de los Ejército de Tierra desde que Hitler llegó al poder.

La ocasión se presentó inmediatamente.

En junio de 1938 hubo una escena violentísima entre los generales Brauchitsch y Beck, por una parte, y el Führer por la otra. Aquellos se obstinaban en no precipitar la ocupación de Checoslovaquia, y éste, en cambio, se negaba a escuchar todo consejo de prudencia. Al fin, los generales se resignaron—obedecieron—; pero Beck repuso, «a posteriori», con un informe secreto que originó otra discusión — «acaso la más dura que haya habido» (ha dicho alguno al tribunal de Nuremberg)—, en consecuencia de la cual Adolfo Hitler «aceptó» la dimisión de aquel ilustre jefe, que fué inmediatamente reemplazado por Halder.

Y así cayeron los primeros generales hitlerianos.

El aislamiento de Hitler lo hizo fuerte. «No tenía un consejero; no tenía un amigo; no tenía siquiera un confidente. No existía en su ambiente la eminencia gris que se ha buscado con tanto afán. Ni un Richelieu, ni un Sully, ni siquiera un Talleyrand o un Fouché». Más aún: Hitler estuvo siempre en la penumbra; no toleró que se escribiera sobre su vida, ni que nadie comentara sus discursos, ni contara cosas concernientes a los años anteriores a su lucha, cuesta arriba, hacia el Poder. «Lo único existente para llegar a conocerlo está publicado en su célebre «Mein Kampf», o sea, el «Hitler visto por sí mismo».

Cada instante de su vida se hallaba dedicado a la política y a los proyectos que forjaba. Para las grandes operaciones «daba directivas generales, y cuando recibía propuestas detalladas de sus diversos e inmediatos subordinados, las coordinaba y las convertía en un solo plan, que comentaba o explicaba entre los futuros ejecutantes». Al parecer, improvisaba; y, sin embargo, aquellas directivas —sus concepciones estratégicas— estaban siempre basadas en la historia de la guerra y en los principios militares.

Ante Francia prevaleció su idea. En Nuremberg, los testigos de la Wehrmacht reconocieron que la maniobra de Sedán fué concebida —e impuesta— por el Führer. Keitel y Jodl querían, sin duda, atacar «en fuerza» el ala izquierda del contrario, para dar su gran batalla en la llanura belga; pero Hitler cerró la discusión diciéndoles: «Habéis calzado las botas del viejo Schlieffen», y les despidió, rogándoles que meditaran. Brauchitsch llegó incluso a pretender que nunca se podría llegar a dominar los fuertes de la línea Maginot. Redactó, al efecto, una memoria interminable; pero Hitler le arrancó los documentos de la mano, los rompió en pedazos y lo echó de su despacho.

Frente a Rusia, las protestas fueron tibias. Pero en pleno frío de 1941, con las armas congeladas y los motores inservibles, las discusiones reempezaron. Brauchitsch hizo cuanto pudo para esperar un poco. Guderian —el jefe de los carros— le presionaba. Es más, cuando este último general se convenció de que era inútil su labor, acudió en persona: «Volé hacia Prusia Oriental —ha dicho en Nuremberg— bajo una temperatura insoportable. Llegué el 20 de diciembre. Tuve tres entrevistas con el Führer, que duraron cinco horas en total. Le describí el estado en que las tropas se encontraban, frente a Moscú, y traté de hacerle comprender que era imposible que rindieran el esfuerzo solicitado. Le advertí que caminábamos hacia un desastre, no por causa de los rusos, sino del frío. Le dije que era preciso suspender toda ofensiva, evacuar lo conquistado, poner las tropas a cubierto y convertir los carros en castillos. Le afirmé que ese era el modo de salvar todo el ejército, y le prometí que en primavera llegaríamos a Moscú».

«Pero Hitler se negó a aceptar lo que le dije. Me echó en cara que era igual a tantos otros generales; que me preocupaba demasiado de mis soldados y de mis carros. Habló de otras cuestiones. Dejó estallar su resentimiento contra Brauchitsch. E insistió en que la ofensiva no cesara; quería Moscú, y la lograría.» o

El almirante Raeder perdió su puesto y su prestigio como consecuencia de sus perennes objeciones contra la expedición de Rusia. Por lo mismo, Brauchitsch fué relevado antes de fin del año 41, y siguiendo igual proceso, lo fué Guderian, que hasta esa fecha había sido amigo y admirador de Hitler.

Más tarde, en la primavera del año 43, todo el mundo sabía que Paulus había venido varias veces a Berlín para convencer al Führer de que era inútil esforzarse contra la ciudad de Stalingrado, y que el citado mariscal había tenido que renunciar a su deseo.

Y creo que no hacen falta más ejemplos. Cartier, sin duda, tiene razón cuando dice que el «complot» que fracasó el 20 de julio (1944), es el «acto de defensa y de venganza de una clase humillada y pisoteada por su jefe».

Von Rundstedt es el único general a quien el Führer no maltrata, a pesar de su ofensiva fracasada en los «Ardennes» (1944). Lo considera viejo, y lo desprecia. Le da una cruz de hierro, y al imponérsela le dice: «¡A descansar!»

¿Qué significa eso? Pues, simplemente, que el insigne mariscal había alcanzado su meta. Y este es, precisamente, el peligro de la vida paso a paso, o el inconveniente de abusar de lo expedito y de no arriesgarse a tiempo en la maraña.

La vida paso a paso es obligada cuando cada cual se atiene a lo dispuesto y no se sale de las normas señaladas por su jefe, por su patria o por su idea. Nadie se imagina a Nimitz, comandante de la flota en el Pacífico; a Mac Arthur, general de los aliados en ese mar, o a Spaatz, jefe del Aire, desobedeciendo a Marshall, Arnold, King y Leahy, que juntos fueron miembros del Estado Mayor Unido de los Estados Unidos americanos; como tampoco se concibe, pensando, ahora, en 1939-45, que Isodoku Yamamoto, almirante de la flota japonesa, o el conde Terauchi, general en jefe de las fuerzas de Indochina, se apartaran lo más mínimo de las normas señaladas por su augusto Emperador. La trocha a medias no es admisible. La algaida a contratiempo es impenetrable. Si se busca, es necesario pelear. El que se aventura en los zarzales o en la braña sin proveerse previamente de una indumentaria adecuada, caerá en la trampa preparada para el tieso que se sale del camino en mal momento.

Y, sin embargo, hay casos en los cuales es preciso aventurarse: son los casos en que el hombre está seguro de sí mismo; los casos en que el choque o el fracaso no le harán arrepentirse; los casos impunibles, o en que se muere noblemente.

Desde su palacio de arena negra, el monarca Temuyin—que hizo llamarse «Chenguis Kan», o «soberano poderoso»—avanzó, en son de conquista, hasta la orilla del Pacífico y hasta el límite de Europa. Fué el primero en organizar una nación para la guerra. Con la mejor materia prima del continente asiático—el jinete tártaro—hizo un ejército imbatible, al que dotó de cuerdas para el arco y de bolsas muy ligeras que, bien infladas, servían de flotadores para cruzar los grandes ríos. En vanguardia colocaba a los de choque, y en segunda línea, a los arqueros a caballo. Se valió de propaganda; utilizó quinta columna, y combatiendo medio siglo (desde los dieciséis años de edad hasta los setenta) logró un imperio que abarcaba la mitad del mundo conocido hacia el final del siglo XII.

Y de ese modo, ¿siguió nuestro consejo?

Al contrario, dió unas zancadas formidables e innecesarias.

¿Y qué logro?

Legar un nombre muy glorioso; llenar la tierra de temores, enseñar a hacer la guerra y vivir intensamente.

¿Fué necesaria, en fin, su gran labor?

Nadie lo duda. La arena de la playa pierde interés cuando no hay lasca. El desierto es intolerable sin palmeras. La Historia sin historias palpitantes sería monótona.

Hay que luchar. No es cuestión de estar al sol que más calienta, sino de emitir la sombra necesaria para que muchos vengan a cobijarse.

Chenguis Kan no estaba loco.

Está loco el mundo.

AVIACION A REACCION

(VIENE DE LA PAGINA 16.)

tual material en proyecto o en construcción, con velocidades del orden de 700 kilómetros hora los de turbo-propulsión y de 800 a 900 los de turbo-reacción, ambos con autonomía suficiente, ya que el consumo específico de los nuevos reactores va camino de entrar en lo aceptable. (A título de información, diremos que las cifras actuales son: de 200 a 250 gramos por caballo-hora para el motor de explosión, de 320 gramos por caballo-hora los reactores con hélice o turbo-propulsores y de 1.000 gramos-hora por kilogramo de empuje los turbo-reactores puros. Estos proporcionan una fuerza de empuje o tracción constante, que se mide en kilogramos, y cuyo producto por la velocidad es la potencia del motor, que, por lo tanto, aumenta con la velocidad misma.)

Entre estos futuros aparatos veremos muy probablemente los llamados «ala volante» (sin fuselaje ni cola), en los que el pasaje divisará el panorama por amplios ventanales situados delante, en el suelo y en el techo, en lugar de verlo, como ahora, a los lados, casi siempre obstruída la visión por el ala del aparato. Y en cuanto a los aviones de tipo normal, con fuselaje, llevarán las alas en pronunciada forma de flecha para mejorar su penetración aerodinámica.

Los aviones de velocidad supersónica están aún más lejos de nosotros. Acaso los veamos para 1960-65.

HORARIOS. — Tomando como tipo el recorrido Madrid-Buenos Aires, podemos aceptar para 1950 el servicio con aviones de transición, a turbo-propulsor, con crucero de 600 Km./h. y diecisiete horas de vuelo, es decir, la mitad que en la actualidad. Saldremos de Europa al anochecer y veremos las aguas del Plata a la mañana siguiente, como vamos hoy por ferrocarril de Madrid a La Coruña o a Cádiz.

Para los primeros aviones puros a reacción, el mismo trayecto se cubrirá en unas doce horas, como el viaje terrestre de Madrid a Bilbao o a Lisboa.

Y cuando se venza la barrera del sonido y se vuele a 1.200-1.500 Km./h. en alas volantes, con estato-reactores, iremos a La Habana en cinco horas y media, a Méjico en seis y media, en siete a Buenos Aires y en ocho a Santiago de Chile. Jornada diurna, como la actual de Madrid a León, Burgos o Zaragoza sobre carriles.

¿Cuál será la mentalidad de esas gentes pasajeras de las alas ultrarrápidas? ¿Cuál su actividad multiplicada, su potencialidad económica?... Mucho se podría escribir sobre ello, pero ya se va haciendo tarde.

Una cosa hemos de apuntar, sin embargo. Habrá que tener muy en cuenta las diferencias de hora local. En efecto:

En la etapa inmediata no habrá dificultad, sobre todo en los viajes de Este a Oeste. Por ejemplo: Saldremos de Madrid a las nueve de la mañana y llegaremos a Méjico al cabo de doce horas, a las veintiuna de España, o sea a las catorce treinta de Méjico. Hemos comido a bordo, y llegamos con ganas de cenar y dormir, pero habremos de aguardar aún varias horas para poder hacerlo sin llamar la atención.

Si el viaje es nocturno, la cosa se agrava algo. Salgamos de Europa a las veinte horas, y estaremos en Méjico a las ocho de la mañana siguiente (G. M. T.), pero a la una treinta de la madrugada, hora local. Hemos podido dormir doce horas a bordo; pero al llegar, aunque no lo deseemos, habremos de volver al lecho por otras varias horas hasta que amanezca. Podremos regresar de noche, saliendo de Méjico a las veintiuna horas, y llegando a Madrid a las nueve de la siguiente mañana en Méjico, pero a las quince treinta de la tarde, hora de Greenwich y de España. Si no acertamos a comer algo a bordo del avión, habremos perdido el desayuno y la comida de mediodía.

Con los aviones super-sónicos podrá ocurrir algo de lo que sigue.

Salimos de Europa a las diez de la mañana, comemos a bordo tres horas después y llegamos al Río de la Plata a las diecisiete G. M. T., las trece en Buenos Aires. Si nos invitan a almorzar, tendremos que hacerlo nuevamente para no quedar mal.

El regreso se hará más corto. Salida del Plata a las diez horas, y llegada a Madrid a las diecisiete americanas, las veintiuna locales. Es hora de cenar y dormir, pero nuestra jornada diurna sólo ha durado ocho o nueve horas.

A pesar de todo ello, creo que podemos firmar ahora mismo para no abandonar este mundo sin haber disfrutado esos rapidísimos viajes. Yo, al menos, así lo deseo.

RICARDO MUNAIZ DE EREA

CONCURSO DE PORTADAS

1.° MVNDO HISPANICO convoca, con fecha 15 de febrero de 1949, un concurso de portadas entre pintores, dibujantes y fotógrafos de las veintitrés naciones hispánicas. Las dimensiones de la Revista son: 275 milímetros por 350 milímetros. La faja que habitualmente lleva la portada, con el título de la revista o los precios para los diferentes países, dispuesta al pie o al costado, podrá completar la proporción del original que no se ajuste exactamente a aquellas medidas. El tema es libre, preferiblemente sobre ambientes hispánicos. No se limitan las técnicas de pinturas o dibujos que, en todo caso, vendrán fijados. Las fotografías, en negro, deberán tener el tamaño posible, sobre papel liso (sin grano), brillante o mate, y siempre bien preservadas para que en el correo no se deterioren. Un pequeño diseño con nota de los colores reales de la escena podrá hacer posible la publicación en colores, por interpretación, del tema fotografiado; pero esto no es condición indispensable. Las «fotos» en color, directas, deberán venir en positivo, de 35 milímetros, 6 × 9 centímetros o mayor. O sobre copia Prington, en tamaño mínimo 13 × 18 centímetros.

2.° El plazo de admisión de obras se cierra el día 31 de agosto. Estas serán remitidas a la Redacción de MVNDO HISPANICO (Alcalá Galiano, 4, Madrid).

3.° Se establecen tres premios por un importe de: 5.000 pesetas el primero, 3.000 el segundo y 1.500 el tercero, o su equivalencia en moneda del país del autor de cada trabajo premiado, según cotización oficial española del día en que se cierre el plazo del concurso. Los originales que seleccione el Jurado, entre los no premiados, se publicarán en MVNDO HISPANICO, que abonará por cada uno la cantidad de 500 pesetas o su equivalencia en moneda del país del autor, según cotización oficial española del día en que se publique cada original.

4.° Los trabajos se acompañarán con una relación biográfica del autor, fotografía personal y dirección postal.

5.° MVNDO HISPANICO fallará este concurso dentro de un mes a partir del día en que se cierre el concurso. El Jurado lo formarán personalidades de las artes y la intelectualidad hispánicas y su fallo será inapelable. Los originales que no se acepten, de acuerdo con la base tercera, serán devueltos a sus autores.

Madrid, 15 de febrero de 1949.

EL BOTANICO MUTIS Y LA FLORA DE COLOMBIA

(VIENE DE LA PÁGINA 9)

ciencias naturales era realmente febril. Cualquier momento que podía distraer a sus ocupaciones habituales lo empleaba en el Jardín Botánico, recientemente creado, en donde, bajo la dirección de Barandes, estudió Botánica y se interesó por el «Systema Naturae» de Linneo. Y cuando le era posible se dedicaba a recolectar hierbas en las montañas de Toledo y Andalucía.

No solamente la Botánica entusiasmaba a Mutis; también se interesaba por los animales, las aves, la Astronomía, las Matemáticas. Este interés agradó tanto al rey, que lo incluyó en un grupo, seleccionado personalmente por él, que continuaría sus estudios en París, Berlín y Estocolmo, a expensas del Gobierno español. Mutis declinó esta designación y solicitó que se le permitiera acompañar al recién elegido virrey de la Nueva Granada (Colombia). El 7 de septiembre de 1760 partió en compañía del virrey en el vapor *Castilla* con dirección a Suramérica. Había emoción estimulante en el Nuevo Mundo. Inmediatamente Mutis se sintió conmovido por este paraíso botánico; su entusiasmo le absorbió por completo y no le abandonó jamás. Posteriormente, en Santa Fe de Bogotá, en donde se estableció como médico personal del virrey, inició su recolección de plantas y empezó a escribir un *Diario de Observaciones*, en donde anotaba sus idas y venidas, sus quejas contra el clima húmedo y lluvioso y sus observaciones sobre las enfermedades del Nuevo Mundo. En su calidad de médico, portador de las últimas panaceas conocidas en Europa, Mutis pronto se vió asediado por numerosos pacientes, quienes en los primeros días le dejaron muy escaso tiempo para dedicarse a la Botánica; pero a medida que pasaba el tiempo y su trabajo se organizó, empezó a recolectar plantas e inició su memorable correspondencia con Linneo. En 1762 tenía a su cargo las cátedras de Filosofía de Newton, Matemáticas y Astronomía, en el Colegio del Rosario, y al mismo tiempo estaba reorganizando en forma radical la enseñanza de la Medicina en la colonia. Mientras tanto, cultivaba su jardín, recolectaba plantas y proseguía su correspondencia con Linneo. Después de 1766 se ausentó de Bogotá y estableció su residencia en los inaccesibles Andes, en las zonas mineras de Pamplona, en donde durante cuatro años (hasta 1770) dirigió las minas reales. Pero, aun entonces, la minería no absorbía todo el tiempo de Mutis, de forma que sus aficiones botánicas no sufrieron menoscabo alguno; por el contrario, se acrecentaron con nuevas colecciones, y Mutis continuó enviando especies de animales y flores al gabinete del rey y a Linneo, a quien obsequió con muchos nuevos géneros de plantas. Pronto estas relaciones se convirtieron en una amistad profunda y cordial y el nombre de Mutis fué conocido por todos los letrados de Europa. Linneo dió incluso a un nuevo género de plantas la denominación de «Mutisia», en honor del gran botánico español.



A medida que los años transcurrían y se sucedían las revoluciones del globo y se operaban alteraciones de consideración en el mundo, Mutis sufrió algunos cambios. Aunque el transcurso de los años no había alterado el entusiasmo de Mutis, sí había producido cambios en su constitución física. Llegado a América en todo el vigor de su juventud, a la edad de veintiocho años, alto y bien proporcionado y con mejillas juveniles, el trópico había causado estragos en su naturaleza vigorosa. Mutis se hallaba convertido en un anciano. Pero había hecho maravillas. Había realizado una labor tendiente a estimular y hacer surgir a los jóvenes botánicos; había tomado a su cargo varios pintores con buena aptitud, escogiéndolos en las distintas provincias, y les había enseñado dibujo botánico. Mutis reorganizó la enseñanza de la Medicina, introdujo un nuevo plan de estudios en las colonias, desarrolló métodos modernos de minería y, con la ayuda de los métodos agrícolas modernos que trajo a las colonias, estableció el uso de la *platina*, el platino que los antiguos habían botado como basura. En 1774 pudo disponer que el maestro Francisco Benito esculpiera en la Casa de Moneda de Bogotá la efigie del rey en platino. Descubrió quinina en las colonias cercanas a Bogotá, halló un arbusto que tenía el sabor del té e inició su cultivo en plantaciones, denominó y sistematizó el uso de la ipecacuana (*paychotria emética*), que se introduciría más tarde en la farmacopea médica como específico para la disentería; encontró la famosa enredadera de hojas de púrpura llamada *guaco* (*aristolochia toluifera*), cuyo uso se extendió rápidamente como contraveneno, y como si esto fuera poco, cuando Catalina la Grande escribió a su real colega Carlos III solicitándole un diccionario de dialectos nativos americanos para satisfacer su curiosidad, fué a Mutis a quien se dirigió la Corona, y éste, siempre fiel, compiló ese diccionario, trabajando sobre los vocabularios manuscritos elaborados por los primitivos frailes.

Súbitamente—en 1782—y sin preámbulo alguno, todo cambió con la llegada de un nuevo virrey, un caballero de mirada vivaz y alegre, un arzobispo cargado de honores, llamado Antonio Caballero y Góngora, quien asombró a los santafereños con su despliegue de energía. Se dedicó a trabajar en el enorme cúmulo de asuntos pendientes dejados por su antecesor, y al hacerlo descubrió a Mutis. Entre los montones de papel sellado descubrió, con la nítida caligrafía de Mutis, innumerables *memorándums* que habían permanecido en los archivos virreinales. Góngora envió inmediatamente por Mutis. Cuando éste llegó, cubierto por el polvo de un largo viaje emprendido desde las distantes minas de Ibagué, Góngora quedó sorprendido al verlo con el hábito de sacerdote. Mutis confirmó que, en efecto, había tomado el hábito sacerdotal. Había gastado en tal forma su propia riqueza para desarrollar las riquezas de la Nueva Granada, que un ansia espiritual, así como simples consideraciones vitales, lo habían inducido a ingresar al servicio de la Iglesia. Profundamente impresionado por la personalidad humana de Mutis y conmovido por cuanto había visto y leído, el virrey nombró inmediatamente a Mutis director de la expedición botánica proyectada tiempo atrás y le dió instrucciones para proceder a nombrar un equipo de empleados. Por conducto de un correo especial envió a España estas propuestas con sus recomendaciones. El 1.º de noviembre de 1783, en el *cajón de España*, llegaron las aprobaciones reales para Mutis. Al fin, el rey había aprobado el proyecto de la expedición y Mutis recibió el título de *primer botánico y astrónomo de la Expedición Botánica del Reino de Nueva Granada*, con su sueldo anual de 2.000 pesos y un presupuesto suficiente para emplear todos los ayudantes que necesitara. Aún más: el Tesoro español le enviaba una suma adicional de 2.000 doblones para pagarle sus deudas. Además, los libros e instrumentos que había solicitado se estaban consiguiendo en Europa. Cada uno de los detalles de la organización que Mutis había proyectado durante veinte años fué aprobado. Sin pérdida de tiempo, nombró al conde Eloy Valenzuela su ayudante; a José Camblor, geógrafo, y dió a Pablo Antonio García, Fermín de Vargas y Salvador Rizo el cargo de artistas y los dedicó inmediatamente a trabajar en las ilustraciones de la *Flora de Bogotá*. La expedición fué trasladada a la antigua ciudad de Mariquita, cerca del río Magdalena, en donde estableció su cuartel general. Allí, casi al nivel del mar, Mutis, como Epicuro, construyó un enorme jardín botánico. Mediante el impulso dado por la expedición, toda la actividad intelectual de la Nueva Granada se apresuró notablemente, porque ésta no comprendía solamente la enseñanza de la Botánica, sino de todas las ciencias físicas que el hombre conocía hasta entonces. Los más notables caballeros de la mayoría de las provincias y distritos llevaron a sus hijos a la escuela para colocarlos bajo la dirección de Mutis. Desde Quito, famosa por sus pintores, llegó una completa caravana de dibujantes para trabajar bajo la dirección de Salvador Rizo, el artista jefe de la expedición. Los dioses de la cultura estaban sedientos. Y a medida que Mutis creaba un núcleo de aprendizaje en la Nueva Granada, el rey tomaba los planes de Mutis, ampliándolos y extendiéndolos por todo el imperio. Al Perú partieron en 1788 los exploradores botánicos Ruiz, Pavón y Dombey, y allí, durante diez años, sufrieron las torturas de Tántalo recolectando plantas; hacia los mares septentrionales se despachó la malograda expedición de Alessandro Malaspina, equipada con botánicos y filósofos naturalistas; al remoto imperio oriental de las Filipinas fué Cuéllar; a México, en 1785, partió otra expedición, que inició la recolección bajo el inspirado entusiasmo de los botánicos españoles Seese, Castillo y Mociño, logrando formar un maravilloso herbario que fué publicado bajo el título de *Plantae Novae Hispanae*, mientras en la Argentina y en las purpúreas tierras del Uruguay y el Paraguay Félix de Araza trabajó por espacio de veinte solitarios años en la investigación de las riquezas naturales de las pampas. Fué ésta una empresa de tan enormes proporciones, que asombró al mismo Humboldt, quien escribió: *«Ningún Gobierno europeo ha gastado tan considerables sumas como el Gobierno español para desarrollar el conocimiento de las plantas.»* Mutis fué en gran parte el iniciador de todo ello.

En 1791, después de la muerte de Carlos III, la expedición recibió órdenes de trasladarse a Bogotá, la capital del virreinato, en donde su vigor intelectual podría destacarse con mayor firmeza. Teniendo en cuenta la cabal importancia de esta labor, se dió a Mutis un lote de terreno, próximo al palacio del virrey, y los fondos para construir un edificio en la calle del Chocho para albergar los miembros de la expedición, así como también la biblioteca y el herbario. En ese año Mutis había terminado su obra sobre la *Flora de Bogotá* y había concluído el trabajo sobre las ilustraciones, las mismas ilustraciones que pocos años antes habían maravillado en tal forma al rey. Después de la imperiosa orden de Carlos III de que esta obra fuera publicada, los miembros del Tesoro, con la ayuda de los impresores reales, trataron de hacer el oportuno presupuesto y llegaron a la conclusión de que el costo de esta edición sería elevadísimo. En una circular dirigida a todos los obispos, virreyes y alcaldes de la América española, el marqués de Bajamar, bajo cuya jurisdicción se hallaba el asunto, admitía que la *Flora de Bogotá* era un trabajo tan vasto y el proyecto de publicar las ilustraciones tan considerable, que en ese preciso momento España no tenía posibilidades económicas de publicarla, a menos que los habitantes de las colonias ayudaran a su financiación. No habiendo obtenido respuesta ni apoyo, el proyecto quedó olvidado. Si Mutis se desconcertó ante esto, no lo demostró. Se le había solicitado que regresara a España para dirigir la impresión de la obra, pero declinó este honor porque afirmó que prefería permanecer en América hasta el momento en que las 6.000 ilustraciones estuvieran por completo terminadas. Además, el hielo de sus años postreros empezaba a cubrirlo y de su ánimo se había borrado el deseo de viajar. Paulatinamente, estaba delegando la administración de la expedición en la persona de su sobrino Sinforoso Mutis y en el joven Francisco José de Caldas. Mutis permanecía cada vez más tiempo en su escritorio y de su herbario salieron centenares de estudios botánicos: *El cultivo del Mangrove* (*Mangle*), *Sobre los bálsamos del Perú*, *De los métodos de producir ron de la caña de azúcar*, *Del sueño y la vigilia de las plantas*, *De las palmas de la Nueva Granada*, y así sobre infinidad de aspectos de la Botánica.

* * *

Mutis tenía ahora una figura majestuosa. Su estatura era mayor que la de sus compañeros americanos; su rostro, de facciones enérgicas, animado por ojos oscuros y vivaces, aparecía ennoblecido por una barba rizada que caía como una cascada sobre sus atavíos clericales. Apoyándose sobre un pesado bastón, Mutis era una figura familiar en las angostas calles empedradas de Bogotá, que recorría para visitar a sus colaboradores. En esta época la Expedición Botánica era de hecho una corporación científica, en la cual trabajaban once artistas: geógrafos, zoólogos y botánicos, tanto en el campo como en la biblioteca—una de las bibliotecas más notables del Nuevo Mundo e igual a cualquiera de las europeas—. Tenía la Expedición un vastísimo herbario con más de 24.000 plantas recolectadas, millares de dibujos, una colección de pieles de animales y plumajes de aves e instrumentos de precisión que Mutis esperaba instalar en el observatorio, para cuya construcción ya había solicitado permiso al rey Carlos IV. Más que una simple expedición, Mutis estaba creando un verdadero renacimiento, porque había sacado a muchos jóvenes americanos de la tranquila satisfacción de sus instantes y les había comunicado su pasión intelectual. Estaban el joven Mutis, Francisco Matiz, de la población de Guaduas, quien se aficionó de tal forma al dibujo botánico, que llegó a eclipsar a su propio maestro, Salvador Rizo, y, lo más sorprendente, el aristocrático Jorge Tadeo Lozano, vástago del linaje del marqués de San Jorge, quien se convirtió en un notable zoólogo y se hallaba entonces dando los últimos toques a su manuscrito *La Fauna de Cundinamarca*, uno de los primeros estudios de su género, y desaparecido por completo en la revolución. Y estaba también Caldas, el de la mirada melancólica, que entonces se hallaba en las selvas recolectando plantas y perfeccionando su *hipsómetro* (un aparato para determinar la altitud por la variación nocturna de la temperatura). Y, finalmente, Francisco Antonio Zea, quien demostró ser un excelente sistemático, aunque también un revolucionario incipiente que cultivaba relaciones más frecuentes con la política que con la musa de la Botánica. Más que una simple institución científica, la expedición estaba preparando las mentalidades de toda una generación de jóvenes, porque no solamente estaba sentando las bases de la ciencia moderna en la región andina, sino que sus componentes serían los precursores de la revolución. Fiel a su palabra, el rey envió el dinero para el observatorio. Obtuvo que su embajador en Londres consiguiera una copia de los planos del observatorio de Greenwich, construído por Wren en 1676, y éstos sirvieron de modelo para el primer observatorio de las Américas; con los planos llegaron 13.000 pesos-duros para su construcción. Mutis designó como arquitecto a un capuchino—fray Domingo Petrez—, y ya se habían colocado los cimientos del observario cuando el 21 de septiembre de 1801 el famoso viajero barón Alejandro de Humboldt llegó a Bogotá, y cuando salió de Bogotá para proseguir su expedición a Quito, a Lima, a México, hacia la inmortalidad científica, Mutis le obsequió con una copia de su retrato y un centenar de sus más hermosos dibujos de la *Flora de Bogotá*.

Esta fué la época culminante de la vida de Mutis. Aunque continuó su trabajo, después de la partida de Humboldt su contextura no pudo soportar más el peso de los años ni los efectos acumulados de la vida en el trópico. El 2 de septiembre de 1818 el creador del renacimiento de la Nueva Granada murió en su tierra adoptiva. Su última voluntad fué que su *Flora de Bogotá* se imprimiera con todas sus ilustraciones.

LOS LECTORES *tambien escriben*

Invitamos cordialmente a nuestros lectores de todas las latitudes a que nos escriban comunicándonos sus opiniones y orientaciones útiles para nuestra Revista, sobre las relaciones culturales, sociales y económicas entre los veintitrés países a quienes va dirigido MVNDO HISPANICO o a propósito de perfiles ingeniosos o interesantes de la vida de estos pueblos.

Abrimos estas columnas para reproducir tales comunicaciones y también aquellas cartas breves, enjundiosas u ocurrentes que nos vengan por la tierra, por el mar o por el aire y que, a juicio de la Revista, merezcan ser redimidas de la oscuridad del anonimato o de la esterilidad del aislamiento.

Los autores de las cartas publicadas recibirán, gratuitamente, el ejemplar de MVNDO HISPANICO en que aparezca su comunicado y nuestro comentario.

☆ ☆ ☆

Señor Director:

Mi estimado señor: Mi mejor deseo para con usted y sus colaboradores y mi modesta felicitación por esa maravillosa revista.

Soy español y es justicia agradecer a usted y



DESFACHATEZ

—Dice que le suba el sueldo

a los promotores de la misma el acierto de la publicación que nos anima, que nos recuerda que somos hijos de gesta y continuadores anónimos de la obra de nuestros mayores en América. Muchos, como yo, dieron al olvido que somos raza de héroes, pueblo vigososo, y que siempre hubo en nuestras venas mucha juventud y en nuestro ánimo muchas lides por librar.

He visto en Buenos Aires muchos connacionales nuestros haciendo ostentación de olvido; sopesar nuestro pasado, juzgar con criterio equivocado nuestra cultura de siempre y restar mérito a nuestra obra de ayer y de siempre. Pues bien; a estos mismos indiferentes los he visto ahora preocuparse y hasta correr para conseguir, mes tras mes, MVNDO HISPANICO, quizá con el hondo deseo de sentirse a sí mismos y de buscar argumentos que sospechaban y deseaban conocer. Después he tenido la infinita satisfacción de verlos paulatinamente distintos. No son ya los del menosprecio a nuestras hazañas; ya no restan mérito a nuestra cultura. Creo que hasta confían y esperan en un mejor y más glorioso futuro. Por ellos, pues; por mí, que quizá hubiese sido del número, muchas gracias, señor director.

Es satisfactorio contemplar en las noches de tertulia de café, en que llega hasta nosotros su revista, cuántas son las personas (españoles, argentinos y hasta individuos de las razas más dispares) que leen, como en un coro, como en salmodia común y callada, en la que es texto su revista. Y aquí los comentarios, allá las loas y un más allá el encomio a la presentación, a los grabados, a las plumas.

De esas mismas charlas de café, intranscendentes las más, entresaco algunas apreciaciones, no por intranscendentes menos apreciables, y sin la menor idea de aconsejar y siempre de acuerdo con su juicio sobre las mismas.

Primero: *Afortunadamente, tengo en mi poder todos los números de su revista, que pienso encuadernar por años. Hay, no obstante, quienes desean y no pueden obtener números atrasados. Es muy valiosa la indicación que nos hacen en su número de octubre de sus representantes señores Quero y Simón, en la Argentina, detalle que no conocíamos. No obstante, rogaríamos se procurara dar solución a este particular.*

Segundo: *El día 18 del corriente se puso a la venta el número de octubre extraordinario. Creo general el deseo de que, admitido que los números han de llegarnos con un lógico atraso, se abrevie el plazo, para que no medien tres meses, que restan actualidad y frescura a la revista.*

Tercero: *La Dirección General del Turismo de España no tiene en esta ciudad publicación alguna periódica por la que se haga conocer. Les invito (siempre por el bien de la finalidad que persigue MVNDO HISPANICO) a que publiquen artículos y variedades interesantes que muevan a los ciudadanos de los veintitrés países a conocer lo pintoresco, lo alegre y hasta lo sutil de la vida española, al lado de lo maravilloso e histórico.*

Cuarto: *Con relación a su invitación a los lectores de los países hispanoamericanos, hay siempre quienes, dominando temas de economía o culturales, pudieran ser buenos colaboradores voluntarios de las páginas de esa revista. Creo, pues, que en las mismas los lectores deben ser invitados a colaborar con trabajos inéditos, reservándose MVNDO HISPANICO el derecho a publicar estas colaboraciones.*

Quinto: *Llevando mi deseo por el bien de MVNDO HISPANICO a los límites de la ambición, ruego que en sus páginas se nos ofrezca el nuevo panorama de la vida española. Los aquí residentes, y casi la totalidad de los nativos de este país, somos un tanto ptolemaicos, según el concepto del conde de Foxá, en su artículo «Nuestra Falsa Imago Mundi». Es una desgracia que se juzgue a España y a sus hombres desde el punto de vista de las cosas idas, y quien mejor piensa hoy de nuestra Patria se limita a ser benévolo con los siglos del Imperio. Con relación a la vida moderna de España, se la pospone mucho más allá de lo justo y muy en desventaja con relación a los países sajones. Es preciso deshacer ese mito, que tiene su origen en el desconocimiento de la faz moderna de España: sus nuevas orientaciones, su general progreso, sus nuevas industrias, edificaciones, obras hidroeléctricas, carreteras y hasta modas.*

Mis mejores votos por la prosperidad de MVNDO HISPANICO. Queda a sus gratas órdenes.

FERNANDO GOMEZ

CONTESTACION

Primero.—*El problema que se plantea a esos lectores de nuestra revista no tiene solución, al menos por nuestra parte. Los números de MVNDO HISPANICO se agotan a los pocos días de ponerse a la venta y en nuestro almacén no disponemos de un ejemplar de los números atrasados.*

Segundo.—*Trabajamos constantemente para solucionar en lo posible este problema, al que nos hemos referido en el número anterior en esta misma sección.*

Tercero.—*MVNDO HISPANICO vive para veintitantos países. «Aspira a reflejar—dijimos en un principio—la unidad sustancial de cultura y civilización que informa la vida de los países hispánicos, así como la riqueza y variedad de particularidades que produce en cada uno de dichos países.» Aspiramos no sólo a que España sea conocida en la Argentina, sino a que Chile sea conocido en Cuba o Costa Rica en el Paraguay, etc.*

MVNDO HISPANICO no está, pues, exclusivamente para contar a América cosas de España, sino para referir al mundo hispánico aspectos de la vida en los veintitrés países. No obstante, usted habrá encontrado en nuestros números trabajos de la índole a que se refiere y los seguirá encontrando.

Cuarto.—*Los lectores de MVNDO HISPANICO —y los no lectores—pueden colaborar en nuestra revista. Hemos publicado ya varios trabajos de colaboradores espontáneos y publicaremos aquellos otros que lo merezcan. Nos interesan de modo principal trabajos esencialmente periodísticos sobre temas actuales, vivos.*

Quinto.—*Repetimos lo que acabamos de decir en el punto tercero y recalcamos que en numerosos artículos publicados en nuestras páginas hemos ofrecido aspectos parciales de la vida española de hoy. Otros que publicaremos en tiempo oportuno irán completando el panorama a que usted se refiere.*

Muchas gracias por sus elogios y sus votos.

NUESTRA PORTADA



«Arlequín», de Serny. Recientemente este pintor español colgó en una sala de Madrid sus últimos cuadros. Todos ellos eran retratos de niños, y la exposición—muy original por este detalle—obtuvo un rotundo éxito de crítica y público. Al borde de las Carnestolendas, hemos escogido este excelente retrato de niño, ni arlequín de Carnaval ni arlequín de la Comedia del Arte; más ingenuo y un tanto simbólico...

SERVICIO TELEFONICO TRASATLANTICO

22

PAISES DE AMERICA AL HABLA CON

ESPAÑA

COMPAÑIA TELEFONICA NACIONAL DE ESPAÑA



★ LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES ★

ARGENTINA	PESOS.	2,00
BOLIVIA	BOLIVIANOS.	25,00
BRASIL	CRUCEIROS.	10,00
CHILE	PESOS.	20,00
COLOMBIA	PESOS.	1,00
COSTA RICA	COLONES.	3,25
CUBA	PESOS.	0,50
EL ECUADOR	SUCRES.	7,50
EL SALVADOR	COLONES.	1,25
ESPAÑA	PESETAS.	12,00
FILIPINAS	PESOS.	1,35
GUATEMALA	QUETZALES	0,50
HONDURAS	LEMPIRAS.	1,00
MEJICO	PESOS.	3,00
NICARAGUA	CORDOBAS.	2,50
PANAMA	BALBOAS.	0,50
PARAGUAY	GUARANIES.	2,00
PERU	SOLES.	3,25
PORTUGAL	ESCUDOS	12,00
PUERTO RICO	DOLARES	0,50
R. DOMINICANA	DOLARES	0,50
URUGUAY	PESOS	1,00
VENEZUELA	BOLIVARES	1,75
U. S. A.	DOLARES	0,50
Demás países, sobre:	PESETAS	12,00

N.º 12 - 1949
MEXICO - BUENOS AIRES - MADRID